

# SALTES, LA ISLA DE LA ATLANTIDA Y TARTESSOS

por

FEDERICO WATTENBERG

“Por lo demás, en la parte vecina a nosotros, poseía la Libia hasta Egipto y la Europa hasta Tirrenia. Ahora bien, esa potencia, concentrando una vez todas sus fuerzas, intentó en una sola expedición sojuzgar vuestro país y el nuestro...” (PLATÓN, *Timeo*, 25 b).

“... cuando todos los ciudadanos estén mirando desde la población cómo el barco llega, lo tornes un peñasco, junto a la costa, de suerte que guarde la semejanza de una velera nave para que todos los hombres se maravillen...” (HOMERO, *Odisea*, Canto XIII, 172).

“Hoy en día, sumergida ya por temblores de tierra, no queda de ella más que un fondo limoso infranqueable, difícil para los navegantes que hacen sus singladuras desde aquí hacia el gran mar” (PLATÓN, *Critias*, 109 a).

“Aquí está la ciudad de Gadir, pues en lengua fenicia se llama Gadir a todo lugar cerrado. Ella fue llamada antes Tartessos, grande y opulenta ciudad en épocas antiguas, ahora pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un campo de ruinas” (AVIENO, *Ora marítima*, 267-272).

En las citas que encabezan este trabajo se halla, en gran parte, la revelación de la localización de Tartessos. Se hacía natural destacar esas aparentes minucias que encierran, en ocasiones, el sortilegio de descubriarnos la conexión de los hechos, más que como una solución a los problemas que plantea la libre interpretación de las fuentes a cada historiador, por el valor que a ultranza reflejan, condensando en su sentido toda la verdad asequible en el pasado sobre el valor de la cultura, de las características geográficas, del emplazamiento o de la historia de aquella fabulosa ciudad. Nuestro tema sabemos que es atrevido, no por nuestra falta de comprensión de la trascendencia que encierra, sino por esa oscuridad que siempre ha de vencerse en esta empresa investigadora, aún no totalmente desvelada, y por la dificultad también de acomodar el pensamiento vario que juega en el complejo

panorama dialéctico científico a la mentalidad personal; pero en cambio, tendrá un valor positivo en esa tarea común de la ciencia porque, en cierta medida, servirá siempre de precedente a una nueva etapa de investigación.

La relación entre Tartessos y La Atlántida ya fue abordada por Schulten<sup>1</sup>. No obstante la existencia de La Atlántida, como hecho geográfico constatable, ha sido puesta en duda o creída pura fantasía, como opinaron Rhode o Meyer<sup>2</sup>. No hagamos ya alusión a esas creaciones o ensayos del campo literario, a las hipótesis geológicas o a otras interpretaciones carentes de la precisa base crítica, para definir la realidad histórica. En este caso presente *nuestro objetivo es el de abordar el problema de la localización de Tartessos como isla Atlántida, fabulosa*

<sup>1</sup> Ya en 1939, A. SCHULTEN, en su artículo *Atlantis*, editado en la R. Rheinisches Museum, hacía mención a la identidad y semejanzas entre Tartessos y la Atlántida de Platón. SCHULTEN había recogido en la primera edición de su obra *Tartessos* (Hamburgo, 1922), estos datos que amplió posteriormente en la edición de 1945, aludiendo aquí a la visión feliz que Platón hizo de Tartessos, transformándola en la Atlántida. JESSEN, que colaboró con Schulten en el Coto de Doña Ana, en 1925, había aprobado las ideas de aquél, aceptando la ecuación Atlántida = Tartessos, como igualmente HENNING en su trabajo *Von rätselhaften Ländern*, 1925.—BERGER aporta el conjunto bibliográfico preciso sobre el problema (Vid. R. E., art. *Atlantis*). Esta identidad se ha venido aceptando por los arqueólogos españoles como convincente o, al menos, no ha sido rechazada. En los últimos años J. SPANUTH, en su obra *Das Enträtselte Atlantis*, 1959, refutaba a SCHULTEN, situando La Atlántida en una isla hundida próxima a Heligoland, relacionando el hundimiento de La Atlántida con la invasión de los "pueblos del mar". La identidad de Tartessos con Scheria, la isla atlántica donde se refugia Ulises, descrita por HOMERO en *La Odisea*, fue tratada por BREUSING en *Die Lösung des Trierenrätsels. Die Irrfahrten des Odisseus*, Bremen, 1889. HENNIG, en el trabajo antecitado, también estuvo de acuerdo con BREUSING sobre la identidad de Scheria = Tartessos. La localización de Tartessos ha tenido precedentes sustanciosos que han sido considerados con el aprecio propio de los verdaderamente interesados por estos problemas, como el profesor A. García y Bellido que, tras seguir la denominada "tesis española", condensada en la publicación de CÉSAR PEMÁN *El pasaje tartésico de Avieno a la luz de las últimas investigaciones* (C. S. I. C., Madrid, 1941), se inclina posteriormente a reavivar algunas de las opiniones de A. ARENAS LÓPEZ, *El verdadero Tarteso*, Valencia, 1926 (Vid. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Tartessos*, en "Historia de España", dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. I, t. II, p. 297, nota 55; idem, *Tartessos pudo estar donde ahora la isla de Saltés, en el estuario de Huelva*, AEArc., n.º 55, 1944, p. 191 y ss.). Con posterioridad insinúa la posibilidad de que Tartessos y Gadir fueran una misma cosa o dos cosas distintas pero íntimamente relacionadas en el espacio. Tartessos pudo ser el nombre de la ciudad indígena y Gadir el de la concesión tyria cercana, refiriéndose en concreto a Cádiz (Vid. AEArc., n.º 160, p. 63).

Sobre los problemas arqueológicos relacionados con Tartessos, consúltese: A. GARCÍA Y BELLIDO, *Inventario de los jarros púnico-tartésicos*, AEArc., 1960, núms. 101-102, p. 57; E. M. ORTA y J. P. GARRIDO, *La tumba orientalizante de La Joya, Huelva*, Trabajos de Prehistoria, n.º XI, Madrid, 1963; A. BLANCO, *Orientalia II*, AEArc., núms. 101-102, p. 33; J. MALUQUER DE MOTES, *Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos*, Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, Pamplona, 1960, donde se incluye la bibliografía fundamental; C. BLANCO TORRECILLAS, *El tesoro del cortijo de "Evora"*, AEArc., XXXII, 1959, (núms. 99-100), p. 50 ss.; A. GARCÍA BELLIDO, *H.ª de España, o. c.*, vol. 2, p. 281 ss.; F. RUSSELL CORTEZ, *Estudio de la Protohistoria de los "lusitani"*, AEArc., n.º 91, 1955, p. 90.

<sup>2</sup> BERGER, *Atlantis*, R. E.

por su riqueza minera, situada en la desembocadura de un río próximo a las llamadas columnas de Hércules, tarea que, por ser evidente a los ojos de cualquier estudioso, resulta sencilla y fácilmente explicable, pero que exigía la derrota de unos prejuicios demasiado sólidos y una estructuración sobre unas bases más amplias que las que hasta el presente venían utilizándose.

A falta de un caudal inmenso de conocimientos que satisfagan todos los aspectos que con Tartessos se relacionan y que desearíamos prodigar, súplalo en esta ocasión la aportación de nuestras concretas y limitadas críticas sobre las escasas fuentes que manejamos, tratadas con el mayor interés y deseo de comprensión.

La investigación arqueológica que ha reaccionado nuevamente a raíz de los descubrimientos realizados en las cercanías de Sevilla<sup>3</sup>, ha puesto candente la necesidad de la búsqueda de la ciudad de Tartessos, aunque este hecho haya sido relegado por algunos investigadores a un plano secundario e incluso también no mostrar para otros su existencia más que una hipotética posibilidad de supervivencia. A esa localización se unen esos otros aspectos de problemática, ya planteada, de valorización de las aportaciones orientales mediterráneas, patentes desde la segunda mitad del tercer milenio, la de la conformación de esa cultura dolménica andaluza y la de esa lenta elaboración de nuestra civilización metalúrgica al contacto con las poblaciones norteafricanas en sus mismas migraciones remotamente vinculadas a impulsos nilóticos y al auge de los espléndidos períodos de colonización del primer milenio. Esa localización tenía que explicar también los límites de la concreción de determinadas alusiones en las fuentes escritas a unos rasgos culturales o étnicos, vagos e imprecisos, como figuraciones poéticas que cobran, en su real encaje, todo el valor de lo determinable y auténticamente histórico. Del mismo modo y en sus propios límites topográficos, la aparición de una cultura urbana, el inicio de la historia peninsular y el proceso y alteraciones de sus relaciones con Africa y oriente. Pero al mismo tiempo y en esa localización precisa, procurarnos también la conexión de todos esos fenómenos en su propio campo geográfico unido a su cambiante panorama etnológico.

Las minas de Tarsis, que alimentan la riqueza de Tartessos, continúan siendo explotadas y sus orígenes, al menos para nuestro personal entendimiento, se hallan documentados desde el Imperio Nuevo. Es en relación a ese pasado cuando Tartessos posee una significación trascendental en un período en el que todavía Europa no existe. También Tartessos posee en el Occidente el valor de ser documentada antes que Troya. Esta dualidad de situaciones de Troya y Tartessos, aquélla dominando el paso a los confines de Asia y ésta el del confín de Europa, no extrañará al historiador por quedar ambas reflejadas en las dos fuentes primeras de la literatura europea, La Ilíada y La Odisea, Troya y Tartessos. Tampoco habrá de sorprender que como eco de *la caída del mundo micénico y del prestigio egipcio*, se configure La Atlántida platónica como el más remoto Tartessos.

<sup>3</sup> J. de M. CARRIAZO, *El tesoro del Carambolo*, The Illustr. London News. 31 enero 1959; E. KUKAHN y A. BLANCO, *El tesoro de "El Carambolo"*, AEArcq., (núms. 99-100), Madrid, 1959, p. 38 ss.

La continuidad de unos contactos de Oriente con Occidente, tanto marítimos como continentales a ambos lados del Mediterráneo, nunca parecen haberse roto o mostrado un cese absoluto, aunque sí decaídos en los períodos de crisis orientales que también convienen. a unos de vigor continental, como una fluctuación de equilibrio entre pueblos marítimos y poblaciones nómadas. Es mucho más claro el fenómeno cuando se alcanza nuestra Edad de Hierro y el panorama peninsular acusa ya la presencia de poblaciones vinculadas a lo indoeuropeo, como reflejo de los movimientos operados en el oriente de Europa en una progresión que nos es casi totalmente desconocida aunque, en buena parte, inducible.

Esta relación protohistórica de Tartessos con el complejo mundo mediterráneo de las navegaciones y colonización, presenta, a nuestro modo de ver, tres grandes momentos ligados a aquellos períodos críticos marítimos y por la misma razón, a esos fenómenos que esconden la causalidad histórica que los determinaron. Así, *a los períodos tartésicos corresponden unas determinadas colonizaciones y también unos períodos indígenas distintos* en cuanto a dominio político y a formas culturales. Pero estos aspectos que Tartessos ha de revelarnos no son tema de este estudio presente, centrado, únicamente, en el objeto de la localización de la isla.

Ciertamente esa cronología amplia a que hemos hecho referencia, ha sido vista ya en la colonización pretirrena de Schulten, como en la vinculación de Tartessos con la cultura dolménica por parte de Gómez-Moreno, para dar paso a la etapa de colonización griega, en especial la fócea, y a la del período púnico, en la que se oscurecen los recuerdos y se confunde su localización para hacerse cada vez más un mito. Los *problemas arqueológicos* de la cultura dolménica, las aportaciones norteafricanas y egipcias, la escritura del Algarbe, las estelas de tipo chipriota, así como otros muchos materiales de tipologías englobadas en la presencia de relaciones microasiáticas en general, bajo la denominación de "fenicia", la de los rodios, jonios, fóceos, púnicos, con sus ya conocidas y documentadas manufacturas, sus periplos y cada vez mejor investigados yacimientos, junto a los rasgos propios de la cultura peninsular, vinculada a lo europeo meridional con sus armas, sus cerámicas, sus ritos funerarios, sus estelas y su lengua —que aboca a concreciones fonéticas en el hermetismo de la escritura ibérica—, son aspectos que afectan al mundo tartésico y que él ha de desentrañar. Por esta razón reconocemos, como había señalado ya Schulten, que Tartessos es el problema más importante que tiene planteado la arqueología española.

Todos estos puntos capitales los aborda Maluquer en un sustancioso resumen en el que indica que de todos los variados aspectos que a la investigación ofrece Tartessos, incluido el de su *localización*, lo verdaderamente importante es el definir esa cultura tartésica que como problema general, se nos presenta mucho más trascendente para nuestro conocimiento histórico y arqueológico que el del mismo hallazgo de la ciudad <sup>4</sup>.

<sup>4</sup> J. MALUQUER DE MOTES, ob. cit., p. 275. Si bien MALUQUER reconoce unas raíces megalíticas en el desarrollo de la metalurgia occidental, unidas a la aparición de Tartessos, en concreto se refiere al período comprendido en la primera

Maluquer se refiere en concreto al Tartessos griego, al del esplendente período fóceo, aunque dentro de él se manifiesten los rasgos comunes a todo el complejo mediterráneo occidental, operando sobre unas costas ibéricas consideradas ya como

mitad del último milenario a. C. Los aspectos arqueológicos más interesantes para nosotros están resumidos en la síntesis sobre los problemas de la cultura megalítica y sobre las novedades que ha aportado la arqueología norteafricana en los últimos años. Consultense: A. ARRIBAS, *Megalitismo peninsular*, Primer Symposium..., ob. cit., p. 69; M. TARRADELL, *El impacto colonial de los pueblos semitas*, Primer Symposium..., ob. cit., p. 257. ARRIBAS analiza la posible vinculación de Los Millares, por lo que respecta a algunas de sus piezas, a un origen egipcio, así como también, en general, al área del Mediterráneo oriental, desde unas fechas que parten de hacia el 2300 a. C. El desarrollo del arte orientalizante tartésico correspondería a los siglos VII y VI, ya fundados los establecimientos de Utica, Cartago y del Oranesado. El problema de Tartessos, en cuanto a arranque cultural, sólo cabe ajustarlo al mismo ambiente de Huelva y a las relaciones mantenidas por la zona atlántica con el Oriente. El concepto geográfico de Tartessos debe guiar la concreción de sus orígenes y su particular desarrollo, aunque culturalmente esté unido tanto al Africa o al levante español como al Mediterráneo extremo.

El problema de las colonizaciones orientales lo ha sistematizado BOSCH GIMPERA, en relación a las fuentes, en un sugerente trabajo. (*Problemas de la historia fenicia en el extremo occidente*, Zephyrus, III, Salamanca, 1952, p. 15). BOSCH insiste nuevamente en la fecha de restauración del templo de Tiro, en el 1100 a. C., que pudo ser relacionada con la fundación de Cádiz (Velerio Paterculo 1, 2, 4). Después de los movimientos de los "pueblos del mar" y tras la caída de Troya (1184 a. C.), la diáspora micrasiática de lidios y mionios, con etruscos, iniciaría la renovación de los contactos con Occidente, a la que seguirían los movimientos de pelasgos, tracios, rodios, frigios y chipriotas. En época de Hiram I (969-935 a. C.) los tyrsenos, aliados de Salomón, alcanzaban el Occidente. ALBRIGHT cree que la colonización fenicia hacia Occidente pudo desarrollarse a partir del 950 a. C., y BOSCH reconoce que hubo de existir una etapa de colonización de los "pueblos del mar" con Cerdeña, como un precedente a las relaciones que se establecieron en el primer milenio con el foco tartésico. A fines del siglo IX los fenicios, o acaso chipriotas, establecían relaciones con Cerdeña, como denota el candelabro de Santa Vittoria di Serri. La fundación de Cartago y Orán pudieron haber acaecido en el período del 836 al 791 a. C. Las tentativas de fijación de emporios en las costas españolas se acometerán, de acuerdo con los textos (Posidonio-Estrabón, 140) en Sexi (Almuñécar) y en la isla de Herakles (Saltés), para fijarse, en un tercer intento, en Cádiz. El episodio citado por MACROBIO (sat. I, 20, 12) de la lucha de Hércules con el rey Gerión, parece aludir a la fundación de Cádiz, a principios del siglo VIII, hecho que también pudiera relacionarse con un cambio del panorama étnico indígena. La presencia de sardos en el Occidente es clara, aunque la cronología sea sumamente imprecisa para apoyar una colonización sarda del occidente atlántico en el segundo milenario, faltando por otra parte una tipología más amplia que la de los simples sepulcros portugueses. Los sardos y tartessios, según BOSCH, rompieron sus relaciones a partir de Ithobaal II (700-668 a. C.), al fundar los fenicios una base naval en Ibiza (654 a. C.). La hegemonía fenicia cesó hacia el 573, suplantada por los fóceos. Las relaciones que el comercio fenicio y viajes posteriores, incluido el de Midócrito, establecieron con Bretaña y los mercados del estaño, comentados por PLINIO, carecen, en nuestra opinión, de base y será preciso esperar resultados más concretos que los aportados por J. LOTH (Vid. BOSCH, op. cit., nota 7). Las acciones de Himera (480 a. C.) y de Kyme (475 a. C.), iniciaron la ruptura de relaciones de los griegos con las costas atlánticas, como señala PÍNDARO (Olímpica III, 43-44; Nemeas III, 21; IV, 69; e Istmica III-31). El conjunto de estas colonizaciones presenta tres períodos que podíamos precisar entre el 2300 a. C. y el 1200 a. C. con relaciones egeo-anatólicas y una culminación sardoegipcia seguida de un segundo momento posterior a la caída de Troya,

celtizadas o indouropeizadas. Y este hecho está bien visto, por cuanto existen bases concretas que las fuentes literarias alumbran y sin las cuales no pasaríamos de hacer más que construir una cartografía distributiva y cuantitativa en relación a fenómenos históricos indeterminados o simplemente tecnológicos. El problema, pues, reside tanto en el conocimiento de la aportación de los hechos de *la colonización*, como en los del *indigenismo* y de su conformación, y sobre estos aspectos la localización y la crítica de las fuentes aportará también su luz.

Al tratar de la localización de la isla de Tartessos, indirectamente se rozarán estas cuestiones cuyo alcance sabrá medir en su propio campo cada especialista. Creemos que todo ello no precisa en esta ocasión una aclaración más erudita que la que ya hizo Schulten, puesto que en sus trabajos existen los datos y las fuentes suficientes para realizar una ordenación más consecuente que la que hiciera él con tan escasos frutos prácticos. *No dejamos de reconocer que nuestro intento es muy limitado*, pero no dudamos tampoco que traerá como consecuencia una visión más amplia y más concreta del problema de Tartessos. Cuando empleamos el término de "cultura atlántica" lo hacemos en relación a la fase previa al final del siglo XIII a. J. C., y cuando el de "cultura tartésica", a las fases micrasiática, fócea y púnica. Esta doble denominación responde a un criterio puramente geográfico-histórico y literario. Hemos ordenado los temas críticos siguiendo un orden cronológico, dando preferencia capital a los pasajes de la *Odisea*, especialmente a los que hacen referencia al periplo griego por las costas españolas y a la isla de Tartessos, que Homero denomina Esqueria. Del mismo modo, la crítica correspondiente al periplo de Avieno como texto fundamental manejado por Schulten, para rectificar sus conclusiones y localizaciones topográficas o de situación de hechos geográfico-históricos. Finalmente, comentamos los textos de Platón sobre el tema de La Atlántida y su posible vinculación a fuentes documentales como el mapa del Museo Egipcio de Turín, fechado hacia 1307. a. J. C., acompañando, por último, una serie de planos y mapas, así como alguna fotografía de la isla de Saltés y de la bahía de Huelva.

## I

Prescindiendo de aquellas fuentes que nada aportan al conocimiento topográfico de la región de Tartessos, como son la inscripción asiria en la que se supone mencionado Tartessos como la "tierra del estaño", *Anaku-ki*, de hacia el 2400 a. J. C.; las dudosas referencias de los textos bíblicos a un Tarschich occidental, anteriores al cautiverio, las ya más concretas y aceptables posteriores

---

de marcado carácter micrasiático, jonio-chipriota tyrseno que abocaría a un auge fenicio y sardo occidental hasta el 654 a. C. aproximadamente, en que la colonización fócea iniciaría su competencia en el Atlántico, para terminar ésta en el 480 a. C. e iniciarse el tercer período de influencia púnica, en la que isla de Tartessos se documenta a través de la *Ora Marítima*, en el periplo de Himilcon, bajo la denominación de Cartare.

al 586 a. J. C., y las que recogen datos muy parciales o alusiones de pasada, algunas de ellas evidentemente interesantes, las que presentan una visión concreta en relación al problema son las que han de proporcionarnos la interpretación acertada y el reconocimiento de *las características geográficas de paisaje, situaciones y emplazamientos*.

Schulten señala que la imagen de Ulises viene a responder a la idealización de los periplos que los fóceos realizaron por las costas peninsulares, observación que nos ha parecido acertada, aunque acaso no se refiriera Homero de modo concreto a los fóceos, sino a otras navegaciones griegas anteriores; sin embargo, el investigador en general no se ha penetrado del valor real de estos hechos poéticos narrados en la *Odisea* para la localizar Tartessos. Para el mismo Schulten, Tartessos poseía, un valor demasiado ecuménico, por ampliar sus horizontes hasta las zonas a las que, indudablemente, jamás llegaron los pequeños barcos pesqueros de los indígenas tartésicos ni las trirremes griegas. La idea obsesionante de hacer enlazar, de algún modo, el Elba o el Rhin con el mundo tartésico, haciendo partícipe de los orígenes de la historia occidental al norte, cae por su base cuando se analiza de modo imparcial la identidad de la geografía de nuestras costas con la realidad topográfica que descubren las fuentes. Aún la presencia de un comercio de ámbar queda resuelta en la vía adriática con lo centro-europeo y nórdico de modo más racional y acorde con los periplos precursores y la misma colonización griega<sup>5</sup>. Sin embargo no puede negarse a Schulten el valor de su aportación erudita, aunque sea superable, y el abrumador trabajo de síntesis de tan amplias fuentes como las que utiliza, muchas veces en menoscabo de las que le hubieran proporcionado el verdadero equilibrio a su obra, las geográficas, y que tan brillantemente desarrollara en relación a sus trabajos sobre Numancia.

La navegación de Ulises recogida por Homero en la *Odisea*, refleja ciertamente los periplos más antiguos documentados de los griegos a Occidente. No descubre al filólogo que, fundamentalmente, fue la dedicación de Schulten, la verdadera trascendencia o trasfondo de la obra, que encierra la competencia

<sup>5</sup> El problema del comercio del ámbar, en cuanto a ruta comercial, ha sido revalorizado por J. R. MARÉCHAL, *Histoire de la Metallurgie III*, Ogam, T. IX, Fasc. 4. La ruta del ámbar ha enlazado el Mediterráneo con el Báltico a través de los puertos de Istria y del Véneto. Los periplos occidentales nunca aportaron el ámbar a la cuenca mediterránea. Sobre las rutas orientales hasta el Estrecho, Vid. F. BENOIT, *La conjoncture internationale de la Méditerranée et la fondation de Marseille*, Ogam, T. XIII, Fasc. 1; LAURA BEGLIA, *Le antiche rotte del Mediterraneo documentate da monete et pesi*, Rendi Conti, Acc., Archeol., 30, p. 366 y ss., Nápoles, 1955. Según BENOIT los rodios en el siglo VII, casi en sus finales, se habían establecido en Baleares y Hemeros kopion. Aún a falta de restos arqueológicos, BENOIT no ve inconveniente en admitir fundaciones fenicias en Chipre, Rodas, Utica, Cartago, Ibiza, Malta y Nora. Observa que la *koiné* griega no fue tan coherente como la fenicia. Del 638 al 630 a. C. los fóceos heredaron el comercio iniciado por los fenicios al declinar Tiro. La aventura de Kolaios de Samos a fines del siglo VII, que inicia en la leyenda la era del comercio fóceo, está inspirada probablemente en la *Odisea*. Sobre bronce europeo, vid. MARIJA GIMBUTAS, *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*, Londres-París, 1965.

de grupos orientales por la apertura de unos mercados, el más amplio conocimiento de nuevas tierras y unas rivalidades locales en las costas hispanas y argelinas que se encubren en los altos ideales morales del rey de Itaca y en los conceptos cósmicos y teogónicos de época arcaica. Si en la *Iliada* griegos y troyanos rivalizan, en la *Odisea* será siempre la aparente lucha de Ulises, con las adversidades naturales y que los mismos dioses le oponen, la que descubre la localización de los focos rivales y los peligros de la navegación, conjurados en los oráculos. Ulises así viene a dramatizar la apertura de las migraciones griegas al occidente.

Homero nos describe en el viaje de Ulises las *rutas de navegación* más frecuentadas (fig. 1). Durante diez días el héroe navega hasta arribar al país de los lotófagos, después de haber cruzado delante del *cabo Malea* y haber pasado frente a la *isla de Citera*, en dirección hacia el Tirreno. Una tormenta le impulsa hacia las costas líbicas. El supuesto arribo se localiza en la *isla de Djerba*, en la que, como anota Schulten, existió un altar dedicado a Ulises, mencionado por Estrabón<sup>6</sup>. Su itinerario prosigue hasta arribar al *golfo de Túnez*, donde el comercio griego establecido en Utica pone en un primer plano, en relación a esta base, la localización del hogar de Polifemo, indudable alusión al poderío marítimo de *Cartago*<sup>7</sup>. No obstante cabe en este pasaje entrever una evocación remota a los mitos atlánticos y micénicos de los círculos y gigantes.

<sup>6</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, ob. cit., p. 97, nota. 5. El investigador vio de modo acertado el problema del periplo trazado en la *Odisea*, situando los mitos en el Estrecho de Gibraltar y La Rábida y desestimando los textos que cifraban el viaje de Ulises siguiendo a Virgilio. Se mantiene, sin embargo, la tradicional fijación de la mayor parte de los mitos, aún en el presente, en el ambiente sículo-tirreno. J. BÉRARD, *La colonisation grecque de l'Italie meridionale et de la Sicile dans l'Antiquité*, París, 1957, p. 303 y ss.

<sup>7</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hércules Gaditanus*, AEArc., n.º 107-108, Madrid, 1963. El autor aporta la bibliografía concreta sobre Gades y la vía Heraclea. Utica parece haber sido fundada, como Cádiz y Lixus, en los finales del segundo milenio. Aunque BOSCH ha planteado la fundación de Cádiz a partir del siglo VIII a. C., aceptando, no obstante, una fecha acaso anterior, pero sin pruebas arqueológicas y ausencia de testimonios propiamente fenicios, una prospección inicial parece ser que pudo acometerse antes del término del segundo milenio, que acaso alcanzara Gadir. M. PELLICER CATALÁN, *Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*, Excavaciones en España, n.º 17, p. 43, M. TARRADELL, también cree que las navegaciones fenicias pudieron iniciarse en el segundo milenio (ob. cit., p. 269).

Todo el problema de las localizaciones de los lugares citados en la *Odisea* lo recoge ERNST WÜST (R. E., *Odyseus*). De las diversas opiniones expuestas, las que SCHULTEN ha manejado e, incluso, promovido, las de BREUSING y HENNING son las más aceptables enlazando aquéllas con Occidente. La interpretación geográfica ha sido siempre muy compleja, basándose fundamentalmente en los aspectos literarios, sin atender a los arqueológicos y olvidando como punto de partida la antigüedad misma de la *Odisea* sobre las restantes fuentes. TANNERY expuso ya como ejemplo de estas dificultades lo siguiente: "On ne peut faire, sans contradictions, une géographie de l'Odyssée, on ne peut pas dresser une mappemonde suivant Homère. On peut essayer toutefois de remonter à l'origine traditionnelle de quelques légendes et préciser plus ou moins les situations géographiques que ces légendes pouvaient supposer avant le temps d'Homère (Vid TANNERY, *Annales de la Faculté des lettres de Bordeaux*, IX (N. S. IV, 1887). La dificultad fundamental de la interpretación del itinerario de Ulises, es la explicación de la presencia en las costas atlánticas de un pueblo cimmerico que



Desde el golfo de Túnez, cercana la costa de Sicilia, arriban a *Agrigento*, donde reciben el pellejo de los vientos que Eolo les procura para proseguir la travesía en dirección hacia el Adriático, que recorren durante largos días para ser devueltos nuevamente a la isla de Eolo. Tanto *Agrigento* como *Siracusa* han legado restos micénicos que prueban su antigua ocupación y relaciones. Con ello

se ha vinculado al periplo de los Argonautas por el Ponto Euxino. Sobre este particular la arqueología española tiene planteado un problema que será preciso resolver (Vid. F. WATTENBERG, *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Madrid, 1963, p. 62. Idem, *Un símbolo cosmológico en la cultura vaccea* BSAA., T. XXXI, p. 123, 1965). Los cimmericos, denominados también *gimirrai* por los asirios y *gomer* en la Biblia, y en georgiano *gmiri*, se citaban como nómadas en Rusia meridional y Asia central por asirios y babilonios. Los griegos utilizaban la palabra "escitas" y los persas el de "saca". A todos ellos DYAKONOV (I. M. DYAKONOV, *Istoriya Midii*, Moscú, 1965, p. 239-241), los iguala como pueblos de las estepas indudablemente enlazados al extremo oriente. Establecieron relaciones con los pueblos traco-frigios y hoy día no se les considera plenamente iranios. En los anales asirios se les menciona por vez primera en el 715 a. C. y en el siglo VIII a. C. se extendían ampliamente por el sur de Rusia. HERODOTO (IV-12), informa de cómo fueron expulsados por los escitas. Las cerámicas denominadas reticulares, pertenecen a la categoría de las cerámicas pintadas del componente oriental del sur de Rusia. Pese a las mezclas étnicas los cimmericos parecen incluir un fuerte tinte huno. Los iberos de Huelva estarían comprendidos con los cinetes, cempsos, cúneos y etmanei en el componente cimmerico occidental, con un origen oriental (Vid. TOMASCHEK, R. E. *Avares*, 2.26465; F. WATTENBERG, *Un símbolo...*, ob. cit., nota 29). Ello podría explicar el nombre de Argantoniús que, como SCHULTEN advierte, más que responder a un personaje, viene a corresponder a un cargo o representación derivado del nombre *aranti*, etrusco, o, más bien, micrasiático, como la de arconte (Vid. R. E. *Archontes*, 565, 62), es decir, príncipe o rey, unido a un sufijo étnico ibérico (Vid. R. E. *Hunni*, 2592-55; *ibíd.*, 2594-30). El topónimo Onuba u Unuba, como el de Ossonoba, presenta raíces orientales.

La situación del puerto de Polifemo ha de ser Cartago, junto a Utica, donde existen, en el siglo VII, gentes del círculo griego que se entierran en la necrópolis de Jounon (Vid. P. CINTAS, *Céramique numique*, París, 1950). HENNING sitúa en Túnez los cíclopes (R. E. *Odysseus*, 1957-3); Brcussing, al sur de Cartago.

La navegación en estos periplos, que se realizan en trayectos de 50 a 60 Kms. en recorridos diurnos, cuando pueden costear, y en el doble cuando navegan de noche, es bastante fiel con respecto a los datos que La *Odisea* nos proporciona, como también el procedimiento mismo. Ulises, por ejemplo, tarda un día en regresar, después de su naufragio frente a Trinacria, a Caribdis y Scila, incluyendo la noche, cuando ha tardado dos días o jornadas diurnas en realizar el viaje desde el Estrecho a la isla, que se sitúa en la desembocadura del Guadalhorce, cerca de Málaga, como se refleja en la *Ora Marítima*, en la que la navegación desde el Estrecho hasta Maenoba era de dos jornadas. Esta isla ha sido objeto de excavación por parte de A. Arribas, muy recientemente, y sus resultados aún desconocidos, si bien advierten materiales correspondientes al período de la colonización. Sobre la navegación en el Mediterráneo occidental y las posibilidades de utilización de corrientes y vientos, puede consultarse: J. J. JAUREGUI, *Influencia de los vientos y corrientes de la cuenca occidental del Mediterráneo en las relaciones iberoafricanas*, Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español, Cartagena, 1949, p. 96.

Los elementos ya usuales en la épica comparada de los mitos del Cíclope, como los de Calypso y Circe, se tratan en la *Odisea* como acomodaciones literarias a hechos geográficos, épicos o históricos reales, que han tenido su fase popular anterior y que sirven de imágenes o parábolas al poeta. Sobre las cuestiones suscitadas en relación a la cronología, fuentes y estudio de la *Odisea*, consúltese *Introducción a Homero*, de R. ADRADOS, FERNÁNDEZ-GALIANO, LUIS GIL, LASSO DE LA VEGA, Madrid, 1963; F. FOCKE, *Die Odyssee*, Stuttgart, 1943,

Homero cierra el periplo de las travesías del *Mediterráneo oriental*, basándose indudablemente en navegaciones iniciadas ya en el segundo milenio<sup>8</sup>. A partir del regreso de Ulises a la isla de Eolo, nos detallará la vía migratoria griega, cuando aún no se habían abierto los caminos de una expansión hacia Occidente por las costas itálicas ni por el norte de Sicilia, de mucho más tardía colonización.

*El itinerario occidental*, que podría fecharse en los finales del siglo VIII a. J. C., en el que modernamente se sitúa a Homero, parece recoger informes muy próximos a su época, fundada ya Cartago, hacía un siglo, y abierto nuevamente el camino de relaciones con Tartessos. Así, el poeta nos conduce, costeano Argelia, hasta el puerto de *Orán*, la ciudad de Telépilo de Lemos, después de haber navegado durante seis días y seis noches desde Cartago. Homero prescinde en este viaje de la distancia de Sicilia a Cartago, como ya tratada o conocida por el periplo anterior. La descripción de la ciudad de los lestrigones en el ambiente de la bahía de Orán, concuerda perfectamente con la realidad geográfica y también con la misma antigüedad en la colonización y en la presencia de restos arqueológicos<sup>9</sup>. También parece volver a tratarse, de un modo fabuloso, una imagen de mitos ciclópeos.

Homero no menciona, al conducir a Ulises hasta la isla de Circe o isla de Eea, el estrecho, porque habrá de tratarlo más tarde. La isla de Circe se sitúa en la *isla de Canela*, en la desembocadura del *Guadiana*. Esta isla posee un valor estratégico, no señalado en la *Odisea*, que es el comercio del mineral por la vía del antiguo Anas que parece, por esta cita, haber sido abierta con anterioridad a Homero, por la relación que existe con el territorio de la isla Atlántida delimitado por el curso del Guadiana, como veremos más adelante. Por otra parte, la relación que puede guardar con unas navegaciones jonias primitivas, acaso sardas o semíticas, que parecen concretarse en lo jonio chipriota, se halla constatada en el problema de las estelas funerarias de carácter chipriota que Almagro estudia recientemente<sup>10</sup>. La isla de Circe parece traslucir un ambiente de economía porcina y de fabricación de tejidos, como también lo fueron en este último aspecto, célebres los saltietas, de la isla de Saltés<sup>11</sup>. Sin embargo, el ambiente

<sup>8</sup> MARINATOS, *La Sicilia e la Grecia nell'età preistorica*, Kúxalos V, 54-61, 1959; P. MARCONI, *Agrigento*, p. 13-27. Los vasos griegos de la necrópolis de Montelussa son de mediados del siglo VII a. C.

<sup>9</sup> P. CINTAS, ob. cit. Rachgoun y Jounon presentan particularidades de gran sincretismo o cosmopolitismo, fundamentalmente fenicio-chipriotas, griegas, etruscas, protocorintias. del norte del Mediterráneo y hasta centro-europeas, así como también materiales de tradición cretense, semita. Sobre Rachgoun vid. VUILLEMOT, *Rachgoun*, Lybica, III, 1955, p. 7-77. La relación de estos materiales con algunos españoles la ha visto PELLICER en relación a la *Laurita* (ob. cit., p. 47), donde aparecen por otra parte, claros elementos egipcios tardíos.

<sup>10</sup> M. ALMAGRO, *Las estelas decoradas del S. O. Peninsular*, B. P. H., VIII, Madrid, 1966.

<sup>11</sup> SCHULTEN sitúa Saltigi en Salacia, junto al Sado. GARCÍA Y BELLIDO señala este nombre como dudoso, desechando Salacia. Los *Saltiétai*, de ESTRABÓN (III 2, 6) son, indudablemente, los salticenses de la isla de Saltés. En *La Odisea* se alaban las túnicas azules de los reyes. A. SCHULTEN, *Tartessos*, Madrid, 1945, p. 189; A. GARCÍA BELLIDO, *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*, Madrid, 1945, p. 88, 6, 109.

de Eea no parece muy favorable a la colonización griega y debió de ser uno de los centros más importantes del Occidente en relación a la exportación metalúrgica.

Desde allí Homero nos cita fielmente que Ulises tarda un día en navegar hasta el Orco, donde con sus compañeros hace sacrificio nocturno en la lúgrube noche de la *región cimmerica*, para regresar durante ella nuevamente hasta la isla de Circe, presos de angustia y de terror. El Orco es claro que se sitúa en *La Rábida*, de acuerdo con la imagen del piélago marismiento de su paisaje, tal como lo admite el mismo Schulten. Las circunstancias ambientales de *Huelva*, que rodean el sacrificio de Ulises, explican buena parte de los mitos relacionados con él, las hazañas de Hércules, el suplicio de Tántalo, el río de Piritoo o Piriphegeton, el *río Tinto* o Infernal, como el cabo de la Rábida es el dedicado a Proserpina o diosa infernal, que también sitúa Schulten; y el Arroyo Cocitos, que deriva de la Estigia o del Erebo, es el brazo de mar marismiento que se adentra a lo largo del *estero Domingo Rubio*, como también la punta del Cebo fija el centro del Aqueronte. Ulises en lo alto de la boca de La Rábida mira primero, como le indica Circe, hacia la Estigia y luego se aparta hasta las cercanías de la orilla del cauce, donde en alguna de las cuevas ya constatadas de tiempo inmemorial, en todo el ambiente de *Palos*, tendría la visión infernal que poetiza Homero. Hemos reconocido en La Rábida el nacimiento de un arroyo que desciende hacia el Tinto, que nos parece apropiado para el emplazamiento de un *lugar* de culto.

Desde la isla de Circe, Ulises navegará eludiendo el encuentro con la isla de las Sirenas, *Cádiz*, antes de cruzar el *Estrecho*, que ya hubo de tener fama como rica ciudad comercial y pesquera desde los más remotos tiempos. Es probable que interpolaciones posteriores a Homero hayan podido revestir de un carácter anacrónico a los lugares referidos en la *Odisea*, pero es indudable también que la referencia a la isla de las Sirenas encierra una innegable faceta pintoresca y folklórica ligada a su lujo, a su orientalismo, a la fama de sus danzantes y, indudablemente también, a un evidente peligro que se reviste en lo poético de una irresistible atracción al vedado comercio. La fundación de Cádiz, ya en el 1100 a. J. C., si damos crédito a una fecha exacta transmitida por las fuentes, nos anticipa el prestigio de la colonización semítica sobre la griega y la natural competencia mercantil.

En el paso del *Estrecho*, Homero nos mostrará los peligros reales y velados en dobles imágenes. Scila, las islas *Erráticas* próximas al Peñón, y Caribdis, *la marea del estrecho*, con el monstruo de los tentáculos, que indudablemente hace referencia a una colonia semita, *Carteia*, cuya antigüedad ha de remontarse a la misma época de Cádiz.

Vencidas las dificultades que se han presentado en el periplo, Homero lleva a Ulises, costeano siempre, hasta la isla de Trinacria, la de los tres cabos, por debajo de *Málaga*, emplazada en la desembocadura del río *Guadalhorce*, donde las ninfas Faetusa y Lampetia, ninfas solares, habían sido llevadas por su madre para cuidar de las vacas del Sol. Se recoge en el mito la velada alusión a la colonia cartaginesa que en ella se encuentra, así como una remota relación de estas dos ninfas con las islas Pitiusas, *Ibiza* y *Formentera*, que no debieron ser

desconocidas para los marinos griegos. Vemos una posible relación de *Mallorca* y *Menorca* al aludirse en el pasaje al origen de la colonización de Trinacria como venida de estas dos islas con sus pequeñas islas adyacentes representadas en las vacadas y greyes de ovejas. Así este episodio del arribo de Ulises vendría a explicar la lejana ocupación de *las Baleares* y la rivalidad establecida para el comercio griego. No se mencionan aquí, como figurarán en el periplo de Avieno, las islas de Venus y la de Gimnesia, que el comercio fóceo abriría con posterioridad.

En este pasaje observamos una gran semejanza de imagen con el de la isla de Eolo, *Sicilia*, donde sus hijos e hijas se sientan a su mesa y donde toda la casa huele a asado y en ella se oye el sonido de las flautas, aludiendo, como es lógico, a la naturaleza volcánica de la isla, del mismo modo que hijos e hijas se representan en las islas vecinas. También las greyes de ovejas y las vacadas parecen estar representadas en las islas Baleares, protegidas por Faetusa y Lampetia, las islas Pityusas, Ibiza y Formentera. En este trasfondo de la narración homérica parece traslucirse una colonización de Mallorca y Menorca extendida a Ibiza y Formentera y prolongada hasta Trinacria, la isla del Sol, a la que Avieno dará el nombre de Maenoba. Las dificultades de interpretación de estos hechos residen en la separación de la *temática narrativa* del *fondo histórico* sobre el que se teje la creación literaria.

La isla homérica de Trinacria la hacen los latinos Sicilia. Virgilio trasladó los mitos occidentales, plenamente reconocibles en la geografía hispánica, al ambiente itálico. Bástenos recordar cómo Propercio incita al poeta a superar a Homero en su *Eneida*, asimilando la geografía heroica a la historia romana<sup>12</sup>.

El salto desde Trinacria a la costa africana no hubo de estar exento de peligro, especialmente cuando sopla el levante. Ulises naufraga al intentar realizar este paso y regresa en las veinticuatro horas de navegación que hay desde el estrecho a Málaga, a los peligros de Caribdis y Escila, que fueron, sin duda, por el dominio "cartaginés" los verdaderos escollos que hubieron de salvar las navegaciones jonio-chipriotas.

El límite más extremo conocido por las navegaciones griegas en época homérica se recoge en el episodio de la isla Ogigia, centrada en el ombligo del océano, como anota Spanuth<sup>13</sup>, pero, en contra de lo que opina este investigador, no corresponde a alguna de las islas Azores, demasiado *distantes*, sino a *las islas de Madera*, y probablemente a la Selvática, que es la más *alejada*. Nueve años retiene al laertiada Homero para ilustrar las dificultades de navegación y regreso desde la isla al continente, orientando su ruta hacia el norte hasta alcanzar la

<sup>12</sup> PROPERCIO, II, 34, 66; M. FERNÁNDEZ-GALIANO, *Introducción*, ob. cit., p. 130.

<sup>13</sup> SPANUTH sitúa Ogipia en las Azores, pero ya Diodoro comentaba que los tirsenos habían alcanzado las Madera. Para SCHULTEN los fenicios, poco después de la fundación de Gades, las conocieron. (Vid. A. SCHULTEN, *Tartessos*, p. 35, 100 y 160); (J. SPANUTH, ob. cit., p. 193). Fueron redescubiertas en 1419 por los portugueses. Se anota su existencia en 1351, en un mapa publicado por BALELLI BONI.

altura de Lisboa, para dejar arrastrarse por la corriente del Golfo, habiendo tenido a la vista las Pléyades y el Boyero. Así Ulises, finalmente, llega a *los bajos de Saltés*, donde comienza su historia entre los feacios.

Homero va describiendo por boca del héroe las características de la *isla de Saltés*, llamándola Esqueria, dónde están sus canales, cómo el río se bifurcaba y la isla era atravesada por corrientes que las mareas producían. Allí considera que están las regiones paradisiacas o islas Afortunadas, porque no sólo es Saltés, sino otras partes de la ría, como la misma *Punta Umbría* y el cerro del que arranca la costa de dunas que forman el litoral de *Arenas Gordas*, las que pueden considerarse como islas y que en aquella época pudieron haberlo sido. Es también el lugar donde habitan los dioses. Las regiones donde se sitúan el Infierno y el Paraíso. La de los terrores nocturnos, nieblas y oscuridad. La de los cimmericos y la de los feacios.

Entonces el poeta traslada, después de describirnos bosques, palacio y templo, juegos y danzas, arte y música, al rey de Itaca de nuevo a su patria, llevando los regalos de Alcino. Es en este final cuando Homero nos descubre, en el ambiente de la *ría de Huelva*, el hecho topográfico más claro de toda su narración, en relación con la isla de los feacios, refiriéndose a la profecía de Nausitoo, por la que Neptuno, airado, con el consentimiento de Zeus, transforma la nave de los feacios, que regresa de Itaca, en *el gran monte de forma de nave*, para maravilla de los hombres y constancia de su venganza. La viva representación del cerro naviforme que se sitúa entre La Rábida y la isla de Saltés, fiada como hecho geográfico y como prueba incontrovertible el sitio vecino a la localización de Esqueria en la *Odisea*. Este cerro innominado, que representa *la nave feacia* que transportara a Ulises a Itaca, cabría denominarle el *Monte de Poseidón*<sup>14</sup>.

En relación al problema concreto de la localización de Tartessos = Esqueria, admitida ya por Schulten y, anteriormente, por Breusing y Hennig<sup>15</sup>, nos interesa destacar algunos extremos que expresan una indudable concordancia. Los remolinos de Caribdis se fijan, como señaló Hennig<sup>16</sup>, en el estrecho de Gibraltar, en las mareas del pequeño golfo donde se fija Carteia, zona peligrosa para la navegación, como se indica igualmente en la *Ora Marítima*, de Avieno, cuando se refiere a los bajos e islotes del Estrecho. La distancia que Homero hace recorrer a Ulises desde el Estrecho hasta Trinacria en un día y una noche, que es lo que tarda en regresar de ella náufrago hasta Gibraltar, son los dos días de navegación que corresponden en la *Ora Marítima* al antiguo periplo griego. Al admitirse la localización del Orco en la bahía de Huelva, junto al monte de La Rábida, la situación de la isla de Eea o de Circe no puede ser otra que la isla Canela, que, en íntima relación con el comercio del mineral a lo largo del Anas, se enlaza por otra parte a las dos vías principales que conducían del mar Sardo y del cabo de Ofusa, hasta la desembocadura del Anas, como se expresa en la

<sup>14</sup> Este monte pudiera ser el que citó APOLODORO al tratar sobre los trabajos de Hércules, llamándole Monte Abanti (Libro II, Cap. IV).

<sup>15</sup> A. SCHULTEN, *Tartessos*, p. 181, nota 1.

<sup>16</sup> HENNING, *Die Geographie des homerischen Epos*, op. cit., p. 24 y ss.

*Ora Marítima*, estando también a una jornada de navegación de La Rábida y de Tartessos, como en la *Odisea* y en la *Ora* se pone de manifiesto.

Estos datos son sumamente valiosos porque precisan la posición real de Tartessos en las vías de comunicación más antiguas documentadas. Solamente la interpretación correcta de los periplos de la *Odisea*, cifra en sí contundentes pruebas para que sea aceptada dicha localización.

Pero además, también se localiza Cádiz como isla de las Sirenas, en el camino que conduce hacia el estrecho.

La fijación de la isla de Oigia<sup>17</sup> que Spanuth lleva a las Azores, esgrimando el hecho de que habría de cruzarse el paralelo 35 para poder ver las Pléyades y el Boyero, no es dato preciso de modo absoluto, ya que en el texto se indica que Calipso le había ordenado que tuviera la Osa a mano izquierda durante la travesía, es decir, que se dirigiese un poco al norte, en busca de las Pléyades y el Boyero, y tuviese después la Osa siempre a su izquierda, que es lo que trasluce el texto, para alcanzar la corriente del Golfo y los vientos favorables que le hacen descender hasta el golfo de Cádiz. Por otra parte, la distancia a que se encuentran las Azores, escala que Spanuth supone conocida por los griegos, para hacer llegar la nave de Ulises hasta el Canal de la Mancha y dirigirse a las costas frisonas, es sumamente forzada. También el cómputo de cien millas marinas de navegación diaria es exagerado, cuando unánimemente se acepta para estos periplos costeros diurnos un recorrido de 50 a 60 Kms. Esta aplicación de distancias convencionales e interpretaciones bastante arbitrarias, es mal que también acusa la obra de Schulten de modo general, y base de múltiples errores cuando se pretende dotarlas de un carácter métrico riguroso, siendo conceptuales como medidas relativas que nunca nos dan millas de recorrido, sino de tiempos diurnos o de doble jornada. Los griegos conocerían las Madera a través de los fenicios o directamente de modo accidental, y cuando Homero nos cita su existencia, debe suponerse un descubrimiento realizado muy en los principios de la colonización griega y perdido posteriormente, ya que ni en la *Ora Marítima* ni en ninguna otra fuente se las volverá a mencionar dentro del período fóceo<sup>18</sup>.

El regreso de Ulises desde la isla de Calipso se verifica en una navegación de dieciocho días, lo que arroja un recorrido aproximado de 1.800 a 2.000 kilómetros, es decir, unas mil millas marinas. La distancia que media entre Madera y Lisboa es de unos 950 Kms., lo que equivale a la mitad aproximada de la navegación obligada hacia el norte para descender después hasta arribar a las costas peninsulares, o alcanzar las áreas de altas presiones atlánticas durante

<sup>17</sup> SPANUTH, op. cit., p. 193.

<sup>18</sup> Las noticias sobre las Madera en Diodoro y Plutarco, que acaso tienen su origen en Pytheas, como indica SCHULTEN (340 a. C.), son posteriores a los periplos fóceos. Sobre el supuesto viaje de Pytheas al Atlántico y hacia el norte, no creemos en absoluto. El célebre río Eridano presenta una íntima relación con Eritia. No nos explicamos cómo SCHULTEN denomina a las marismas de Tartessos, Lago Ligustino y al ámbar "resina ligur" (Vid. SCHULTEN, *Tartessos*, p. 196, nota 1).

el verano, sobrepasando el paralelo de Lisboa y recogándose en la corriente del Golfo para alcanzar el golfo de Cádiz.

La llegada de Ulises a la isla de Esqueria se realiza después de veinte días de estancia en el mar (Cantos VI, 168; V, 34), lo que hace suponer que el punto de visibilidad del litoral pudiera haber sido el cabo de Roca, que, en las fuentes, es el extremo conocido en época griega. El héroe alcanza una árida costa donde no había puertos, que indudablemente se refiere a la zona de Arenas Gordas, precisamente donde Schulten buscaba la localización de Tartessos y que Avieno denominaría con el nombre de Herma. El río que se sitúa inmediato a esta costa y que descubre Ulises es el río Tartessos, formado por el Tinto y el Odiel, que desembocan junto a la isla de Saltés. El pasaje de la *Odisea* habla del mismo aludiendo a la marea baja que hace difícil al héroe adentrarse por aquél (Canto V, 445-51). Después de alcanzar los bajos de la isla, Homero le lleva al interior de la misma en medio de unos arbustos. La descripción de Esqueria se inicia con el lugar donde se hallan los lavaderos, al que acuden las jóvenes acompañantes de Nausicaa y en el que lavan la ropa con los pies, del modo que aún lo practican poblaciones mauritanas. También se indica lo alejado que estaba este lugar del palacio de Alcinoos. Estas referencias responden a la parte meridional de la isla, precisamente a la que después se daría el nombre de isla de Clito, en la Atlántida de Platón, que adopta una forma casi circular centrada por unos bajos, ya cegados. La existencia de pozos de agua en la isla está documentada en fuentes árabes que ya recoge Bellido, anotadas por Levy Provençal<sup>19</sup>. Se describen, igualmente (Canto VI, 255), las características topográficas de la ciudad, rodeada de muro torreado, con un puerto a cada lado, de boca estrecha, adonde son conducidas las embarcaciones, que son los dos brazos del Odiel, así como los canales que existen en toda la zona marismesa. Se cita un bosque de álamos, consagrado a Minerva, en el que mana una fuente donde existe un prado y una viña, muy cercanos a la ciudad. Dentro de la ciudad se sitúa la morada de Alcinoos, que es distinta al resto de las viviendas, las cuales advierten un rústico carácter que se aviene a los tipos indígenas (Canto VII). Ulises contempla en ella los puertos o canales de la isla, los muros con empalizadas, que denotan una tipología

<sup>19</sup> A. GARCÍA Y BELLIDO, *Tartessos pudo estar...*, op. cit., AEArc. n.º 55, p. 191 y ss. Las fuentes árabes describen un ameno paraje de huertos y jardines y con notables restos arquitectónicos de época antigua y una población árabe en ella constatada por las cerámicas califales que se recogen en su ambiente y los enterramientos que abundan en la isla. En nuestras prospecciones hemos comprobado la existencia de cerámicas del siglo X, tégulas romanas y fragmentos de doloi, así como también ganga de mineral de hierro, cerámica gris de tipo fúcoo y algún fragmento de textura pseudo-ibérica, que, aunque rodeada, parece púnica. Enfrente de la isla, en Punta Umbría, se han encontrado restos romanos. Según nos ha informado amablemente don Carlos Cerdán Márquez, Director del Museo Arqueológico de Huelva, que ha realizado excavaciones en la isla de Saltés, y, muy en concreto, sobre la posición del antiguo recinto de la isla. En el Museo hemos visto unos fragmentos chipriotas sin procedencia; F. HERNÁNDEZ, *El cruce del Odiel por la vía romana de Ayamonte a Mérida*, AEArc., XXXI, n.º 97-98, Madrid, 1958, p. 131 y ss. Las fuentes altomedievales árabes identifican Onuba (Awnaba) con Huelva y el Luxia (Laxer) con el Tinto. (Vid. R. E. AN-NIBOI).

muy particular, ya dentro del primer milenio; y en cuanto al palacio y huerto de Alcinoos, destaca una cornisa de lapislázuli, puertas de oro y muros y jambas de bronce y plata, que parecen reflejar tipos orientales. Había un ágora y un campo donde practicar los juegos, conviniendo la imagen a un verdadero poblado y santuario. Se indica también, aunque confusamente, que el palacio está en el mismo centro. Se menciona la nave que conduciría a Ulises, compuesta de cincuenta y dos remeros, es decir, una trirreme, con un mástil abatible y velas.

En esta descripción vemos unas interpolaciones más tardías que describen la isla de acuerdo con una fase que corresponde a las navegaciones fóceas y al mundo cimmerico occidental del que Homero probablemente no tuvo conocimiento. Pero sí las alusiones a la cultura dolménica, y a la raza de los gigantes, sobre los que gobernó Nausitoo, como ya extinta, pero cuyo recuerdo persistiría en la tradición oral helena.

Las referencias de Hesíodo a la Península<sup>20</sup>, recogidas en la *Teogonía* y en diversos fragmentos, corresponden íntegramente a esta localización de Tartessos, aludiendo a la fecundidad de la región en el mito de las Hespérides y la producción del mineral que se encubre en las manzanas de oro, como igualmente al de las Górgonas, que residen junto a aquéllas y al lugar del nacimiento de Pegaso y Crisaor, como del mismo modo el lugar donde fue engendrado el tricépite Gerión, que puede identificarse como el cuerpo de las tres islas que yacen junto a Saltés y del que Estesícoro (Estrabón, 148), indicaba que había nacido "casi enfrente de la ilustre Eritia, junto a las fuentes inmensas del Tartessos, de raíces argénteas, en un escondrijo de la peña". Si Eritia, como dice Schulten, es la isla de Tartessos, no hay duda alguna que la isla de Enmedio, la isla de Bacuta y la inmediata, que carece de nombre, dieron origen al mito de Gerión. Solamente la parte septentrional de la isla de Bacuta es habitable. Sin embargo no creemos que la isla de Eritia sea la isla de Tartessos, sino más bien el cerro naviforme al que aludía la profecía de Nausitoo como peñasco o monte de Poseidón, por destacarse en altura en el atardecer y convenir al nombre de "isla de la luz crepuscular", como se observa, efectivamente, a la puesta del sol. Prescindiendo ya de la acumulación de depósitos fluviales que hacen progresar la costa y han ido rellenando las partes o canales más próximos al continente<sup>21</sup>, se advierte con frecuencia en las fuentes el denominar islas a zonas no totalmente rodeadas de agua en su exacto valor geográfico, sino a las aisladas en razón a su falta de comunicación con el exterior.

El nombre de Gerión lo relaciona Schulten con Gerión, rey de los tartessios, del cual recibía su denominación el castillo de Gerón, que Avieno cita en la isla de Tartessos (*Ora Marítima*, 263). Gerón parece un personaje mítico en el que se esconde un probable tribónimo. Los gelonos son una tribu escita<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> A. SCHULTEN, *Avieno, Ora Marítima*, F. H. A., I, 2.<sup>a</sup> ed., Barcelona, 1955, p. 178.

<sup>21</sup> A. SCHULTEN, *Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica*, I, p. 410, Madrid, 1959.

<sup>22</sup> Vid. R. E., *Geli*; gelonos; Geloni y Gelon, 2; y Herodoto. *Historias* IV, 8,

El comentario a las *Ciprias* del Prof. Schulten, en relación a la isla rocosa de Sarpedón<sup>23</sup>, situándola junto a Tartessos, hace que pueda localizarse en la misma Eritia, o bien corresponder a Bacuta, más en relación con el mito de las Medusas, de Crisaor y de Pegaso (Estrabón, 300).

En cuanto al mito de Hércules aparece citado en la *Odisea* (Canto XI, 615), en relación al Orco y a Orthros, como también el Jardín de las Hespérides y la muerte de Gerión. La leyenda de Hércules navegando en la nave solar hacia el poniente —siempre la copa ha sido como imagen confundida con el casco del navío solar, a semejanza de la nave lunar— hasta la isla de Eritia, está también en relación con este emplazamiento (*Ora Marítima*, 183). Estesícoro fija la isla de Eritia frente a la cueva donde fue engendrado Gerión y donde se origina el río Tartessos, es decir, el punto de unión donde confluyen el Tinto y el Odiel y se abre la boca del Tártaro, y donde Ulises, en la visión infernal, conversa con Hércules. También la isla Sarpedonia de Estesícoro se situaría, como hemos indicado, frente a Eritia, ya en la isla de Bacuta o en la misma Eritia. Los comentarios que aparecen en las fuentes sobre la localización de estas islas, en general están ya mixtificadas o alteradas por consideraciones literarias.

Schulten a este respecto ha ordenado los textos y realizado la crítica de los mismos de un modo correcto, dentro de su concepción general del problema, ajeno a Arenas López, cuya postura personal e interpretación, bastante arbitraria en muchos aspectos, restan fuerza y validez a algunas de sus acertadas ideas, entre ellas la de considerar Tartessos en la desembocadura del Odiel y la representación de Gerión y de su mito en el grupo de las islas de Bacuta, Saltés y Enmedio<sup>24</sup>.

La denominación variada que se hace de la isla de Saltés en otras muchas fuentes, aludiendo a la isla de Tartessos —Eriteia, Cerne, Calatusa, Hesperetusa, etcétera—, no hemos de tratarla, pero sí aceptar la denominación de Calate como correspondiente a Huelva, basada en la localización del Sinus Caláctico, por Esteban de Bizancio, apoyada en Hecateo y citada como Calalusa por Eforo, en época post-fócea (Iacobi, frag. 39; Avieno, 424. *Sinus Calacticus*). Calatilla se llama la pequeña isla junto a Bacuta.

Cuando Esteban de Bizancio menciona a los Elbestios, tribu de Libia (Iacobi, frag. 40), en la Península, no sólo alude a su origen como opina Schulten (*Ora Marítima*, 186), sino a la existencia de una Libia peninsular, la de los libi-fenices de Avieno. Este pasaje es importante por proporcionarnos la idea de una Libia hispánica, apoyada en la visión étnica y cultural de los antiguos historiadores, separada de la Libia africana. Sin embargo nada tienen que ver los iberos, según creía Schulten, haciéndolos originarios de Africa, con los libios, pueblos que acusan una amplia relación con las tribus meridionales de la Península. Nosotros vemos

<sup>23</sup> A. SCHULTEN, *Avieno, Ora Marítima*, op. cit., p. 181. Herodiano 2, 914. La roca de Sarpedón pudiera también enlazarse a la localización misma del templo de la diosa infernal, en la roca de la Rábida, que es la cima rocosa más importante del ambiente de Huelva.

<sup>24</sup> A. ARENAS LÓPEZ, op. cit., p. 110.

una identificación de los Elbestios, Olbisios, tribu de las columnas de Hércules y Olbisinios, de Olba = Huelva, con los Albiones de Avieno, como una denominación geográfica (*Ora Marítima*, v. 112).

Todas las interpretaciones que en torno a la localización de los mitos y de la isla de Tartessos se encuentran en las fuentes, con posterioridad a la *Odisea*, se explican como consecuencia, muchas veces deformada, de las antiguas tradiciones que se reflejan en la literatura y en los textos que cada historiador maneja, como ya hemos indicado.

Pero la fuente primordial sobre la que basa A. Schulten su localización de Tartessos en el Coto de Doña Ana, es la *Ora Marítima*, de Avieno que merece para el ilustre historiador una publicación especial. Realmente, desde un punto de vista geográfico, la *Ora Marítima* es la prueba más fehaciente de la localización de Tartessos en la isla de Saltés, situada en el estuario del Odiel. Prescindiremos de los precedentes a la edición de este trabajo y de los aciertos y errores que los comentaristas han hecho valer sobre la identificación de ríos, costas y parajes contenidos en el Periplo de Avieno, ya que sería interminable nuestra labor y estéril el rebatir lo que por sí mismo ha de relegarse como inservible, o bien aceptarse por unánime consenso.

## II

La verosimilitud de un viaje de Eutímenes de Marsella en el siglo VI a. C., visitando las costas atlánticas, como apoyo más remoto de Rufo Festo Avieno, presenta todos los visos de probabilidad. Este viaje se realizaría desde las columnas de Hércules hasta el cabo de Roca, el extremo más occidental de la Península, estando de acuerdo con Schulten en que se recogen pormenores de unas navegaciones que pueden comprenderse entre los siglos VI-V a. C. También es indudable el apoyo en fuentes cartaginesas y en otras griegas que el mismo Avieno menciona y que Schulten ha comentado, así como las interpolaciones debidas al poeta latino. Lo que Schulten no advierte es que el citado periplo, basado en el viaje del marsellés, sólo se refiere a la descripción de la costa hispánica hasta el cabo de Roca y no como él dice, hasta las costas de Frisia, no recogiendo informe alguno de regiones más extremas que las ocupadas por las tribus hispánicas del interior occidental, y por otra parte, tampoco aclara que todo lo que Avieno trata desde las columnas hasta Marsella lo realiza dentro del plan que tiene trazado de informar a su amigo Probo sobre las costas del Mediterráneo y del Ponto Euxino, dentro de la contemporaneidad del autor.

Esta observación que es básica, se explica ya en la *Ora Marítima* (v. 565), cuando se dice: "Y desde las columnas de Hércules así como del mar Atlántico y del confín de la costa cefírida hasta Pirene hay un viaje de siete días para una nave veloz". Este dato sobre el que nunca sepamos se ha aludido, establece una radical diferencia de mediciones y de duración de los periplos, entre la primera

parte de la obra que trata en concreto de la Oestrímnida, de sus islas y de Tartessos, así como de sus relaciones con el Mediterráneo, y la otra parte, desde la que se propone describir, de modo claro, con una finalidad práctica, de las rutas y viajes que se realizaban en el siglo IV. Insistimos en destacar este hecho, ya que mientras Avieno recoge los datos de los días de navegación que se utilizaban en los antiguos periplos y que todos aceptan basados en citas de Aristóteles, Scimno y Estrabón, como de recorrido diurno de 50 a 60 Kms., en el derrotero marítimo del Mediterráneo, nos precisa que con una nave veloz, sobrentendiendo que las que ha anotado hasta entonces no lo eran o correspondían a las de antigua navegación, se tarda siete días desde las Columnas hasta el Pirineo, que viene a suponer en la distancia total un recorrido de unos 160 Kms. diarios, con sus correspondientes escalas, datos que están en función del interés de Probo que es el que precisa de información.

Toda la justificación por parte de Schulten de la existencia de viajes tartésicos a Bretaña, la cimenta en la presencia de los *Osismios*, que en época de César figuran en aquella región, y en la semejanza que guardan los nombres de Oestrímnios y de Osismios (Tartessos, p. 198). Otra gran fuerza que obliga a Schulten a aceptar estas navegaciones es el seguir a Müllenhoff sobre la identificación de la Oestrímnida con la Bretaña (*Ora Marítima*, 58); pero donde la crítica disparata al enjuiciar el texto de la *Ora*, es en la relación de las islas Oestrímnidas con Inglaterra e Irlanda. El error de Schulten se apoya, indudablemente, en toda la crítica anterior, si bien él localiza las citadas islas en los pequeños islotes al este de Ouessant, aunque tampoco deseche las Británicas (*Ora Marítima*, 94). Aún en la bibliografía moderna el problema de las islas Oestrímnidas unido al de las Cassitérides, se muestra irresoluto, aunque Jacques Ramin se incline por considerar la Armórica como el centro del estaño relacionable con las Casitérides, basándose en Himilcon a través de Avieno, y abundando en el error ya hecho común<sup>25</sup>.

En toda la *Ora Marítima* no existe una sola referencia que haga presumible el que los griegos pasaran más allá del cabo de Roca, considerado como el extremo del mundo y donde Avieno fija la posición del cabo Cinético (v. 200), en expresivas frases: "Luego el cabo Cinético, por donde declina la luz sideral, levantándose orgulloso, como confín de la rica Europa, se vuelve hacia las saladas aguas del océano lleno de monstruos". Desde este punto hace referencia a la culminación del periplo por su derrotero más nórdico, indicando cómo hierve el mar encrespado y el rocoso litoral se prolonga extensamente. La falta de com-

<sup>25</sup> J. RAMIN, *Le problème des Cassitérides*, París, 1965, p. 91 y ss. Sobre las Casitérides vid. A. SCHULTEN, *Geografía y Etnografía...*, I, p. 377 y II, p. 298. Lusitania producía estaño que debía ser conducido a través del Tajo y del Guadiana, donde se emplazan las islas Oestrímnidas. Con respecto al origen céltico de la palabra *kassiteros*, el nombre parece mediano u oriental (Kashtaritu, babilonio; Phraortes, griego) (Vid. D. J. WISEMAN, *The Vassal-Treaties of Esarhaddon*, Iraq, 20, 1958, 13 (Vid. R. E. KASIA, 2261, 60). Las minas de estaño portuguesas se localizan en la comarca de Viseo y en las proximidades de Monforte y en varias localidades de Tras os Montes, como prolongaciones de los yacimientos de Galicia y Zamora.

prensión de los límites auténticos del periplo, echa por tierra todas las suposiciones de unos viajes hacia las tierras europeas occidentales, si se exceptúa a las puramente comprendidas entre las Columnas de Hércules y este cabo Cinético o de Roca. Y si en algún momento las navegaciones griegas traspasaron estos límites, como prueban algunos indicios arqueológicos en el litoral gallego, no dejaron costancia en ninguna fuente literaria, correspondiendo todas las menciones a derroteros situados por encima del cabo Cinético, a navegaciones posteriores. Las costas sin refugio del litoral de Aveiro, constituirían un obstáculo difícilmente salvable para las frágiles embarcaciones, para un comercio regular y, por otra parte, por la misma ausencia de poblaciones como expresamente se señala en la *Ora Marítima*, situándonos como pueblos más extremos y alejados el de los Ligures y Draganos (v. 195), que "colocaron sus lares" hacia el septentrión nevado, es decir, hacia las tierras interiores de la Sierra de Gata y la Estrella, de las sierras de León y Cantábrica.

Avieno ya justifica la inclusión de una serie de noticias sobre las costas atlánticas en razón a sus afanes eruditos y conocimientos de las cosas antiguas, relacionadas con ese fabuloso país que fue Tartessos, describiéndonos las regiones próximas que mantenían comercio con él o que se enlazaban por medio de unas vías de comunicación, como foco principal en el comercio de los metales, por eso dice que empezará "algo más arriba" (v. 75) su descripción de la costa tartésica, apurando todas las noticias, perdida su memoria o raras y no en cuanto a ser geográficamente alejadas, sino remotas en el tiempo. Si Avieno hubiera querido llevarnos a Bretaña o Frisia, no hubiera dejado de recoger otras muchas noticias de las costas galas o cantábricas que a su alcance tenía. Sin embargo, Avieno silenció todas menos aquellas que hacían referencia expresamente a la vieja historia de Tartessos y del Golfo Atlántico conocidos por los griegos.

Las costas desde el fin de las Oestrímnidas (cabo de Roca), hasta el estrecho tartésico (Gibraltar), será su primera descripción, a la que sucederá luego la de Tartessos mismo y, finalmente, la de las tierras costeras limítrofes que con él se relacionaban ya en el Mediterráneo (Málaga). Después de esta descripción y de modo independiente de la parte anterior, aunque utilice datos de antiguas fuentes, describirá las costas mediterráneas hasta Pirene, haciendo, únicamente, una alusión a Tartessos cuando trate de la ciudad de Herna (Elche), como extremo oriental alcanzado en las navegaciones tartésicas.

El plan es lógico y claro. En primer lugar programa una descripción general de situación; en segundo, la descripción costera, con los pueblos que allí habitan, y las distancias, tanto marítimas como terrestres, que unen los más destacados puntos de comercio, para fijarnos en último lugar claramente, la localización de la isla de Tartessos y las navegaciones a los puertos orientales mediterráneos que, indudablemente, no son las realizadas por los indígenas, sino por el comercio fóceo marsellés. Así Avieno nos explicará cómo desde las costas ocupadas por poblaciones marítimas de los Albiones, en el Atlántico, hasta la de los Hiernos de Herna, en el Mediterráneo, existió una antigua navegación que traficaba con el gran foco minero de Huelva y de las islas desde las cuales establecían sus rela-

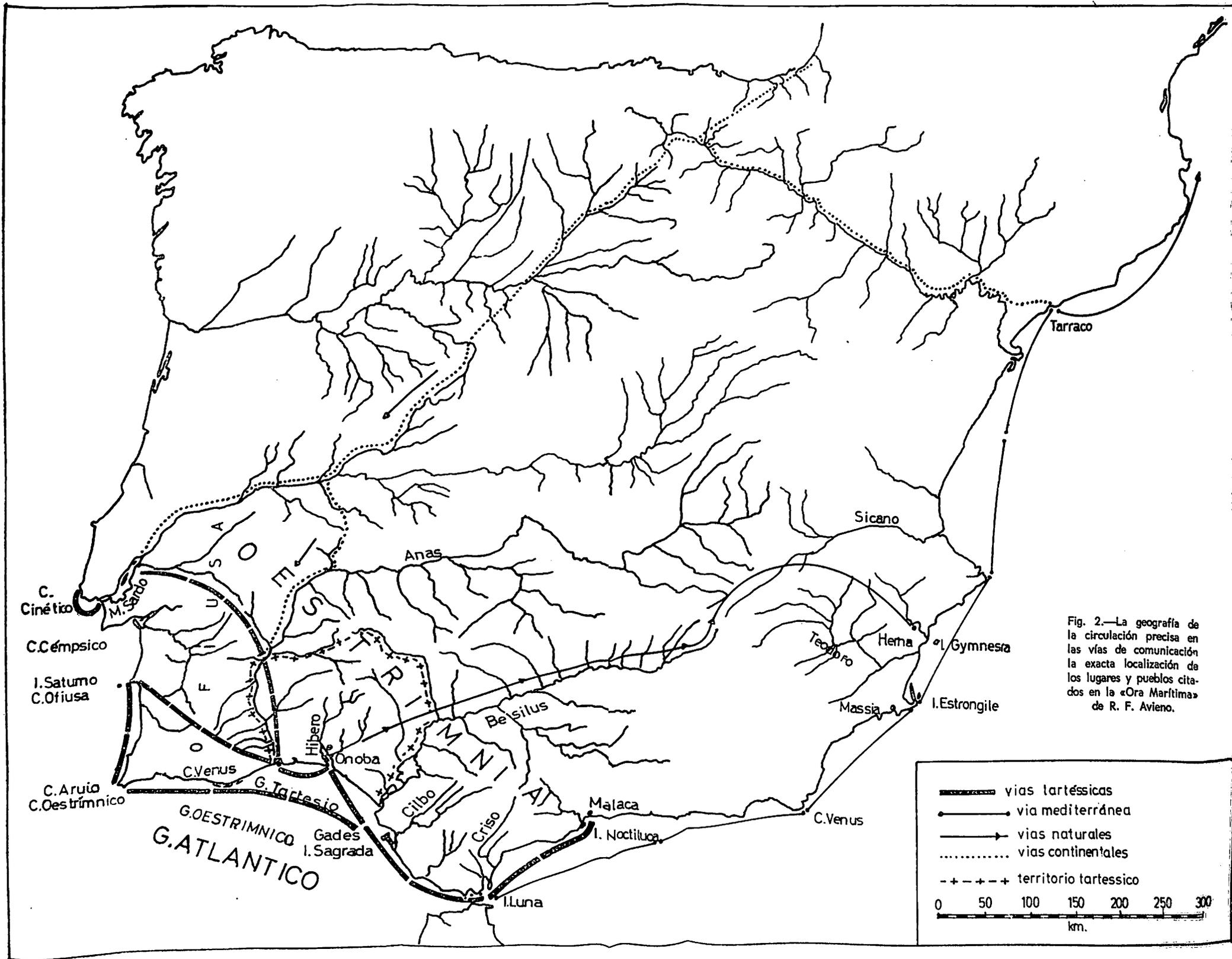


Fig. 2.—La geografía de la circulación precisa en las vías de comunicación la exacta localización de los lugares y pueblos citados en la «Ora Marítima» de R. F. Avieno.

ciones comerciales con el interior los griegos y, posteriormente, los púnicos.

Toda la crítica histórica actual, pesimista u optimista sobre el problema de la localización de Tartessos, está falta de esa clara visión del valor del conjunto de informes literarios cuya mayor parte analizó Schulten y de cuyo mérito innegable no se duda, pero sí de la debida interpretación de pormenores que son básicos, que motivan consecuencias erróneas insostenibles y que en los momentos presentes son plenamente revisables. En este aspecto la geografía histórica valora con sus principios aplicados especialmente al campo de las vías de comunicación, en suma, al de la geografía de la circulación, las verdaderas determinantes que concretan la localización de Tartessos.

Merece, por tanto, la pena seguir el periplo de Avieno y comentar esas situaciones y emplazamientos que, en su narración, se recogen, apoyándonos en el mismo aparato crítico de Adolfo Schulten (fig. 2).

Avieno comienza en el *Golfo Atlántico* su descripción (v. 80-85), donde sitúa la ciudad de *Gades*, que dice llamarse Tartessos (v. 85-86), del mismo modo que más adelante nos dirá: "Aquí está la ciudad de *Gadir*, pues en lengua fenicia se llama Gadir a todo lugar cerrado" (v. 269), manejando un término aplicado en las antiguas fuentes a *Tartessos*, la isla de Saltés, cuyo emplazamiento desconoce y cree ser Cádiz. Este hecho lo advierte ya el mismo Schulten (*Ora Marítima*, Com. 86-89, p. 93), como confusión que se debe a la utilización de los textos sin idea de la realidad geográfica, aunque Avieno parece relatarnos haber estado en Gades y no haber visto nada que recuerde ese pasado.

Cita las *Columnas de Hércules*, *Abila* y *Calpe*, sobre las que Schulten comenta que equivoca éstas con la *Columna Boreal* que Eforo pone entre los *Vénetos* e *Istros*, indicando, de modo peregrino, que esta *columna* estaba entre los Oestrímnidos, apoyando el punto de partida de su narración o crítica en aquellas latitudes, cuando realmente la *Columna Boreal*, sobre la que nada comenta Avieno, estaba entre los Vénetos del *Adria* y de *Istria* (*Ora Marítima*, Com. 89, p. 93).

Prosigue en la descripción general que hace de situar la zona tartésica, hablando del cabo Oestrímnido: "la antigüedad lo llamó Oestrímnida, hallándose la rocosa cima completamente vuelta hacia el tibio mediodía" (v. 90-94).

Este párrafo o pasaje ha sido causa de que se aceptase la idea de la correspondencia del cabo Oestrímnido con la supuesta columna Oestrímnida, de Bretaña, que aplica a Ouessant, entre los Vénetos, emigrados allí desde centro-Europa (*Ora Marítima*, Com. 89). La imagen de Avieno aludiendo a la cima rocosa vuelta hacia el tibio mediodía, puede mover a localizar el cabo Oestrímnido en el Peñón de Gibraltar, ya como una referencia recogida en las fuentes anteriores a Avieno, o hacer pensar que él mismo, en su pretendido viaje, concibiera, a la vista del Peñón, esta identificación, lo cual abriría paso a relacionar la bahía de Algeciras y Carteia con la ciudad de Tartessos (*Tartessos*, p. 155). Pero Avieno no precisa su localización. Al hacer Schulten la conexión de Bretaña con la *Columna Boreal*, único modo de iniciar la crítica al relato del periplo, con viajes al mundo nórdico, desvirtúa la verdadera situación geográfica de los hechos y,

por consecuencia, yerra en sus mismos fundamentos toda precisión sobre la localización de los lugares mencionados en el texto de Avieno.

El Cabo Oestrímnido corresponde, a nuestro modo de ver, a tierra oestrímnida, que se halla comprendida entre las Columnas y el Cabo de Roca. Además, lógicamente, al describir ante una representación gráfica de las costas, en relación al panorama general o al conjunto, siempre se hace referencia a las distintas partes de que se compone, por lo cual, si Avieno nos habla del Cabo Oestrímnido en relación a Tartessos, diciendo que se halla en la Oestrímnida, no puede ser otro que el cabo de Sagres.

Este hecho se comprueba en el pasaje siguiente de Avieno: "Por debajo del vértice de tal prominencia se abre el *Golfo* llamado *Oestrímnico* por los naturales, en el cual sobresalen las *islas Oestrímnidas*, yaciendo separadas y siendo ricas en metal de estaño y de plomo (v. 92-99). Sólo por debajo del cabo de Sagres se abre el golfo Oestrímnido con el conjunto de islas, famosas desde la antigüedad, por el comercio del metal.

También este párrafo ha hecho pensar desde la antigüedad en la posibilidad de que Carteia fuese Tartessos, como ya hemos apuntado, al pie del Peñón y la bahía de Algeciras el Golfo Oestrímnico, lo que prueba que el pasaje no es de Avieno y sí de un verdadero conocedor de las costas, un geógrafo.

Las islas Oestrímnidas en estos versos son las meridionales de la costa atlántica, que comerciaban con el mineral, pero por razón de la extensión de lo que se llama Oestrímnida por Avieno, que describe fielmente hasta el Cabo de Roca, pueden comprenderse el resto de las islas atlánticas hasta el citado punto, como reales islas Oestrímnidas.

Avieno recopila a continuación, interpretando a su modo las fuentes que maneja, informaciones sobre las formas de vida de estos pueblos costeros dedicados al comercio y navegando en barcas de cuero, y comienza entonces a proporcionarnos una descripción de lo que existe en este Golfo Oestrímnico desde su iniciación: "Desde aquí (desde las Columnas) hasta la *Isla Sagrada* —así fue llamada por los antiguos— hay una distancia de dos días para una embarcación" (v. 108-110).

Los dos días de navegación corresponden a la situación de Cádiz, donde existió un templo de Hércules (*Tartessos*, pp. 70, 113, 163), y se sitúa también el cabo Sacro (v. 321). Recordemos que en la *Odisea* se la denomina *Isla de las Sirenas*, famosa por sus bailarinas (*Tartessos*, p. 238), siendo además en la tradición el punto más significado de la "vía Heraklea", según Euctemón (v. 317-140).

El periplo explica: "Aquí entre las ondas se encuentra mucha tierra y la habita extensamente la tribu de los Hiernos (v. 110-111). Indudablemente Avieno recoge entre los pueblos que figuran como más representativos en la vía comercial del metal, aquellos que están relacionados directamente con el Golfo Oestrímnido, como extremos de la misma, aludiendo al carácter tribal de estos Hiernos, que más tarde mencionará al tratar de la ciudad de Herna (v. 463). El carácter marismeño de toda la costa meridional, tanto atlántica como mediterránea, especialmente en las desembocaduras de los ríos, que es donde se ofrecen los

refugios más seguros y las naturales vías de penetración para el establecimiento de un comercio regular, queda reflejado en el pasaje. Los Hiernos no son los irlandeses, como supone Schulten basándose en un lugar común, sino el nombre genérico de los naturales de Herna. Herna supone Schulten que debía estar cerca del cabo de La Nao, y nosotros creemos que se localiza en las proximidades de Elche. Dentro del ámbito espacial de la misma Tartessos se encuentra la ciudad de *Herbi*, en relación etimológica con las lagunas infernales (v. 240-245). El nombre de Herna está vinculado a otros nombres como Hernac y Hernicos (vid. R. E., 908, 60-64 y 909, 10). Al hacer referencia a toda esta zona de marismas y salidas lentas de la masa fluvial, como "muchas tierras entre las ondas", se refiere de modo especial a la costa marismeña del Guadalquivir, ya que en seguida nos dirá: "Luego se extiende cercana la isla de los Albiones. Y era costumbre entre los Tartessos comerciar en los confines de las Oestrímnidas" (v. 112-114).

La isla de los Albiones, en el Golfo Oestrímnico, es la isla principal del comercio del metal, que se encuentra después de la Isla Sagrada, o de Cádiz, ya situada a dos días de navegación del Estrecho y desde la cual las naves que comerciaban en Tartessos alcanzaban los extremos del cabo de Roca hasta la ciudad de Herna, en el Mediterráneo, puesto que cuando Avieno nos hable de esta última ciudad, nos dirá que hasta ella navegaban los tartessos, como extremo o límite de sus periplos (v. 449-463). Este espacio geográfico está bastante ajustado al que, como ya hemos visto, debieron realizar los griegos en sus derroteros, de acuerdo con la *Odisea*.

La denominación de Albiones como población marítima extensiva también para los Albiones galaicos, es una adjetivación de un indudable hidrónimo, procedente de Alb, "agua", aplicado a muchos parajes fluviales y marítimos y que nada tiene que ver en este caso concreto con los marítimos o Albiones británicos (Vid. R. E., Alba Helvorum; Helvi; Helbisios u Olbisios; Alba Longa; Albanus; Albana aqua; Albania; Albanus lacus; Rivus Albanus; Albinia; Albis; Albocela; Albula; Albulae aquae; Arvii, etc., así como Aruio).

También Avieno, cuando se refiere a los confines de las Oestrímnidas, alude a las islas de la desembocadura del Tajo, que son las más extremas, y donde está el confín de la rica Europa (v. 201-204, y v. 129-133). Ellas serán las últimas que describa en la posición septentrional de la costa portuguesa.

La interpolación de un comentario sobre fuentes púnicas (v. 115-129), aludiendo a *colonos cartagineses y pueblos que vivían en el estrecho*, que frecuentaban estos parajes marismeños que se extienden hasta el Tajo y con condiciones climáticas claramente meridionales, que corresponden a estas regiones de bajos arenosos, no necesita comentario. Es interesante, sin embargo, hacer constar que *Himilcon* tardara cuatro meses en recorrer estos lugares en su famoso periplo de prospección.

Avieno continúa diciendo: "Y si alguien se atreve desde las islas Oestrímnidas a dirigir la nave por las ondas en donde el aire se hiela por el eje de Licaon, llega a la tierra de los ligures, vacía de habitantes, ya que fueron evacuados mucho ha por obra de los celtas y por las frecuentes guerras, viniendo los expul-

sados ligures, como con frecuencia sucede a los hombres por obra del Destino, a esta tierra donde ahora habitan, casi siempre, entre horribles malezas. En estos lugares son frecuentes los precipicios y las rígidas peñas, así como tocan al cielo las cimas de los montes. Y así fue como esta tribu fugitiva vivió largo tiempo entre las estrecheces de las rocas, apartada de las ondas, pues *el mar era temido a través de los pasados peligros*; pero después la tranquilidad y el reposo fortaleciendo la audacia con la seguridad, les decidió a abandonar las elevadas madriguas y a descender a los parajes marítimos" (v. 129-145).

La existencia de unas tierras más al norte de estos confines del Tajo queda oscura en la descripción de Avieno, dadas las dificultades de navegación que se traslucen en las fuentes. La rectilínea costa de Aveiro, sin refugios y sin poblaciones costeras "vacía de habitantes", como se significa en el comentario, y las costas galaicas que hubieron de ser asiento de poblaciones marítimas ligures y que por dificultades defensivas cedieron a los celtas, viene a aclararnos nuevamente que desde el Cabo de Roca la navegación no presentaba muchos alicientes para los intercambios comerciales. El eje de Licaon tiene aquí un sentido de dispensor de vientos que Schulten no comenta, como un peligro más para el periplo de las costas gallegas. La tierra de los ligures se encuentra en los macizos galaico-durienses, donde Avieno los menciona nuevamente al tratar de los Draganos (v. 196-198). Dragonte, en Villafranca del Bierzo, parece topónimo relacionable. Ligures y Draganos son los pueblos más extremos que menciona el periplo. Pero las características costeras hasta Galicia hubieron de ser conocidas por los griegos, aunque carentes de interés comercial, como hemos dicho, ya que alude al carácter desértico de la costa, sin poblaciones; como también muy interesante es el que se indique que los ligures precedieron a los celtas, los cuales les desalojaron arrinconándoles en las zonas montañosas. No creemos que el peligro que el mar representa se deba a migraciones marítimas, sino a constituir las zonas serranas los lugares lógicos de refugio frente a cualquier invasión. Lo indudable es que la Oestrímnida se cerraba en el cabo de Roca, configurándose, por sus características geológicas y fisiográficas, como una unidad alrededor de la cual, desde el conjunto de islas, se operaba el tráfico marítimo y el comercio regular.

Avieno prosigue: "...después de aquello que hemos hablado más arriba, se descubre *un golfo de extenso mar hasta Ofiusa*" (v. 146-148).

Volviendo a coger el hilo de su narración desde la Isla Sagrada, que sitúa a dos días de navegación del Estrecho, y dentro del Golfo Atlántico, penetración del océano hacia las costas hispanas y africanas, y dentro también del Golfo Oestrímnico, que se extiende desde el cabo de Sagres a las Columnas de Hércules, se encuentra este otro Golfo, amplio, desde Cádiz hasta el río Guadiana, donde comienza Ofiusa. Este golfo es el de Cádiz y al delimitarle, nos señala la vía principal que une la desembocadura del Anas con el mar Sardo, la bahía de Lisboa o el Mar de la Paja. *El golfo de Tartessos*, como lo llama Avieno (v. 265), se extiende, pues, desde la Isla Sagrada hasta el límite de Ofiusa, donde se encuentra, en la desembocadura del Anas, la isla de Canela, que ya identificamos anteriormente como la isla de Eea o de Circe en la *Odisea*.

Y he aquí cómo describe *Ofiusa*: "Luego, desde este litoral hasta el mar interno, que se introduce en la tierra, como antes dije, y al que se llama *Sardo*, se extiende para el viandante un *camino de siete días*. *Ofiusa*, ofrece tanta anchura como, según oyes, presenta la isla de Pelops, en el territorio de los griegos. Fue llamada antes *Oestrímnida* porque habitaron sus lugares y campos los Oestrímnios. Luego, multitud de serpientes ahuyéntó a los habitantes y dio nombre a las abandonadas tierras (v. 148-157).

Avieno plantea, ante todo, la existencia de un *camino de siete días* que iba por tierra desde la desembocadura del Tajo hasta la del Guadiana, pero del cual Schulten hace camino desde Bretaña al Mediterráneo, por equivocar el *mar Sardo* o mar de la Paja, de la desembocadura del Tajo, con el mar Sardo de Cerdeña. Este error está acumulado al de su creencia de que la Oestrímnia es Bretaña y no, como claramente se viene expresando en el periplo, la región comprendida desde las Columnas hasta el golfo de Lisboa (*Ora Marítima*, Com. 148-51). Es cierto que Avieno indica haber citado con anterioridad "el mar que se introduce en la tierra" (v. 54-55), refiriéndose al Mediterráneo occidental, cuyo nombre de Sardo le recuerda el que debió manejar en la fuente original del periplo, con lo que se confunde y hace, a su vez, confundir a Schulten. El Mar de la Paja es el Mar Sardo, porque está hablando de Ofiusa y la distancia normal para un viandante desde el Tajo al Anas, la vía principal del interior, que relaciona los focos comerciales de la bahía de Lisboa y de la desembocadura del Guadiana. La distancia a salvar supone una marcha de unos 35 Kms. diarios, que es lo normal para un caminante. Schulten, para justificar este camino del Tajo al Guadiana, que reconoce que existe, le aplica el camino de cuatro días cambiando la posición del cabo de Ofiusa, que sitúa en el Cabo Roca, en vez de hacerlo en el lugar que le corresponde en el Cabo de Sines (*Ora Marítima*, Com. 172 ss.). El término de Sardo está ampliamente extendido a promontorios o montes (Vid. R. E.: Sardeis = Tsarth, (¿príncipe?), voz fenicia o micrasiática, 2.476, 30; Sardar, Sardemisus; Sardene; Sardenus; Sardessos; Sardiates; Sardica; Sardinia, Σαρδώνος ὄρος así como los topónimos locales en relación a montes, como Sardón de Duero, Monte Sardonedo (Valladolid). Sart- es raíz micrasiática (Burchner, Vid. R. E., 2.479, 43). La denominación de Mar Sardo pudiera corresponder a una época prefócea de colonización jonia o chipriota, o bien procedente de Mysia. El topónimo de Sardessos, junto a Lyrnessos, guarda extraordinaria semejanza con el Tartessos. Sardos y otros pueblos del mar se mencionan coaligados con libios, como poderío marítimo occidental, en época del Imperio Nuevo. Figuraron como tropas mercenarias en época de Ramsés II.

La anchura relativa de Ofiusa, que corresponde a la de Portugal y que Avieno compara con la del Peloponeso, es plenamente admisible. Aquí aclara terminantemente que Oestrímnida se llama a este territorio. El cúmulo de gratuitas afirmaciones y de equilibrios que Schulten hizo para explicar este pasaje así como el del Mar Sardo, no merecen comentario (*Ora Marítima*, 154-157).

Viene después la continuación de la costa que Avieno describe pasado ya el Golfo Tartessico, que termina en la desembocadura del Anas, diciendo;

"Después el *cabo de Venus* avanza sobre el abismo y el mar ruge alrededor de *dos islas*, inhabitadas por su pequeñez" (v. 158-160). El único cabo que aparece al occidente en la costa lusitana, es el de Santa María, frente a Olhão, que adopta forma de venera, con dos islas frontales que la preceden, la de Armona y la de San Lorenzo. Venus o Juno indígena, como Schulten dice, viene a ser sustituida en el culto por la advocación de Santa María, hecho que aquí se justifica. No obstante emplaza este cabo en el de Higuer, en el golfo de Vizcaya; el canal de entrada conduce al puerto de Olhão, mejor que el de Faro cuyo acceso es menos seguro. Existen lápidas que sitúan en estos puntos la antigua Ossonoba (Vid. C. I. L., p. 3, 691; Conventus Pacensis, 781).

"Luego el *cabo Aruio* se dirige hacia el áspero septentrión. Desde aquí hasta las *Columnas* del atrevido Hércules, el viaje de una embarcación es de *cinco días*" (v. 161-164).

Continúa aquí Avieno las escalas y accidentes de la costa y las mediciones o tiempo que se invierte en los recorridos. Ya ha mencionado el Cabo Oestrímnico, cuya rocosa mole estaba vuelta hacia el tibio mediodía, situado en el cabo de Sagres, que posee un puerto seguro para las pequeñas embarcaciones. El *Cabo Aruio*, inmediato, que se dirige hacia el áspero septentrión, es el Cabo de San Vicente. Schulten lo sitúa en el Cabo Ortegal (*Ora Marítima*, Com. 160-162). También señala Avieno que el viaje dura cinco días desde el Estrecho, que es lo que se tardaría, un poco forzosamente, costeando.

"Después hay una *isla marina*, abundante en hierbas y consagrada a Saturno. Pero en ella es tanta la fuerza de la naturaleza, que si alguien se acerca navegando, en seguida se excita el mar cercano a la isla, ella misma se conmueve y todo el mar se levanta a lo alto estremecido, mientras el resto del piélagos está silencioso, cual un estanque" (v. 164-171).

Los caracteres de la isla concuerdan con los de la isla de Pessegueiro, cercana a Porto Corbo, en cuyo puerto se debía hacer escala, ya que en la bahía de Sines el oleaje impide la arribada.

"Después el *Cabo de Ofiusa* surge en los aires y del *Cabo Aruio* a estos lugares hay un *viaje de dos días*" (v. 171-173).

Toda la descripción viene a ser exacta en relación al Cabo de Sines y, además, porque inmediatamente nos va a precisar Avieno la existencia de un camino de cuatro días desde este punto hasta el Anas, como una de las vías de comunicación con Tartessos más importantes. Este camino es el que Schulten confunde con el del Tajo al Anas, como también del mismo modo, descendiendo en sentido contrario a la descripción normal del periplo, sitúa la isla de Saturno en la de Berlenga, y el cabo de Ofiusa en el cabo Roca, correspondiendo éste en la descripción de la *Ora* al cabo Cinético "por donde declina la luz sideral..." (v. 203), donde se halla el límite de los Cinetas (*Ora Marítima*, Com. 225). La distancia es plenamente justa en un recorrido de dos días.

"El *golfo* que desde allí se abre extensamente retrocede, no siendo todo él navegable fácilmente con un solo viento, puesto que llegarías a la mitad impulsado por el Céfiro, pero el resto exige el Noto. Y si alguien se dirige desde allí,

a pie, al litoral de los tartessios (al Anas), difícilmente acabará el camino en cuatro días, mientras que (de Tartessos), si uno intenta la ruta hacia nuestro mar y el puerto de Malaca, el camino es de cinco días" (v. 174-182).

El golfo que allí se abre y retrocede extensamente es el comprendido entre el cabo de Sines y el cabo de Espichel. Allí se necesita del viento Noto para que los barcos se dirijan hacia el norte.

El camino de que habla Avieno es el que parte del cabo Sines hasta la desembocadura del Anas, que supone un recorrido de más de 35 Kms. diarios a pie, por lo cual ya advierte que, forzosamente, puede realizarse en cuatro días. También a pie es la serie de etapas que conducen desde la desembocadura del Tajo hasta el mismo punto, frontera del reino de Tartessos, que exige el embarque en la desembocadura del Guadiana hacia Saltés, o hacia el Mediterráneo (v. 151).

En cuanto a la ruta del mar Mediterráneo y el puerto de Malaca, cuyo recorrido es de cinco días, no se realiza a pie, sino, como bien dice, por mar, como ruta hacia el Mediterráneo y el puerto de Malaca, estableciendo para el camino terrestre la marcha a pie, cosa que de Tartessos a Málaga, como comunicación natural, se hace absurda por tierra. El interés de estas vías terrestres y marítimas que señala en la geografía de la circulación, poseen un interés excepcional, porque nos está precisando el punto exacto de la localización de Tartessos, a cinco días de navegación de Málaga y a un día de navegación del Guadiana, correspondiéndose esta última distancia con la que ya citamos de la isla de Circe al Tártaro.

Schulten, en este aspecto que hemos comentado, se creó una comunicación terrestre innecesaria (*Ora Marítima*, Com. 178-182). La justificación que daba era la de recibir el estaño de Bretaña, a través de la bahía de Lisboa, hasta Málaga, por camino terrestre. Por otra parte, las relaciones con el mundo tartésico, aun suponiendo cerrado el Estrecho para las navegaciones fóceas y la continuidad del tráfico minero o la salida del mineral hacia el Mediterráneo, solamente pudieran haberse realizado por algún punto más al norte del cabo de la Nao. Pero estas relaciones nosotros no podemos defenderlas.

El periplo de Saltés hasta Málaga corresponde en la duración normal con las correspondientes escalas, a los cinco días de navegación señalados por Avieno.

"Después se yergue el cabo *Cempsico*, debajo yace la isla llamada *Acala* por los habitantes" (v. 183-184.)

El cabo *Cempsico* es el cabo de Espichel y la isla de *Acala*, la de *Pesqueira*. Un pequeño y grandioso puerto por su paisaje, el de *Cezimbra*, debía acoger a los navegantes mejor que la cenagosa desembocadura del *Sado*, en la bahía de *Setúbal*. Pero es indudable que con *Setúbal*, así como con *Alcácer do Sal*, se estableció un comercio activo. Los versos siguientes (v. 185-195) hacen referencia a la bahía como Schulten también conviene, en este caso acertadamente.

Inmediatamente nos va a describir los pueblos que habitan esta zona, y con ello anotará los últimos accidentes costeros.

"Los *cempsos* y los *sefes* tienen elevadas colinas en el campo de *Ofusa*; cerca de ellos el ágil *Ligur* y la prole de los *Draganos*, colocaron sus lares hacia el septentrión nevado" (v. 196-198).

Los cempsos se sitúan junto al cabo Cempsico o Espichel, y en la zona comprendida entre el Guadiana y el Tajo (v. 300). El territorio de los cempsos estaba más allá del de los Etmanei, que se avecinaban a los tartessios de Huelva, entre los ríos Guadalquivir y Guadiana. Los ríos debían de servir de límite natural a estas tribus que, por las zonas que ocupaban, fundamentalmente eran pastoriles. En cuanto a los sefes, solamente se les cita en la *Ora*, en unión de los cempsos, ocupando las zonas de pasto de las montañas de Ofiusa. Dado que existen cinetes en las proximidades del cabo Roca y en el sur hasta el Anas, parece que cempsos y sefes fuesen penetraciones hacia la zona de Setúbal, o montañeses de la zona del Alemtejo y Evora, y muy especialmente los sefes, puesto que solamente se les cita en relación a su proximidad a la costa, conocidos acaso por la explotación del oro de Adissa, entre Aldama y Cezimbra, así como acaso también los cempsos por el comercio de la sal con Salacia.

Sobre los ligures y draganos ya hemos indicado su situación en los macizos galaico-durienses. Sobre la cuestión de considerar a estos pueblos célticos, nos reservamos la opinión, pero es interesante anotar que los supuestos *saephes*, que se asimilan a los *sefes* o *saefes*, están más cerca de la identificación a nuestro modo de ver con los *Asun* o *Sien-pi*, que con los celtas "serpientes" (Vid. R. E.: Anniboi, 2.258; Kasion, 2.264, 47 ss.). Ligures, Draganos, Sefes, Cempsos y Cinetes, pertenecen, a nuestro modo de ver, a una etnia protohistórica coetánea de la civilización fócea, y, por supuesto, de origen asiático.

"También hay la isla *Poetanion*, al lado de los sefes, y un *amplio puerto*" (v. 199-200).

En el mapa que acompaña la publicación de la *Ora Marítima*, comentada por Schulten, se sitúa bien la isla de Poetanion, en la desembocadura del Marateca. El nombre del puerto, que no cita —tanto pudiera ser Setúbal, que no es amplio pese a la extensión de la bahía, como Alcacer do Sal, la antigua Salacia— se encuentra, indudablemente, en la desembocadura del Sado. La isla Poetanion es una de las Oestrímnidas, en la que pudo residir el foco de intercambio de los productos mineros de la sierra de Evora y de la de Monfurado. El transporte pudo hacerse por los cursos fluviales hasta Alcacer, Montalvo y la isla Poetanion.

"Después, los pueblos de los *cinetas* lindan con los *cempsos*. Luego el *cabo Cinético*, por donde declina la luz sideral, levantándose orgulloso como confín de la rica Europa, se vuelve hacia las saladas aguas del océano" (v. 201-205).

Los pueblos de los cinetas, tanto los meridionales como los norteños que habitan junto al cabo Cinético o cabo de Roca, son vecinos de los cempsos. Aquí no se mencionan los sefes, como debiera ser, como si fuesen una tribu cempsica.

Schulten sitúa el Cabo Cinético en el de San Vicente, desestimando los textos de Artemidoro (*Estrabón*, 137; *Ora Marítima*, Com. 202-3). Igualmente supone que se navegaba desde Cádiz al cabo de Roca en cinco días. Piteas llamó al cabo de Roca, cabo Sagrado.

"El río *Anas* fluye allí entre los *cinetas* y *surca sus tierras*. Se abre de nuevo un golfo, extendiéndose hacia el sur la tierra vacía. Del referido río se separan repentinamente dos brazos y él vierte su lento caudal por entre el agua espesa del

referido golfo, pues toda la profundida está aquí grasa de lodo. Aquí se levanta en alto la cima *dos islas*. La menor está privada de nombre, una costumbre constante llamó a la otra *Agónida*" (v. 205-215).

Está claro que Avieno sigue describiendo el tramo de costa que falta, siguiendo al periplo original hasta el cabo Roca. Schulten pretende colocar estos versos, hasta el 211, a continuación del 240. Este traslado no puede ser admitido, porque rompe la continuidad de la descripción. El que Avieno denomine al Tajo con el nombre de Anas, puede partir de la idea de que el Guadiana tenía dos desembocaduras distintas (Vid. *Ora Marítima*, Com. 205-211). Este dato es muy importante porque Estrabón, Ptolomeo y Marciano, atribuían al Anas dos bocas, y Avieno abunda en este error de considerar el Tajo como una salida del Guadiana. Aparte de ello, es indudable en la descripción general del periplo fóceo, este recorrido y la referencia del Mar de la Paja es clara. A Avieno puede disculpársele el que los cinetas habitasen en la desembocadura de ambos ríos. El Anas volverá a ser mencionado en la *Ora Marítima* (v. 267). Por aclarar mejor esta indudable confusión debemos dar el nombre de "Anas Tagus" a esta desembocadura, para diferenciarla del Anas propiamente dicho. También se aclara que al sur de esta zona litoral del golfo donde desagua el Tajo, o Mar de la Paja, se extiende una *tierra vacía* o poco poblada, hecho que no tiene ninguna relación con la desembocadura del Guadiana y sí con la del Tajo.

El puerto griego debía estar situado en *Trafaria*, frente a la cual se sitúan las rocas de *Calhão do Mar*, que corresponde a los islotes de la *Agónida*, escollo para la navegación. *Trafaria* debía estar en relación con las islas *Leziras*, frente a *Villafranca*, fértiles y amplias, que podían ser consideradas entre las islas *Paradisiacas*, y lugar de arribada de los minerales de las serranías de *Tras os Montes*. Pero el periplo no se refiere a ellas sino a las de *Trafaria*, como datos correspondientes a una vía de valor fundamentalmente náutico.

"Luego causa espanto *la peña consagrada a Saturno*. Hierve el mar encrespado y el rocoso litoral se prolonga extensamente" (v. 215-217).

Avieno finalizará la descripción del litoral atlántico en el cabo de Roca, el extremo más occidental de Europa. Es el lugar donde se sitúa *la peña consagrada a Saturno*; la *Montaña de Monje*, al sur de *Cintra*, paraje ameno dominado por los agudos picos de la *Cruz Alta* y de la *Pena*. Desde aquí "el litoral rocoso se extiende indefinidamente y el mar hierve encrespado", como una aclaración un tanto gratuita de Avieno, y demostración del cierre del periplo.

Las hipótesis de Schulten a este respecto están lejos de la realidad, ya que sitúa la *Roca de Saturno* en el cabo de *Sagres*, junto al cabo de *San Vicente*, lugar que nada tiene que ver, en cuanto a su situación, con el plan descriptivo de la *Ora Marítima*, que delimita la *Oestrímnida* y sus ricas islas comerciales. La descripción armónica ha sido llevada hasta los confines de las navegaciones fóceas. Esta localización nos la afirmará el periplo cuando diga que existe un día de navegación desde el cabo de Roca a *Trafaria*, o desde *Trafaria*, el puerto de la desembocadura del Tajo, hasta el confín de la *Oestrímnida* y de los pueblos cinetes.

"Aquí, para los habitantes hirsutas cabras y numerosos machos cabríos, siempre vagan errantes por la tierra llena de malezas, dejando crecer largo y recio pelo para uso en los campamentos y velámenes de los marineros. *De aquí hasta el dicho río hay un viaje de un día, y aquí se halla el límite del pueblo de los Cinetas*" (v. 218-223).

### TARTESSOS.

Descrito el conjunto de las regiones atlánticas, que cifraban el comercio fóceo o cartaginés con las vías que relacionaban Tartessos, tanto por mar como por tierra con aquéllas, Avieno nos va a destacar las particularidades de la zona propiamente tartésica y el lugar en el que la fabulosa isla se situaba, aunque él mismo no tuviera idea concreta de su verdadera localización, pero que transmitía a través de las fuentes que manejaba de un modo absolutamente preciso y acorde con la topografía onubense (fig. 3).

"*El territorio de los Tartessios es inmediato a ellos (al pueblo de los Cinetas) y riega la tierra el río Tartessos*" (v. 223-225).

El territorio tartésico comienza a partir del Anas. Este país está bañado por el río Tartessos, que viene a configurarse de un modo amplio como una cuenca, considerando a este río conformado por las del Tinto y Odiel. En todo el pasaje de Tartessos se hace referencia al río como cauce terminal de la confluencia de aquéllos y no como un río de largo curso, aunque pudiera convenir tanto al Tinto como al Odiel esta denominación, y más al Odiel desde un punto de vista estrictamente hidrográfico.

El Tartessos fue ya mencionado al tratar de Estesícoro (Estrabón, 148; vid. *Ora Marítima*, p. 182; Tartessos, pp. 102-104), cuando alude al nacimiento de Gerión: "...casi enfrente de la ilustre Eritia, junto a las fuentes inmensas del río Tartessos, de raíces argéneas".

Fig. 3.—La isla de Tartessos, con sus emergencias rodeadas de marismas, muestra, en su topografía y en las características de la comarca, los rasgos fisiográficos que las fuentes literarias atribuyeron a la isla de Scheria y a la Atlántida, localizándose en la isla de Saltés. La denominada «isla central» o isla de Clito, de la Atlántida, distaba cincuenta estadios hasta las alturas de Onuba, así como de las circundantes en general, y de la entrada al canal mayor (B-D, E-B). Cerca de ella se situaba la isla de los Reyes (A), en cuyo puerto se abría un canal estrecho (a-b). El puerto de Tartessos, emplazado en este mismo lugar, distaba cincuenta estadios desde la embocadura del canal menor (A-C). En la «Ora Marítima» se relacionan las denominaciones que figuran en este mapa correspondientes al período fóceo y púnico. La isla de la Odisea se emplazaba en la desembocadura del río, junto a un monte de aspecto naviforme, junto al cual, también, se localizaba el Tártaro (1). Allí el Pyriphlegeton (Tinto) y el Kokitos (estero de Domingo Rubio), rodeaban el lugar consagrado a la diosa infernal en el país cimmerico. Huelva se configura como la indígena Tartessos de los arqueólogos y Saltés como la isla colonial de Tartessos. El nombre de Tartessos, como el de Sardessos, parece de origen sardo. Los círculos que se dibujan en el mapa (1-7) precisan las áreas que ofrecen al posibilismo geográfico fijaciones de «habitats».



La localización de estas fuentes, que Schulten sitúa hacia Cástulo en el nacimiento del Guadalquivir, está en la misma desembocadura del Odiel, en sus caños múltiples y marismas y en el anchuroso caudal del Tinto, —en la misma Huelva—, aunque de acuerdo con el riguroso concepto del texto, el Odiel, con sus cauces diversificados, es el que asume la imagen de "fuentes inmensas", ya que es el río que se enfrenta a las tres islas que encima de Saltés se encuentran, las dos de Bakuta y la de Enmedio. Las tres islas, además, traducen la imagen del tricépite Gerión, al que Herakles diera muerte clavando su lanza en la unión de los tres cuerpos. La fortaleza de Gerión inmediata y situada en lo que fuera ciudad de Tartessos, en la isla de Saltés, nos permite identificar esa triple forma natural con el mito. Eritia ya hemos indicado que no parece ser la isla de Tartessos, sino la isla que está enfrente de Tartessos, puesto que en el texto se indica que está "casi enfrente" de la ilustre Eritia el lugar del nacimiento de Gerión, que ha de corresponder a la cueva de la diosa Infernal.

"Después se extiende el monte consagrado al Céfiro y, finalmente, la cumbre de la altura llamada Cefirida, irguiendo excelsos picos sobre lo alto del monte" (v. 225-228).

Continuando con la descripción del paisaje de Tartessos, Avieno transmite los informes relativos a los rasgos topográficos que se encuentran en el ambiente del río. Primeramente el monte consagrado al Céfiro, que, bajando por el río, se encuentra a la izquierda (v. 239), ya que cuando se pasa junto a la altura Cefírica y se dirige uno hacia el Mediterráneo, los barcos son impelidos por viento Favonio. El monte consagrado al Céfiro es el monte desde el que se domina a Huelva, situado al norte de la ciudad, como la cumbre de excelsos picos de dicho monte es su parte más elevada, que culmina en el alto de Villagarcía, a 69 m. de altitud, ostentando otras elevaciones próximas a la ciudad, entre ellas la de la Joya <sup>26</sup>, que recibirían, por ser visibles desde el mar y guía para la marinería, por su resplandor a la luz, la denominación de *Monte Argentario*, situado junto al nacimiento del río Tartessos (v. 292 y ss.).

Los versos siguientes a esta descripción (v. 228-237), hacen alusión a los caracteres climáticos que en determinados momentos estacionales son propios del microclima de Huelva: las nieblas, la falta de vientos que impide la navegación, el calor húmedo que se eleva a la atmósfera, el aire denso, el día brumoso y el rocío frecuente.

<sup>26</sup> E. M. ORTA y J. P. GARRIDO, *La tumba orientalizante de la Joya, Huelva*, op. cit. Los autores precisan la relación de la sepultura hallada, con rito de incineración, paralelos cerámicos, con las urnas de la necrópolis de Rachgoun (Orán), proponiendo una cronología alta dentro del siglo VII, si bien el jarro tartésico lo fecha en el siglo VI. También figuran vasos de barniz rojo relacionados con los de Rachgoun y otras formas típicamente indoeuropeas de alta cronología, comparables a las de la Meseta central. Sobre los materiales conocidos de la ría de Huelva vid. M. ALMAGRO, *El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa*, Ampurias II, 1940, p. 85-143; Idem, *Inventaria Archaeologica*, España, Fasc. 1-4, Madrid, 1958. A. BLANCO, *Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la península*, AEArc., XXIX, n.º 93-94, 1956, p. 3.

"Si uno pasa en barco la *altura Cefirida* y entra en las agua de nuestro mar, al momento es impelido por el viento Favonio" (v. 238-240).

La imagen que nos procura Avieno conviene no sólo a "nuestro mar" como Mediterráneo, sino también al rumbo oeste-este, puesto que el Favonio o Cefírico sopla frecuentemente en estas zonas, que siguen los barcos que se dirigen hacia el Mediterráneo. La imagen poética está contrastada por la comparación extrema del Tartessos y del Mediterráneo. Schulten sitúa la región nebulosa en la desembocadura del Guadiana (*Ora Marítima*, Com. 228-237). La "altura Cefírica" domina toda la extensa comarca marismeña que sirve de asiento a Huelva y en la unión o confluencia del Odiel y Tinto, conforma un cabo o apuntamiento que recibe el nombre de Punta del Cebo o del Sebo. Este cabo, que no nombra Avieno, lo va a citar, sin embargo, innominadamente, al hablarnos del cabo donde se asienta el templo de la diosa Infernal.

"Después, *nuevamente un cabo* y el rico templo consagrado a la Diosa Infernal, con cueva en oculta oquedad y oscura cripta. Cerca hay una gran marisma llamada *Erebea*. También se cuenta que hubo primitivamente en estos lugares la ciudad de *Herbi*, que, aniquilada por las tempestades de las guerras, ha dejado tan sólo su fama y su nombre a la comarca" (v. 241-247).

El cabo cuyo nombre omite pero significa el poeta, es el que ya hemos indicado, recibe el nombre actual de Punta del Cebo, frente al cual se encuentra el Cabo de la Diosa Infernal y su templo, así como la marisma denominada Erebea. En líneas generales Schulten concuerda con Müllenhoff (*Ora Marítima*, Com. 241-49, p. 110), sobre la similitud del pasaje en que se hace referencia a este lugar en la *Odisea* (*Odisea*, 10; 508; 11, 15), indicando que la entrada del Infierno en el poema homérico y la región nebulosa de los Cimmerios, concuerdan con la región nebulosa del Anas. Ya hemos indicado que en la desembocadura del Anas se encontraba la isla de Circe o Eea, desde la que Ulises emprende su viaje al Orco. Schulten cree que los ríos *Pyrriphlegeton* y el arroyo *Kokitos*, que desembocaban rodeando a una peña, eran los ríos Tinto y Odiel. Ya aclaramos que corresponden al Tinto como río Infernal y al estero de Domingo Rubio, que se unen rodeando la altura de La Rábida. Es éste el "cabo de la Diosa Infernal". Aquí hubo de estar la ciudad de Herbi, ya que es el único lugar que tiene posibilidades de habitat adecuadas y abundantes fuentes. La relación entre Herbi y Erebea (el Palus) la advierte Schulten. Junto a esta localización del templo sobre la roca de La Rábida, frente al monumento que existe hoy, parte un arroyo que desciende hacia el muelle actual, junto al que se emplazaba la gruta donde Ulises tiene la visión infernal.

El Palus Erebea conviene mejor a las marismas del estero de Domingo Rubio y a la laguna de las Madres que al que Schulten considera como Acheronte, marismas situadas desde la Punta del Cebo a Huelva, entre los ríos Tinto y Odiel. En esta imagen del Acheronte, Ulises contempla el suplicio de Tántalo en el ascenso y descenso de la marea, pero no el Palus Erebea o marismas escondidas entre la costa arenosa que se inicia en la desembocadura del Odiel y los montes sobre los que se sitúa La Rábida. La región de los Cimmerios, como hemos dicho

y no ofrece a nuestro entendimiento repugnancia el aceptar tal denominación, indudablemente que es la del Tinto y Odiel en los pasajes homéricos y no la del Anas.

La ciudad de Herbi, en este emplazamiento de La Rábida, permitiría pensar en una lógica correspondencia de verdadero puerto indígena en relación con la fundición del mineral de río Tinto, mucho mejor que la de situar en Saltés la dicha operación, siendo bastante clara la división establecida en la tradición recogida por Homero, la zona correspondiente al lugar infernal propiamente dicho, en relación con la visión de Ulises y el resto de la bahía de Huelva en la que el paisaje, la amabilidad del clima y la vida urbana, con sus riquezas derivadas de aquella industria, presenta visos paradisiacos. También el mineral del Odiel se fundiría probablemente en las proximidades de Gibraleón, junto a la línea del ferrocarril de las minas de Tarsis, en los pagos de Herrumbre, Cañada de las Herrerías y Manzorales Bajo, que por su situación junto al curso del Odiel y alejamiento de la ciudad, permitiría arribar a Saltés el mineral fundido.

"Después mana el río Ibero, cuyas aguas fecundan estos lugares. Muchos sostienen que de él han recibido su nombre los iberos, y no del río que corre por los inquietos Vascones. Y toda la tierra que está situada en la parte occidental de dicho río, es llamada *Iberia*, en cambio la parte oriental contiene a los *Tartessios* y a los *Cilbicenos*" (v. 248-255).

Avieno nos sigue describiendo Tartessos y comenta de Occidente a Oriente los accidentes topográficos que existen. Primeramente el Iberus u Odiel, que ha recibido su nombre de los iberos que ocupaban esta región<sup>27</sup>. A esta tierra que ocupan al occidente del Odiel se la llama *Iberia* y en cambio la parte oriental, la que está situada entre los brazos del río Odiel y del Tinto, pertenece a los *Tartessios*, y la que existe al oriente, a los *Tartessios* y a los *Cilbicenos*, por lo cual estos últimos se nos muestran unidos en los *Mons Tartesiorum* que dominan la zona del Puerto de Palos y la posición de la antigua Herbi, foco de la riqueza del comercio minero, posiblemente en íntima dependencia local con la ciudad de Onuba. Creemos que existe una afinidad más que sospechosa entre los Cimmerios occidentales y los cimmerios del Ponto Euxino u orientales, sobre la que en otra ocasión tratamos<sup>28</sup>. Los *Cilbicenos* se encuentran también

<sup>27</sup> F. WATTENBERG, *Un símbolo cosmológico...*, op. cit., nota 29. La denominación de *Barscunes* = Vascones, como el de *Berones* parece distinguir no solamente una *gens* ibérica o ávara, ibir, sino una implícita etnia hunna (Vid. R. E., *Avares*, 2264165, y *Hunni*, 2592-55, así como *Skithai*, *Sakai*, *Tochari*).

<sup>28</sup> F. WATTENBERG, *Las cerámicas...*, op. cit., p. 62. Nuestra posición con respecto a la interpretación de los cimmerios occidentales, se basa en la migración de poblaciones nómadas motivadas por presiones escitas en fechas próximas a los finales del siglo VIII a. C., en cuyo componente se encontrarían también iberos-hunos. Las características culturales presentarían una relación con lo extremo-oriental explicada por movimientos indoeuropeos regresivos, como es natural no documentados, pero patentes en ciertas formas arqueológicas de finales del Bronce, entre ellas las cerámicas pintadas y los tipos de viviendas. El factor estimulante hubo de ser el tocario. Los lingüistas debieron considerar, desde un punto de vista más dinámico, el papel jugado por las lenguas portadas por poblaciones nómadas desde el interior asiático hacia Europa, si bien cabe

en la zona del Guadalquivir y darían nombre al Cilbo (v. 321) o río Guadalete (Tartessos, p. 205, nota 1).

Las semejanzas entre los iberos de Huelva y del país vasco quedan explicadas por un origen común <sup>29</sup>.

"Después sigue la *isla de Cartare*, que, según creencia bastante extendida, poseyeron los Cempsos; pero después, expulsados por la guerra de sus vecinos, partieron en busca de varios lugares" (v. 255-259).

Al continuar la descripción Avieno y sin conocimiento de la región por su parte, sino usando los antiguos textos, viene a localizarnos la fabulosa isla de *Cartare = Tartessos*. También nos informa de la ocupación primitiva por los Cempsos, de la isla, que son sin duda los coetáneos de los fóceos y a los que cabría incluir en la amplia denominación homérica de Cimerios. La fuente de información de Avieno es, sin duda, el periplo marsellés, al que añade los datos que se recogen en el periplo de Himilcón. Pero Avieno no sabe que Tartessos es Cartare. Schulten tampoco supo reconocerla, perdido en los islotes de los bajos del Betis (*Ora Marítima*, Com. 255-59). Para diferenciar Eritia de Cartare existe la medida de cinco estadios (920 m.), que separa Eritia del continente, que se señala en el pasaje que alude al Monte de los Tartessios (v. 309) y que corresponde al Cerro de Villafría, como ya hemos indicado, diferenciado por su emplazamiento entre el Odiel y el estero de Domingo Rubio, que forma un verdadero islote en la iniciación de la costa. No creemos que la isla de Cartare sea la de Eritia, ya que en el conjunto de mitos relacionados con estos parajes, surge siempre una repetición de los orígenes ctónicos de los antecesores de los Feacios y de los Atlantes, que cabe paralelizarlos con los tartésicos.

La leyenda de la *Odisea* (Canto VII, 54) hace a Nausitoo hijo de Peribea, que es hija a su vez de Eurimedonte, que perdió al pueblo de los Atlantes y a sí mismo. Peribea se desposa con Neptuno para engendrar a Nausitoo. La leyenda parece repetirse en el relato de La Atlántida de Platón, al desposarse Neptuno con Clito, hija de Evenor y de Leucipa, imagen naturalista de los cerros de Onuba y de las marismas del Palus Erebea. En este último lugar se situaban los mitos de Proserpina y de Plutón, y la laguna Estigia, de la cual partía el arroyo Kokitos para desaguar en el Acheronte (*Odisea*, Canto X, 507). El Palus Erebea parece, pues, representación femenina de Peribea, a la que desposa Neptuno para engendrar a Nausitoo. El hogar de Nausitoo, por tanto, que había traído a los Feacios a la isla de Scheria desde Hiperea, parece ser, pues, Eritia, Hiperea, "la tierra resplandeciente", que acaso esconda el nombre más antiguo de Iberia. A los conceptos griegos sucederían los púnicos, de los que no quedan mitos pero sí topónimos, como el de Cartare, que parece la denominación posterior a la de

---

esperar próximos resultados sobre la revisión de las lenguas altaicas y orientales en relación al problema del iberismo. (Vid. R. E., *Kimmerier*, 42.)

<sup>29</sup> Las dificultades de diferenciación cronológica entre iberos de Huelva y del Ebro son patentes. A nuestro modo de ver, los primeros se incluirían en un grupo cimmerico correspondiente al siglo VIII. Los segundos corresponderían a grupos de tipo ibero-escita, de cronología correspondiente a la segunda Edad del Hierro.

Tartessos y que, acaso, explicaría la confusión de Tartessos con Carteia (Tartessos, p. 155, nota 4). Eritia, "la isla del atardecer", la única que en altura resplandece en la tarde, está en relación, por su forma esquifada, con el barco de los feacios que Neptuno hunde en el mar para transformarlo en monte.

"Después se alza el *Monte Casio*, habiendo llamado la lengua griega de él "Cassiteron" al estaño" (v. 259-261).

Después de haber hablado de la isla de Cartare, que identificamos con Tartessos, cita un monte inmediato que es el que, como hemos visto corresponde a la isla de Eritia o barco de los Feacios, el monte temido por los habitantes de Scheria.

Schulten señala que corresponde al Cerro del Asperillo y que es el que Plinio denomina Montes Haren(e)i, indicando que procede la denominación de Casius de Pelusion, en Egipto (*Ora Marítima*, Com. 259). Pero también existe otro Monte Cassio (*Casii Montes*) en el Kuenlung-Altyngtag (Ptol. VI, 15, 2; Kretschmer. Real Enc. 947-57). Tanto la denominación parece altaica como micrasiática, aunque bien pudiera ser uno de los más viejos nombres dados al cerro y ser coetáneo de época egipcia (Vid. *Kasia*, R. E. 2.261, 19; *Kasion*, 2.264, 47; *Ibíd.*, 2.266, 42).

"Luego el *Cabo del Templo* y, más lejos, la fortaleza de Geronte, que su nombre antiguo tiene de Grecia, ya que de ella sabemos que Gerión recibió su nombre" (v. 261-264).

Al oriente del *Mons Cassius* se levantaba el templo de la Diosa Infernal (v. 241), emplazado en La Rábida, y el cabo que aquí recibe el nombre también de "Cabo del Templo". A este respecto Schulten, incomprensiblemente, habiendo identificado bien el pasaje en que se dice "el cabo y el rico templo consagrado a la Diosa Infernal" en La Rábida, traslada el cabo del Templo ya citado por Avieno, junto a la boca norte del Betis.

Ciertamente más lejos se hallaba la fortaleza de Geronte, pero dentro del mismo ambiente de la ría, al noroeste de la isla de Saltés, en donde se situaría el palacio de Alcinoos, en Scheria, el templo de Neptuno, en la isla Atlántida, la fortaleza de Geronte, en la isla de Tartessos y la fortaleza de Gadir, en la isla de Cartare, y donde aún subsisten ruinas de una edificación árabe cimentada sobre muros que se corresponden con las descripciones de los más viejos textos.

Que Gadir era la fortaleza de la isla de Cartare, como la de Gerión era la de Tartessos, nos lo aclara Avieno en el pasaje siguiente:

"Aquí se extienden *las costas del Golfo Tartésico*. Y del referido Anas a estos lugares tienen las embarcaciones un día de camino. Aquí está la ciudad de Gadir, pues en lengua fenicia se llama "gadir" a todo lugar cerrado. Ella fue llamada antes Tartessos..." (v. 265-283).

Descrito el ámbito propio de Tartessos, Avieno precisa la situación en la costa del Golfo Tartésico de la isla de Tartessos. Este golfo fue ya citado (v. 147), como extendiéndose hasta Ofiusa, es decir, hasta la desembocadura del Anas, desde Cádiz. Por esta razón indica que desde el Anas hasta Tartessos hay un día de viaje, el tiempo que tardara, igualmente, en su recorrido Ulises cuando desde la

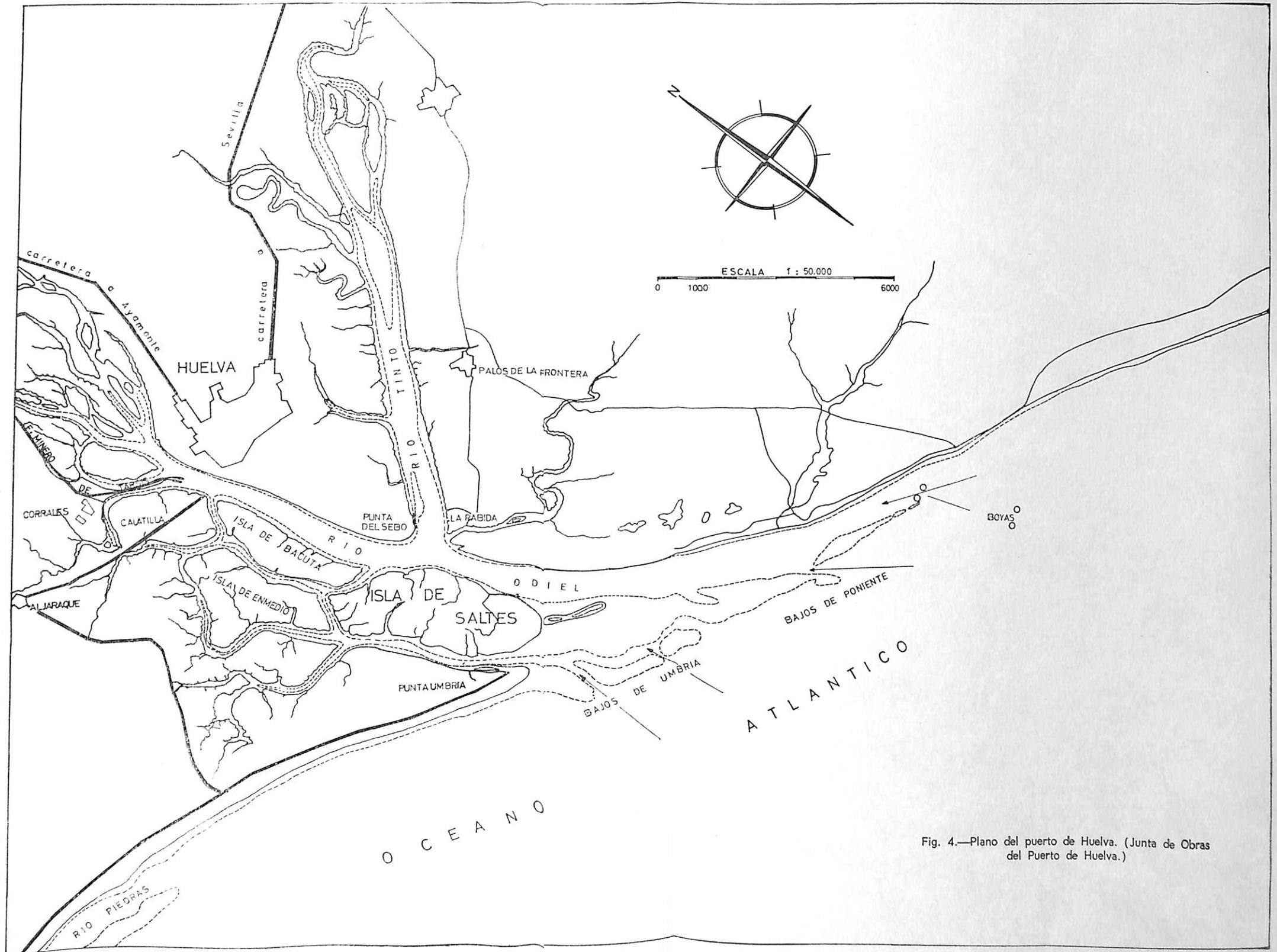


Fig. 4.—Plano del puerto de Huelva. (Junta de Obras del Puerto de Huelva.)

isla de Eea o Circe, viaja al Orco. Aquí estuvo la ciudad de Gadir, como indica, aclarándonos cómo se denominaba en época cartaginesa, cuando la isla se llamaba Cartare, puesto que dice: "Ella fue llamada antes Tartessos".

Sin embargo Avieno no interpreta correctamente estas informaciones, creyendo que sea Cádiz, pues indica a continuación que no vio en aquellos lugares nada notable (v. 273-275), y hace referencia además al duumvirato de Juba y Octaviano en Cádiz (*Ora Marítima*, Com.: 273-283), como tampoco diferencia de modo claro el Golfo Tartésico del Lago Ligustino (v. 305 y ss.).

"El río Tartessos, que fluye del Lago Ligustino por abiertos campos, ciñe por todas partes con su corriente la isla, pero no corre por un sólo cauce ni surca de una sólo vez el suelo subyacente, ya que por la parte oriental trae tres bocas a los campos, mientras que con dos veces dos bocas baña la parte meridional (del territorio) de la ciudad" (v. 283-290).

La descripción es exacta, ya que el Odiel se bifurca pasada la isla de Bacuta, a la altura de Saltés, para dar paso en su parte oriental al Canal del Burro, que desagua en el Odiel a la altura de la Punta del Burro o extremo meridional de la isla de Bacuta y que recibe también en el lado occidental de Bacuta el nombre de Canal de Mojarra. Este tramo baña la zona norte de la isla de Saltés por su parte oriental, constituyendo la primera boca. La segunda es el ancho curso del Odiel, y la tercera el Tinto. Las tres bañan y rodean la isla por el oriente y desembocan o fluyen del Lago Ligustino, que son las marismas de Huelva, por otras dos bocas. Lo que no menciona aquí Avieno es el otro canal de la parte occidental, puesto que sólo alude a la oriental en razón a las tres bocas de los cursos principales. De este modo es como, considerando también al canal de Saltés y su prolongación o canal de Umbría, comprendemos la amplia denominación de río Tartessos a los dos cauces, como si la isla de Saltés se concibiera a modo de incrustación en la misma terminación del río, bañádola por todas sus partes. Todo el problema de localizar una isla en la desembocadura de un río que fluyera de un lago y que tuviera dos veces dos bocas en su salida, bañando la parte meridional de la isla, se percibe de un modo real y nada fabuloso en la isla de Saltés y en las cuatro entradas que presentan sus bajos para las pequeñas embarcaciones (fig. 4).

"Luego por encima de la marisma está recostado el *Monte Argentario*, así llamado por los antiguos a causa de su hermosura, pues el estaño brilla espléndidamente en sus laderas y aún mayor resplandor despide en los aires de lejos, cuando el sol toca con sus rayos sus cumbres elevadas. El mismo río arrastra en sus aguas partículas de pesado estaño y lleva el rico metal a las mismas murallas" (v. 291-298).

No hay duda de que el *Mons Argentarius* es la cumbre que se divisa desde el Lago Ligustino al norte, que sirve de asiento a Onuba (Huelva). La atmósfera densa o brumosa hace aún que el sol dé un tono deslumbrante a estas alturas cuando se pone o refleja sus rayos sobre estas prominencias, especialmente cuando se entra por el curso del río en dirección al puerto de Huelva. Como hemos visto, el Monte Argentario está sobre el *Mons Zephyrus* y su pico más

alto era la "altura Cefírida". Esta pluralidad de denominaciones no es nada extraña por la fama que la región tuvo en las sucesivas épocas.

"Después por donde una vasta región se aparta del salado mar por medio del campo, habita la tribu de los *Etmaneos* y luego, hasta los campos de los *Cempsos*, se extienden los *Ileates* en fértil suelo; empero los *Cilbicenos* poseen las tierras marítimas" (v. 298-303).

Avieno nos da cuenta ahora de la distribución de los pueblos vecinos de Tartessos. Después de los Iberos, Tartessos y Cilbicenos de la costa hasta el Criso o Guadiaro, se extendían hacia el interior los Etmanei, que se acercarían a los Cinetas del Algarbe y ocuparían también parte del valle del Guadalquivir, así como los Ileates se colocarían en el Guadiana, ambos en campos fértiles y los Cempsos en el Tajo, sirviendo estos ríos en ocasiones de límite tribal. Los nombres tribales de Cinetas (Cúneos) y Etmaneos (¿Maneos?) se encuentran en el Irán, de origen probablemente no sólo iranio, sino turanio. Podrían considerarse como medos. Recordemos que Varrón indicaba que los persas habían venido a la Península (Plinio, N. H. III-8). Salustio también menciona persas en España (B. I. XVIII). Plinio habla de Iberos, Persas, Fenicios, Celtas y Púnicos. Pero no es nuestra intención desviarnos del tema de la localización de Tartessos.

"La fortaleza de Geronte y el Cabo del Templo están separados por el mar, como hemos dicho más arriba, abriéndose el *Golfo Tartessio* entre las cumbres de los dos cabos. El ancho río sale junto al segundo cabo. Después se eleva el *Monte de los Tartessos*, de oscuros bosques" (v. 304-309).

La gran marisma de la desembocadura o confluencia del Odiel y Tinto, distancia los extremos que todo barco tiene como guía a ambos lados cuando penetra o sale del puerto. Por una parte la fortaleza de Geronte, que se destacaría en el asiento de la población de Tartessos, en el cabo que forma el extremo septentrional de la isla de Saltés, y por otra el Cabo de La Rábida o del Templo de la Diosa Infernal. Se hace, pues, claro que el río Tartessos, como río ancho, aunque el canal de Saltés también sea el Tartessos, puesto que baña la isla por todas partes, sale al mar del lado del Cabo del Templo, emplazado en La Rábida.

El "Monte de los Tartessos" es el que domina a Palos, en cuyo extremo se emplaza La Rábida, prolongándose hacia el nordeste por una serie de alturas que se abren en arroyamientos hacia las marismas del estero de Domingo Rubio y que aún se muestran con abundante vegetación.

Ya hemos indicado que Avieno no distinguió bien el Golfo Tartessio en este pasaje, al que anteriormente ha denominado Lago Ligustino (v. 283), probablemente considerando como un golfo a éste. Este hecho confunde a Schulten sin duda alguna, afirmándole en su idea de que la fortaleza de Geronte se sitúa en el escollo del Banco de Salmedina (*Ora Marítima*, Com. 261-264). Pero lo que es indiscutible es que Avieno no ha dejado de hablar del ambiente particular de Tartessos, puesto que vuelve a mencionar el cabo del Templo y la fortaleza de Geronte, como ha dicho más arriba (v. 261-264). Y continuará describiendo su geografía local.

"Aquí está la isla *Eritia*, de extensos campos, sujeta en otro tiempo a la

dominación púnica por haberla ocupado primitivamente los colonos de la antigua Cartago. Un brazo de mar de cinco estadios separa *Eritia* del continente (v. 309-314).

Avieno ya había hablado de la isla de Cartare y de su fortaleza denominada de Geronte, distanciada del Cabo del Templo (v. 262-265), dando el nombre de Gadir = Tartessos a su ciudad. Eritia no puede ser Cartare puesto que se describe junto al Monte de los Tartessios, y en ella se emplaza el *Mons Cassius*, junto al Cabo del Templo. Eritia es la isla que domina toda la bahía, un punto estratégico y de puerto seguro para entrar por el estero de Domingo Rubio o atracar junto a Palos, estando en dependencia de las explotaciones de Ríotinto. También Eritia está a una distancia de cinco estadios de la punta del Cebo, que es la que la separa del continente.

En estas referencias se alude a una primitiva colonización de Cartago, como si veladamente se hubiesen hermanado comercio griego y comercio púnico en explotaciones distintas, la púnica en relación con Ríotinto, a través del Piryphlegeton, evocador de los mitos infernales, lugar del que Hércules sacara el can del Orco guiado por Mercurio y por Minerva (*Odisea*, Canto XI, 623); la griega, en relación con Tarsis y el Iberus u Odíel. La misma diferenciación que dentro del ambiente se realiza en la *Odisea* con la visita al Orco de Ulises y con su llegada al risueño país de los Feacios.

Hoy día las dunas y los aportes del río que va ampliando los aluviones de la desembocadura, que ha de dragarse continuamente, han unido la isla de Eritia a la costa arenosa que se prolonga hasta Cádiz y que tenía antiguamente, sin duda alguna, un aspecto de verdadera isla por la unión de las lagunas de las Madres con las marismas del estero de Domingo Rubio.

"Del lado de la fortaleza por donde muere el día, hay una *isla consagrada a Venus Marina* y en ella un templo con profunda cripta y un oráculo" (v. 314-317).

Un ejemplo semejante al de la isla de Eritia es el de la zona denominada hoy Coto de Punta Umbría, rodeada por un prolongado canal que hubo de tener comunicación con el mar, aislando esta extensión de tierra y constituyendo una isla realmente para la antigüedad. Por otra parte no existe al occidente de la fortaleza de Geronte (Saltés) más que esta isla con posibilidades de habitabilidad, por lo que hubo de ser antiguamente la isla de Venus. El *penetral Cavum* al que alude Schulten, no pudo ser otro que el canal de las Madres. El término de profunda cripta no se aviene a los conceptos míticos de los griegos. Un ejemplo semejante es el del nacimiento de la Atlántida, Evenor, figurado como mito naturalista en los picos de Huelva, en un simbolismo fálico, se desposa con Leucipa, la marisma Erebea, donde el mar penetra para fecundarla. Del mismo modo Neptuno se desposa con Peribea, fecundando a la marisma. El Canal de las Madres viene también, con sus marismas, a enlazarse a estas ideas mítico-naturalistas, ligadas a un simbolismo femenino. El mismo nombre de "las Madres" encierra una idea similar. El templo hubo de estar junto a los muelles de madera, a la entrada del mismo canal de las Madres, donde se han hallado restos romanos.

Entre los Onubenses existe la tradición de que Colón salió, en su primer

viaje desde Palos, cruzando por el Canal de las Madres, aprovechando la marea alta, para evitar bajar por el Odiel y torcer el rumbo. El conjunto de ramificaciones de los canales, con sus múltiples recovecos, prestaría a los navegantes una similitud de imágenes que pudieran haberse asociado a lo inextricable y al mundo de los presagios y de los oráculos. Es el mismo caso que se observa entre pueblos primitivos y acaso también entre los mismos tartessios, de practicar la adivinación por las ramificaciones o agrietamientos de los omoplatos de los animales secados al fuego, sobre las ramificaciones que presentan las entrañas u otros aspectos de la naturaleza en los que el dibujo o la complejidad de las líneas que se trazan o se presentan, procura la sugestión del temor y, como reacción, la interpretación o presagio. Es, pues, este lugar del Canal de las Madres y de la zona de Punta Umbría frente a la de Saltés, más apta para el emplazamiento de un templo a Venus Marina, ya que prácticamente está en el mismo puerto de la isla, y la existencia de un lugar de adivinación y oráculo, en la mayor parte de los casos, constituye un verdadero centro de información para los navegantes. La Cripta o *Penetral Cavum*, no sería realmente cripta, sino canal en este caso.

Avieno cierra aquí la descripción de Tartessos, siguiendo acaso el mismo orden de las informaciones que los textos que utiliza le facilitan.

También a Ulises, el Oráculo de Circe de la isla Eea, en la desembocadura del Anas, le informará de los peligros y de la ruta que ha de seguir. Da la impresión de que en estas fuentes utilizadas por Avieno (Eutímenes) se ponía punto final a la descripción de Tartessos consultando el Oráculo antes de partir. La descripción que sigue también parece acomodarse a una observación "de visu", ya emprendido el viaje.

"Si vienes de aquel monte que ya te he dicho que tornan pavoroso las selvas, yace un golfo y muelle litoral lleno de arenas entre las cuales los ríos *Besilo* y *Cilbo* vierten las aguas al mar. Después el *Cabo Sacro* alza sus soberbias rocas hacia Occidente. En otro tiempo Grecia llamó *Herma* a este lugar. Es, pues, *Herma*, un banco de tierra que, de los dos lados cubre el lago intermedio. Otros la llaman vía de Hércules, porque se cuenta que Hércules cubrió los mares, para que fácilmente quedase abierto el camino para el cautivo ganado. Y por fin muchos autores dicen que aquel *Herma* estuvo primitivamente bajo el dominio de *Libia*, no siendo testigo de despreciar Dionisio, quien enseña que Tartessos es el confín de *Libia*".

"En tierra europea se eleva un gran cabo, que indiqué era llamado *Sacro* por los habitantes. Entre estos lugares fluye un *pequeño estrecho*, el cual igualmente es llamado *Herma* o camino de Hércules. Dice Euctemón, habitante de la ciudad de Amphípolis, *que no tiene de longitud más de lo que se extienden ciento y ocho millas, apartándose las tierras entre sí tres millas*" (v. 317-340).

Avieno ha mencionado más arriba el *Mons Tartessiorum*, que, como hemos visto, corresponde a las alturas que dominan la bahía de Huelva, enfrentándose a Onuba y que Schulten sitúa entre Cádiz y Sanlúcar (*Ora Marítima*, Com. 308-309). Después de haber hecho alusión a los parajes que un navegante contempla o recorre en sus periplos, nos va a llevar de regreso hacia el Estrecho. Las difi-

cultades que encierra la interpretación de este texto las soslaya Schulten deslizando la situación de la costa arenosa que, evidentemente, es la de Arenas Gordas, para llevar el "muelle litoral" por debajo de Cádiz, y colocando al sur de esta población los ríos Besilus y Cilbus y reservando el de Tartessus para el Guadalquivir (*Ora Marítima*, Com. 319-321).

También Avieno nos ha estado hablando del Golfo Tartésico, con un doble término y amplitud (v. 147-265). Por una parte, extendido desde Cádiz hasta el Anas; y por otra, como bahía misma de Huelva. Recordemos también que Schulten ha citado la costa arenosa de Arenas Gordas al hablar del Monte Cassio (*Ora Marítima*, Com. 259), indicando que se extienden sus dunas hasta la desembocadura del Betis.

La salida hacia el Estrecho de Gibraltar se realizaría, mucho más cómodamente, por la desembocadura del Odiel, dando vista al Monte de los Tartessios y bordeando el Monte Cassio para entrar en la costa o muelle litoral de Arenas Gordas, en el cual el Betis o Besilus y el Cilbus o Salado-Guadalete desaguan. Aquí se alza el "Cabo Sacro", en la "Isla Sagrada", que ya hemos dicho que es la de Cádiz. Avieno también indicó, al confundir Cádiz con Tartessos (v. 274-275), que no vió allí nada notable si no era "la solemnidad de Hércules". Schulten se extraña de que el río Besilo se cite antes que el Cabo Sagrado (*Ora Marítima*, Com. 322).

A este lugar del Cabo Sacro los griegos denominaron Herma, banco de tierra que de los dos lados cubre el "lago intermedio", que no es otro que la bahía de Cádiz. Así se explica que se llamara también "vía de Hércules" la continuidad de este banco de tierra a lo largo del litoral hasta Huelva, por lo que puede ser denominado todo él Herma, ya que "Hércules cubrió los mares para dejar abierto el camino al cautivo ganado que robara a Gerión". Herma se denomina también al pequeño estrecho de la bahía de Cádiz, entre la isla Sagrada y la costa que, como dice Euctemón refiriéndose a la anchura del mismo, es de unas tres millas con una longitud desde el Estrecho hasta Huelva de ciento ocho millas, lo que coincide plenamente, si estimamos esta distancia partiendo de las Columnas de Hércules hasta donde se localizan sus mitos.

Por lo que respecta a Libia, queda aclarado que todo este territorio estuvo primitivamente bajo su dominio y que todas las referencias que se han hecho a considerar los mitos localizables en Africa, resultan totalmente erróneos. Este dominio libio parece reflejar antiguos acontecimientos que parecen estar en relación con el mito de La Atlántida y con la presencia indiscutible de poblaciones norte-africanas en el mediodía hispánico. Avieno nos informará más adelante de que los feroces libi-fenices ocupan las tierras meridionales de nuestra península en el Mediterráneo (v. 420).

Después del pasaje de Cádiz y de las medidas que ha proporcionado Avieno a través de las noticias de Euctemón, nos conducirá al Estrecho.

"Aquí se alzan las Columnas de Hércules, que leíamos eran tenidas por límite de ambos continentes: son ellas dos elevados peñascos. *Abila* y *Calpe*. Calpe en el hispano suelo, en el de los Maurisios Abila, y la raza púnica llama

Abila a aquello que es una alta montaña en lenguaje bárbaro, o sea latino, según dice Plauto, así como Calpe es llamado en Grecia una especie de vaso cóncavo y redondo. Sin embargo, dice Euctemón, el ateniense, que no hay peñascos ni se levantan cimas en una y otra parte, sino refiere que entre la tierra del país líbico y la costa de Europa *yacen dos islas* y éstas dice que son llamadas Columnas de Hércules, refiriendo que se hallan separadas por *treinta estadios*, que por todas partes están cubiertas de espesos bosques y que son siempre inhospitalarias para los navegantes" (v. 341-357).

Las dos islas a las que se refiere Euctemón son las de Camorra y Canales, junto a las Cabrillas, cerca de Tarifa. La supuesta isla de la Luna, que Schulten identifica con *Noctiluca*, nada tiene que ver con la que se emplaza en la proximidad de las anteriormente citadas (v. 358-418), que está consagrada a la Luna y que no es otra que la isla de Tarifa. Avieno trae a colación este pasaje para destacar la idea de algunos autores que llamaban a este camino "Vía de Hércules" (v. 327). El arribo a las "islas de Hércules" o estas Columnas de Hércules de Euctemón, se hacía desde la isla de Tarifa, acercándose a los bajos sin carga. Así se explica que Schulten no comprenda cómo dice Avieno que estén separadas treinta estadios, ya que él las sitúa en la misma isla de Tarifa o de la Paloma y la otra en la costa africana, junto a Punta Leona, en la llamada isla del Perejil, basándose en comentaristas anteriores. Este camino de Hércules, denominado también Herma, recibe en Plinio el nombre de *taenia* (*Ora Marítima*, Com. 323), acaso por presentar su alargada forma de bajos islotes, una semejanza con la lombriz que figuraría su cabeza en la isla de Cádiz.

"Dice además que en ellas hay templos y aras dedicados a Hércules. ...Pero si a alguien la voluntad le impulsa fuertemente a visitar el templo, se apresura a conducir su nave a la *isla de la Luna*, descargándola de su peso, y así, con ligera embarcación, se desliza sobre el mar" (v. 357-370).

Como ya hemos indicado, la "Isla de la Luna" está en la proximidad de las dos pequeñas islas denominadas Columnas de Hércules por Euctemón. Separarlas de la costa española o distanciarlas llevando la isla de la Luna a las proximidades de Málaga, como hace Schulten, es totalmente forzado.

Omitimos comentarios de los versos siguientes en que se vuelve a citar el Estrecho con las columnas de Europa y Libia por carecer de interés geográfico lo contenido en el poema.

Avieno continúa diciendo: "Por aquí el río *Criso* desemboca en el profundo abismo, viviendo cuatro pueblos a una y otra parte de él, ya que se encuentran en este lugar los feroces *libi-fénices*, los *masienos*, los reinos de los *cilbicenos*, de feraces campos y los ricos *tartessios*, que se extienden hasta el Golfo Galáctico" (v. 419-425).

Por este pasaje entendemos el límite de los cilbicenos y tartessios, a los cuales ya hemos visto que menciona conjuntamente desde el río Ibero (v. 253-254) como extendiéndose hasta el río Criso, hoy es el Guadiaro, como también Schulten lo identifica (*Ora Marítima*, Com. 419). La cita de Avieno se destaca por ser un límite tribal, como debía ocurrir con los ríos Cilbo, Besilo, Ibero, Anas

y el innominado Tajo, que separaban las tribus de cinetes, etmanei, ileates, los reinos de los cilbicenos que, como se indica, eran "varios" situados en el litoral y los que al oriente del Criso se emplazan, los libi-fenices y los masienos. Estos pueblos fueron conocidos por los antiguos geógrafos, por las relaciones costeras y no muy alejadas penetraciones a través de los cursos de los ríos mayores. Por esta razón es prudente no hacer extensivas estas denominaciones a poblaciones del interior.

"Junto a ellos está luego el *cabo Barbetio* y el *río Malaca*, con la ciudad del mismo nombre llamada *Méneca*, siglos ha. Bajo el dominio de los *Tartessios* existe allí frente a la ciudad una isla consagrada antes por los habitantes a *Noctiluca*. En la isla hay una marisma y un puerto seguro. La ciudad de Méneca está encima" (v. 425-431).

El dato más interesante de este pasaje es la mención de la isla de Noctiluca, con marismas y un puerto seguro. Sólo existe una isla debajo de Málaga, en la desembocadura del Guadalhorce, antiguo río Malaca. Esta isla es la que Plinio denomina Maenuba y nada tiene que ver, en contra de la opinión de Schulten, la denominación de Noctiluca con la isla de la Luna, que cita en el v. 367 Avieno y que hemos fijado en el Estrecho. Recientemente A. Arribas ha realizado excavaciones en ella, aún inéditas. Corresponde también a la isla de Trinacria en la *Odisea* (Canto XII, 127 y ss.). Los Tartessios que se citan en el pasaje nada tienen que ver con los indígenas de Huelva, sino con los colonizadores de época tartésica, griegos y púnicos. La indicación de Avieno que dice estar la isla frente al río y que más arriba de la isla está Méneca, es exacta. La dificultad que Schulten veía en la interpretación del Itinerario de Antonino, que señala la distancia de doce millas romanas entre Maenoba y Malaca, que equivalen a 18 Kms. por la costa, es también cierta, aunque se indique que de Cauiclum a Maenoba existen treinta y cuatro millas romanas, como también es cierto. El término de "itinerario" que se aplica al *vademecum* romano, no responde siempre a una continuidad en la sucesión de estaciones a recorrer en un camino dado, sino a unas distancias que a veces, como en este caso, se tornan más informativas que ajustadas a un viario donde las estaciones se alcanzan en un riguroso orden de sucesión. Por esa razón no vemos dificultad en alcanzar antes Malaca que Mainoba y restar las doce millas desde esta población a Malaca, retrocediendo en el Itinerario.

"Por donde dicha región se aparta del mar, levanta el *monte Siluro* su elevada cumbre" (v. 432-433).

Schulten ya señala que es Sierra Nevada (*Ora Marítima*, Com. 423-433).

"Surge luego un *vasto Peñón* y entra en el profundo mar" (v. 434-435).

Schulten lo sitúa en el Cabo Sabiñal (*Ora Marítima*, Com. 434-436).

Si bien Avieno no deja de mencionar datos de interés sobre antiguas ocupaciones indígenas o de colonizadores griegos o fenicios, la descripción de las costas del Mediterráneo se acomete con una finalidad distinta a la de la zona atlántica. Desde Málaga, a la que ya mencionó (v. 181) al decir que existía un viaje de cinco días desde Tartessos hasta ella, tratará de las costas procurándonos la visión de un periplo netamente romano tardío. Este hecho nos lo aclara al

hablar de la duración del viaje desde el Estrecho hasta Pirene, con una *nave veloz*, distinta de las que hasta aquí ha venido mencionando como utilizadas en las antiguas navegaciones costeras y de navíos de pequeño cabotaje. La duración, como hemos dicho, la reduce a siete días (v. 563-565). Destaca, por ejemplo, cómo, en contraposición a un viaje de cinco días desde el Estrecho al cabo de San Vicente, en siete pueda hacerse la navegación desde el Estrecho hasta el Cabo Pirineo. Avieno tratará de acomodarse a la descripción planeada en general como precedente de la que Probo le pidiera sobre las costas de Ponto Euxino.

Así pues, la omisión de las antiguas colonias, tanto púnicas como fóceas a lo largo de las costas mediterráneas, exceptuando solamente algunas menciones que alcanzan los límites de las navegaciones tartesias por debajo del Cabo de la Nao, se justifica por la contemporaneidad del crucero marítimo en época romana tardía y que, posiblemente, llegara a realizar cuando nos dice haber estado en Cádiz.

Con respecto a la localización del "vasto peñón", no creemos que Avieno se refiera al Cabo Sabiñal, como dice Schulten, sino al que precede a Almuñécar, antigua Sexi, llamado Cabo de la Mona, que se destaca pasada Málaga (Vid. Sexi, C. I. L.). Tampoco viene a aceptar esta localización A. García Bellido, pareciéndole más prudente la del Cabo Sacratif<sup>30</sup>. No obstante pensamos que ha de corresponder, como hemos indicado, a la primera trayectoria del itinerario, que terminaría en Almuñécar.

"Hasta el *templo de Venus* y el *Cabo de Venus*, un litoral se recuesta. Además, en esta costa se levantaron en otro tiempo numerosas ciudades, poseyendo estos lugares antes una muchedumbre fenicia. Inhospitalarias arenas extiende la desierta tierra; privados de cultivo los campos languidecen y yacen. Del referido Cabo de Venus se ve a lo lejos el Herma de la costa libia, que antes mencioné. Aquí se extiende de nuevo un litoral vacío de habitantes y de suelo abyecto, siendo así que antes se levantaron aquí numerosas ciudades que llenaban muchos pueblos estos lugares" (v. 437-448).

El templo dedicado a Venus y el cabo de su nombre, se sitúan en el Cabo de Gata, aludiéndose en el pasaje al litoral del Golfo de Almería con las ciudades púnicas que en esta costa se establecieron. Cuando se refiere al Herma de la costa libia "que antes mencioné" da la impresión de que no lo aplica a la costa africana, de la que no dice absolutamente nada exceptuando la mención de Abila, en el paso del Estrecho, sino a la Libia hispánica, cuyo confín estaba en el territorio de Tartessos, como un banco de tierra (Vid. Herma, R. E.). La denominación de Herma se aplica aquí al litoral vacío de habitantes, a las inhospitalarias arenas que están inmediatas al Cabo de Venus, ya que, como nos ha dicho con anterioridad, Herma es un banco de tierra y este nombre fue dado por Grecia (v. 323). La utilización de Herma en este caso como denominación, viene a ser una adjetivación aplicada por Avieno respondiendo a sus afanes eruditos. Una zona desértica es también la de las costas de Lidia, a las que se denomina Herma.

<sup>30</sup> A. GARCÍA y BELLIDO, *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, T. I, Vol. II, 1952, p. 506,

"El *puerto* *Namnatio*, luego, se curva cerca de la ciudad de los masienos. Después sobresale el *Cabo Trete*, estando junto a él la pequeña *isla Strongile*. Luego en los confines de esta isla, extiende su superficie la inmensa Marisma. Allí se arrastra el *río Teodoro*... Los fenicios habitaron primitivamente estos lugares. Desde aquí de nuevo se extienden las arenas del litoral y esta costa la ciñen ampliamente *tres islas*. Aquí estuvo en otro tiempo el límite de los Tartessios, aquí estuvo la ciudad de *Herna*" (v. 449-463).

El puerto *Namnatio* es Cartagena, como ya advierte Schulten (*Ora Marítima*, Com. 445-448 y 449-452), ciudad de los Massienos en principio, junto a la cual se fundó Cartago Nova. Los Massienos parecen tener un nombre que pudiera estar vinculado a su dedicación a la pesca. En suma, ser llamados o llamarse ellos mismos "los pescadores", ya que *masya* = pescado, en avéstico, parece convenir al conjunto de estas colonias cuya principal explotación fue la de las salazones y como actividad, la pesca<sup>31</sup>. Una significación semejante se ha buscado para los masagetas. Entre las poblaciones pesqueras del litoral libio figuran las de *masaesili*, *massylii*, *machusii*, *mazices* y *maxyes*.

El Cabo Trete es el cabo de Palos y, frente a él, se encuentra la isla Strongyle o isla Hormigas, que como indica Avieno, está junto al cabo. Schulten la emplaza en la isla Grosa. En los confines de la isla Strongyle se inician los bajos que se cierran en la gran marisma del Mar Menor. Próximo está en la región el río Teodoro o Segura, antiguo Tader (*Ora Marítima*, Com. 456-459). Sin embargo, las tres islas que Schulten dice que están dispersas, hacen referencia a las que arrancan del cabo de Palos y que ciñen ampliamente la costa. Ninguna isla o conjunto de ellas ciñen la costa más que esa barra arenosa que en época de Avieno estaría fragmentada en tres fajas.

El límite de los Tartessios no se encontraba al norte del cabo de La Nao. Tampoco se hace referencia en concreto a un imperio tartésico, sino a unas colonizaciones y a la explotación metalúrgica especialmente de los griegos que navegaron por estas costas, y a los que cabe denominárseles verdaderos tartessios, al menos en lo que a las rutas del mar se refiere. Se hace mención aquí del río Teodoro y como auténtico límite de estos contactos comerciales en busca del metal, se fija la situación de la ciudad de Herna, que ya hemos indicado se emplazaría en las proximidades de Elche, la antigua Ilice, teniendo por otra parte en cuenta la cercanía de la isla de Nueva Tabarca, o isla Plana a la desembocadura del Vinalapo. Esta ciudad, como nos dirá a continuación, pertenecía a los Gymnetas, que ocupaban la región enfrentada a la isla Gymnesia, extendiéndose dicha tribu hasta el río Sicano.

"La tribu de los *Gymnetas* estuvo asentada en estos lugares, hasta el cauce del *río Sicano* que junto a ellos corre. Ahora, abandonado y careciendo de habitantes, sólo para sí mismo sonoro el *río Alebo* fluye. Después de éstos hállase en medio de las ondas la *isla Gymnesia*" (v. 464-469).

Así pues, antes de referirse a la isla de Nueva Tabarca o Gymnesia, sitúa

<sup>31</sup> R. N. FRYE, *La herencia de Persia*, Madrid, 1965, p. 69.

Avieno el Alebo, Vinalapo, donde estuviera antes la tribu de los Gymnetas, con su capital en Herna o Elche. El límite de los Tartessios estaba con el de los Cilbicenos en el río Criso y, de un modo concreto, en el Guadalquivir, correspondiendo a los Cilbicenos, del Guadalquivir al Criso. La utilización del término de "tartessios" en este caso, junto a las costas alicantinas, es una expresión adecuada a los viajes marítimos que realizaron los griegos. Este mismo aspecto marinerero de traficantes más que de pescadores, que es lo que eran los tartessios indígenas, se aviene al de los pueblos colonizadores, a los que alude Avieno al comenzar su descripción en las costas del Golfo Atlántico, indicando que en el litoral existe un pueblo fuerte dedicado a las cosas del mar, llegando estas actividades marineras a traducirse también en la pasión comercial que les domina. Aquí también entre las ondas se encuentra mucha tierra y la habita extensamente la tribu de los Hiernos. Indudablemente que esta tierra a que alude Avieno son los bajos y las marismas. Por lo que parece que hizo extensivo el nombre de Hernos, de Herna, a los habitantes de las marismas del Atlántico. El Mar Menor, las salinas de Torrevieja y las marismas de la desembocadura del Vinalapó, justifican la extensión del nombre y la vinculación de estas tierras mediterráneas a los periplos tartésicos.

Pero los problemas que en orden a la etnia de estos pueblos nos plantea la *Ora Marítima*, no son para ser tratados en este lugar. Bástenos haber comprendido en la relación geográfico-literaria de Avieno, la identificación de los lugares que con Tartessos se relacionaban, su exacto emplazamiento y, también, los caracteres de su mismo ambiente y topografía.

### III

Finalmente nos queda por revisar esos aspectos que hacen identificable Tartessos con La Atlántida en relación a los principios geográficos-históricos sobre los que nos concretamos, prescindiendo de los que desde un punto de vista cultural pueden convenir a esa civilización primera que desarrollara la metalurgia en los focos atlánticos. También será interesante indicar que esta denominación de Isla Atlántida la conservamos en honor a Platón que, en sus dos obras *Timeo* y *Critias*, nos legó el más precioso documento que hace referencia a nuestra entrada en la Historia.

Si La Atlántida es imaginaria y surge en la creación literaria como una rememoración de Tartessos, o adaptación del conocimiento que de Tartessos se tenía a un modelo ideal platónico, es indudable que será inútil buscar la localización de tal isla y región en otra parte que no sea Tartessos y que éste no cabe ser otro más que el país conocido por los griegos sobre el que volcaron las más bellas leyendas y en el que cifraron riquezas sin cuento. Y, si no es imaginaria su existencia o adaptada a la imagen de Tartessos la alusión al fabuloso país del Atlántico como un hecho geográfico cierto y constatable, al tiempo que una verdad histórica de acaecimiento descrita en la medida del conocimiento platónico, habrá

que descubrir esa Atlántida aún anterior a las menciones bíblicas, como el más remoto Tartessos conocido, como, en suma, la primera alusión que se hace en relación a Europa Occidental.

Escapa en principio la cronología que puede corresponder a esa Atlántida platónica, pero no es escasa la documentación arqueológica para que nuestro objeto de estudio carezca del volumen suficiente para que no nos percatemos de qué civilización fue la denominada Atlántida. Otra cuestión será hacer válida esta nomenclatura para una determinada cultura, que ya viene siendo calificada como atlántica y hecho, por otra parte, que no pasa inadvertido al espíritu griego<sup>32</sup>. En el *Timeo*, de Platón, que abre los primeros pasajes de la existencia de La Atlántida, se nos concretan unos indudables hechos históricos.

"En efecto: *nuestros escritos* cuentan de qué manera vuestra ciudad (Atenas) aniquiló, hace ya tiempo, *un poder* insolente que invadía a la vez toda Europa y toda Asia y se lanzaba sobre ellas desde el fondo del mar Atlántico"<sup>33</sup>.

Este pasaje lo pone Platón en boca de Critias, nieto de Critias el Viejo, que había recogido de Solón los informes que los sacerdotes de Sais le habían dado sobre la existencia de un lejano país, La Atlántida, y de la gesta heroica de la más antigua historia griega. Los acontecimientos históricos que sucedieron a los remotos contactos de los colonizadores orientales mediterráneos sobre las costas atlánticas, no podían ser interpretados por Platón más que con la imprecisión y la vaguedad con que nos describe los hechos, envueltos siempre en un fondo mítico naturalista y con una finalidad moral característica en toda historia griega. Sin embargo, en cada uno de sus comentarios se descubre siempre un fondo de veracidad de contenido que, en la forma en que se expone, queda totalmente transformado en una figuración que puede conceptuarse de imaginaria.

Toda la relación que guardan las denominaciones que hacen referencia a los mitos atlánticos, se refieren geográficamente, como hemos visto en los capítulos anteriores, al suroeste peninsular del Atlántico o a la costa norte de Africa. En la *Odisea* se aludía a los atlantes o gigantes como una raza caracterizada por su perfidia (*Odisea* I, 52-54; VII, 245; VII, 54-57). Así, por ejemplo, se recoge la historia de Eurimedonte que engendró a Peribea, madre de Nausitoo, desposada con Neptuno, del mismo nombre que el rey epirota, reinando sobre los gigantes y pereciendo con su pueblo por su maldad. En este pasaje se ofrece ya una primera alusión al mito atlántico, que indudablemente Platón conoció por la tradición homérica.

La vinculación de la leyenda de Eurimedonte con La Atlántida parece refle-

<sup>32</sup> A. ARRIBAS, op. cit. La cultura megalítica de procedencia egeo-anatólica fundamentalmente, con un florecimiento comprendido entre el 2300-1500 a. C., asume la representación de La Atlántida desde un punto de vista cultural, con los primeros enlaces con Egipto que terminarían por una relación que presuponemos directamente enlazada al primitivo Tartessos a partir del siglo XV a. C. y que por los movimientos de los "pueblos del mar" cesaría hacia el 1200 a. C., con el hundimiento del mundo micénico.

<sup>33</sup> Manejamos la traducción española de F. de P. SAMARANCH, *Critias o La Atlántida*, Madrid, 1963 y *Timeo*, Madrid, 1963; así como la de A. RIBAUT, *Platón. Oeuvres complètes. Timée - Critias*, T. X, París, 1949.

jarnos toda una transmisión oral o, al menos, una evocación de la cultura dolménica desaparecida. Por otra parte sabemos que Atenas fue una de las ciudades que se libró de la invasión doria cuando el occidente ya era conocido a través de las navegaciones orientales, como informan las mismas fuentes egipcias, que nos refieren cómo sus pueblos, en unión de los libios norteafricanos, actuaron contra las fronteras de su Imperio. Estos pueblos del Occidente se les relaciona con los "pueblos del mar", poblaciones que estaban situadas, según los textos egipcios, en las islas del norte, como islas, naturalmente, del Mediterráneo. También es preciso considerar que sabemos muy poco aún de la historia de esas migraciones, no documentadas, que estuvieron ligadas a los desplazamientos demográficos en el Mediterráneo a partir de los finales del siglo XIII a. C., motivados por unos indudables empujes procedentes del continente asiático. Así toda Europa desde Asia y toda Asia Menor desde Asia Central, recibieron el empuje, con las repercusiones consiguientes que motivaron en Oriente y en Occidente la ruptura del equilibrio mediterráneo y el final de la gloriosa era de auténtico esplendor del Imperio Nuevo de Egipto.

Platón parece destacarnos de un modo preferente, el punto de partida de la ruptura de este equilibrio como desde el fondo del mar Atlántico, el extremo lejano conocido por fuentes egipcias, como más adelante precisaremos, correspondiente a los ataques de los libios, sardos y otros pueblos del Tirreno que estaban en contacto con aquellas regiones y que libraron varias expediciones a los límites de sus dominios cortando las relaciones que hubo de haber entre el Nilo y el más remoto Tartessos.

A nuestro modo de ver, este primer pasaje de Platón precisa tres hechos: la invasión doria, el cierre para Egipto del comercio con el Atlántico y la caída del prestigio del Imperio y su época de esplendor como consecuencia de la invasión de los "pueblos del mar".

Platón nos seguirá diciendo: *"En aquel tiempo, en efecto, era posible atravesar este mar. Había una isla delante de este lugar que llamáis vosotros las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esta isla a las demás islas y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su nombre. Pues, en uno de sus lados, dentro de este estrecho de que hablamos, parece que no había más que un puerto de boca muy cerrada y que, de otro lado, hacia afuera, existe este verdadero mar y la tierra que lo rodea, a la que se puede llamar realmente un continente, en el sentido propio del término"* (*Tímeo*, 24e, 25a).

La descripción que nos hace Platón de la isla de La Atlántida en cuanto a su emplazamiento, no admite dudas, cuando señala que estaba delante de las Columnas de Hércules, como también, aunque oscuro, el pasaje de que era mayor que Asia y Libia juntas se significa en razón a su riqueza y potencia, ya expuesta en el pasaje anterior, aunque cabe pensar también, asociado a esta misma idea, en una exageración "cartográfica" nacida de la consulta de algún mapa topográfico interpretado como "mapa mundi". Desde la isla, como en Tartessos, se

ganaban las demás islas que hemos ya precisado, servían de bases portuarias o de acceso al interior del continente en la costa opuesta, la mítica Atlántida platónica, como imagen conformada en la inteligencia de Platón, mereciendo el mar Atlántico, por su grandeza y extensión y de acuerdo con los mitos de la *Odisea* y del fabuloso rey Atlas, su nombre.

Esta configuración de La Atlántida como una isla enfrentada a las costas suroccidentales de la península, de gigantesco tamaño, parece ser justa, ya que nos indica que dentro del Estrecho que se formaba entre ella y las costas no había más que un puerto de boca muy cerrada y que del otro lado de la isla, hacia afuera, existe este mar Atlántico.

El único puerto que presenta una boca cerrada y donde existe una isla y una tierra que lo rodea es en la desembocadura del Odiel, donde se emplaza la isla de Saltés, rodeada por las aguas del mar, puesto que la marea penetra tierra adentro y donde la tierra que rodea a la isla puede ser denominada realmente un continente, puesto que pertenece a Europa si bien se refiere idealmente al estrecho entre la isla y el continente.

La doble imagen con la que juega Platón muy bien puede tener su concreción en las fuentes que utilizara y que realmente no indica. Por una parte la *Odisea*, por otra las informaciones directas de navegantes que regresaban de nuestras costas y, finalmente, esas fuentes egipcias que directa o indirectamente hubo de conocer en su época. La interpretación de estos pasajes ha tenido siempre el defecto de la confrontación omitida de los aspectos reales geográficos con los textos literarios. De ahí que a nuestro modo de ver, no se haya profundizado lo suficiente en el valor geográfico de los mismos. Al investigador le ha ocurrido en parte lo que a Platón, que ha escapado de la realidad para buscar soluciones en la imagen imitativa del pensamiento cuando ha pretendido localizar estos hechos, o bien resolver la cuestión fácilmente indicando o juzgando que todo era pura fantasía. La pretensión de que el fondo sobre el que se basa la narración de La Atlántida sea una utopía, es una respuesta cómoda y fácil. El valor histórico y geográfico de La Atlántida puede ser plenamente justificado. La idea de conformar una obra basada sobre los antiguos relatos, va perfilándose en el *Timeo*, si bien de un modo circunstancial. De todo ello continuará informándonos.

"Ahora bien, en esta *isla Atlántida*, unos reyes habían formado un Imperio grande y maravilloso. Este imperio era señor de la isla entera y también de otras muchas islas y partes del continente. Por lo demás, en la parte vecina a nosotros, *poseía la Libia hasta Egipto y la Europa hasta Tirrenia*" (*Timeo*, 25a-25b).

La descripción de este imperio concuerda con las islas que los griegos recorrían en la zona atlántida o islas Oestrímnidas, como ya se ha indicado y asimismo las costas líbicas y las islas del Tirreno. No deja de estar referido todo ello en fuentes anteriores a Platón. Hacia el 1230 a. C., se produce un golpe de fuerza que parte de la Cirenaica aliada con los "pueblos del mar", tirsenos, licios, sardinios y sicilianos, que Mer-ne-ptah contiene. En época de Ramsés III, se rechazan dos intentos de penetración libia en el territorio egipcio y una de los "pueblos del mar" en el delta del Nilo, en fechas que se comprenden del 1190

al 1185 a. C. Los acontecimientos que se operan en esta época, que terminarían por aniquilar el imperio egipcio, se suman a estas invasiones de los pueblos del mar cuyos nombres, aún no todos identificados, se citan en los textos jeroglíficos y cuneiformes. Las campañas libias parecen haber estado ligadas al grupo occidental de los pueblos marítimos, entre los que contaban los *sberden* y los *shekelesh*, sardos y sicúlicos que parecen arraigarse a Cerdeña y Sicilia. Ya Ramsés II, hacia 1295 a. C., luchando contra los hetitas, llevaba entre sus tropas sardos. Junto a los sardos y sicilianos se coaligaron los libios, tirsenos, licios y aqueos. También figuraban en la diáspora de estos pueblos los filisteos, los teucros, los danuna, dardanos, misios, licios y otros más, todos ellos micrasiáticos. Los egipcios llamaban a los libios los *meshwesh*. Este panorama de hechos históricos es el que puede relacionarse de modo real con el pensamiento platónico, acontecimientos que habían comenzado a manifestarse nueve siglos antes y que abocaban a la ruptura de una hegemonía que hasta entonces había estado en manos egipcias<sup>34</sup>.

"Ahora bien, *esa potencia, concentrando una vez todas sus fuerzas*, intentó, en una sola expedición, sojuzgar vuestro país y el nuestro y todos los que se hallan a esta parte de acá del estrecho... ..Pero, en el tiempo subsiguiente, hubo terribles temblores de tierra y cataclismos. Durante un día y una noche horribles, todo vuestro ejército fue tragado de un golpe por la tierra, y asimismo la *isla Atlántida se abismó en el mar y desapareció*. He aquí porqué *todavía hoy ese mar de allí es difícil e inexplorable, debido a sus fondos limosos y muy bajos que la isla al hundirse, ha dejado*" (*Timeo*, 25b, c, d).

Platón nos ofrece la imagen de una potencia marítima del Mediterráneo occidental dominando las costas libias y las islas del Tirreno, basando su hegemonía en la cultura atlántica, como foco de riqueza minera y coaligada con las comunidades orientales de las que dependía o se enlazaba por un común origen en unas acciones diversas contra Egipto, coincidentes por otra parte con las infiltraciones dorias que afectaron a la península helénica. El hecho de que se declare que el ataque atlántico se realizó en una sola expedición, podría hacer suponer que se refería en concreto a la acción llevada a cabo por un príncipe libio coaligado con los príncipes de los *Sherden* y *shekelesh* hacia el 1230. Entre ellos acaso también pudiera considerarse que interviniesen licios y dardanos, en suma, poblaciones del litoral egeo de Misia y Lidia. En conjunto estos fenómenos históricos vendrían a representar con el hundimiento de la cultura micénica y también la del poderío egipcio, el fin de la cultura atlántica o dolménica del mar occidental y del mismo océano.

Parece probable en este campo casi de conjeturas por falta de una documentación más precisa, que estas poblaciones marítimas vinieron a representar el papel de unos pretartessios mantenedores de relaciones entre Oriente y Occidente.

<sup>34</sup> A. MONTENEGRO DUQUE, *Colonización de la Península Ibérica por "pueblos del mar"*, Arbor, n.º 162, Madrid, 1959, p. 200 y ss. Los problemas expuestos por MONTENEGRO pueden explicarse en una acentuación de las relaciones, con un carácter libre, en época posterior al 1200 a. C., que es a la que se refiere.

¿Pudo acaso ese grupo de sardos denominar el Mar de la Paja como Mar Sardo en la desembocadura del Tajo? ¿Son el conjunto de estos pueblos pregriegos a los que se les da en las fuentes el nombre de fenicios y que el arqueólogo no logra identificar al retrotraerle a una más baja cronología? ¿Podrían considerarse los libi-fenicios de Avieno como un grupo de población de época pretartésica? Lo que sí podemos afirmar es que la zona de bajos y fondos limosos, se extiende desde las columnas de Hércules por toda la costa atlántica y que la referencia de Platón responde a un hecho cierto geográfico. Y por otra parte, las fuentes egipcias mencionan en época del rey Seti I, en la que aún se mantenía el auge colonizador que iniciara Tutmosis III (1504-1450 a. C.), la rehabilitación de los emplazamientos militares y fortificaciones o torres *migdol* defensoras de los pozos y lagunas de aprovisionamiento, es decir, de los oasis que establecen los nudos de comunicación en el sistema de dominio del Imperio Nuevo. Y que, de acuerdo con el mapa minero conservado en el Museo Egipcio de Turín, que, como veremos, refleja el ambiente mismo de la bahía de Huelva y de la isla de Saltés, se menciona el pozo del rey Seti I y las minas de oro que enlazan la historia egipcia, al menos desde el 1307 al 1298, época de Seti I, el mundo pretartésico con Egipto. Cabría pensar si el mito del hundimiento de la isla Atlántida en las narraciones transmitidas a Solón por los sacerdotes saítas, responde más a la justificación de la pérdida de la isla del Atlántico para el mundo de las relaciones egipcias, que a un eco de hechos catastróficos o a un cataclismo al que haber asociado la imagen de una isla fabulosa por su riqueza y su extensión, y los fondos limosos del litoral tartésico.

Estos fondos limosos volverán a ser mencionados en el *Critias*.

"Hoy en día sumergida ya por temblores de tierra no queda de ella más que un fondo limoso infranqueable, difícil obstáculo para los navegantes que hacen sus singladuras desde aquí hacia el gran mar" (*Critias*, 108e; 109a).

La alusión a esos fondos infranqueables que existían en la costa occidental, determina claramente la fijación de lo que Platón llamaba La Atlántida y el conocimiento de las dificultades de navegación que existían en su misma época. También los conceptos que se asociaban al hundimiento y los bajos de la costa están comentados en las fuentes griegas.

La descripción de La Atlántida, que Platón hace en el *Critias*, coincide con la que ya conocemos de Tartessos, en muchos aspectos, como ya destacó Schulten, aunque éste no hiciese demasiado hincapié en el texto platónico por existir ya precedentes críticos (Vid. nota 1).

Es interesante, al entrar en el estudio del texto sobre La Atlántida, comprender la idea que pretende Platón transmitirnos por boca de *Critias*, justificando los posibles errores que pueda cometer. Así nos dirá: "Siempre de alguna manera, todo lo que nosotros decimos es una imitación, una imagen" (*Critias*, 107b). Además nos indica a continuación cómo esas imágenes que ha de pintarnos, a poco imitada que esté esa semejanza, nos causará placer: "...nos contentamos en ella con siluetas indecisas y engañosas" (*Critias*, 107c). Sin embargo, pese a ello, Platón nos procuró una de las más reales y vivas pinturas que jamás se hicieran.

La narración comienza así: "Ante todo, recordemos lo esencial. Han transcurrido en total nueve mil años, desde que estalló la guerra, según se dice, *entre los pueblos que habitaban más allá de las columnas de Hércules* y los que habitaban al interior de las mismas... Por otra parte, el mando de la guerra estaba en manos de los reyes de *la Isla de la Atlántida*. Esta isla, como ya hemos dicho, *era entonces mayor que la Libia y el Asia juntas*" (*Critias*, 108e).

El comentario, ya anotado en el *Timeo*, señalaba nueve mil años desde que pasaron aquellas cosas, cronología exagerada o mala trasposición de nueve mil meses lunares y no nueve milenios, ya que Solón visitó Egipto hacia 569 a. C., en época de Amosis II, con lo que la iniciación de la guerra, según este cómputo que anotamos, estaría encajada en época de Ramsés II, el gran período bélico del Imperio Nuevo, inmediatamente posterior a la de Seti I. Aquí se contradice en parte Platón, con lo que nos ha referido en el *Timeo* cuando indicaba que dominaban los atlántidas en la Libia y en el Tirreno, haciendo sólo a los atlantes del Atlántico y con sus reyes, el enfrentamiento y la guerra contra Atenas, sin que se mencione a Egipto, como si Platón hubiera en la imagen imitativa a que antes aludimos, traspuesto el papel de Egipto al papel que habría de jugar Atenas en este episodio bélico. Aparte de ello, la pugna establecida por los griegos frente a la potencia cartaginesa, permitía también reavivar los estímulos de los compatriotas de Platón para exaltar su nacionalismo con el ejemplo moral que hacía residir en Atenas. Esta labor recreadora de Platón es justificable, como decíamos, en relación a los conocimientos que en su época se poseían y a la finalidad moral que persigue en la obra de procurar la imagen de un estado ideal que pudiera servir de modelo a su ciudad.

*Critias* hablará en la obra platónica sobre el valor y las cualidades de los griegos, así como de su territorio y destacará el de La Atlántida en contraposición, indicando que el relato lo expone de memoria, recordando las narraciones que su abuelo le hacía siendo niño, sobre aquella historia contenida en unos manuscritos que Solón le había entregado y que él mismo, en su juventud, había estudiado. Después nos referirá que en el reparto de la tierra que los dioses hicieron, tocó a Poseidón la isla Atlántida, e instaló *en cierto lugar de la isla*, los hijos que había engendrado él de una mujer mortal (*Critias*, 113c).

"*Cerca del mar pero a la altura del centro de toda la isla, había una llanura, la más bella, según se dice, de todas las llanuras y la más fértil. Y cercana a la llanura, distante de su centro como unos cincuenta estadios, había una montaña que tenía en todas sus partes una altura mediana*" (*Critias*, 113c).

La descripción de Saltés, con un matiz distinto con el que se nos muestra la Esquería homérica, aunque coincidente, hace presumible una información complementaria o nueva de este lugar, distinta de la que puede obtenerse de la lectura de la *Odisea*. La localización cercana al mar de la isla, puesto que a ella se refiere, la diferencia plenamente de sus compañeras occidentales, el resto de las islas costeras que están en el mismo mar, e igualmente identifica la llanura central, en el centro de toda la isla, desde la que existen unos cincuenta estadios hasta los altos de Huelva, la montaña de altura mediana por todas sus partes.

"En esta montaña habitaba entonces un hombre de los que en aquel país habían nacido originariamente de la tierra. Se llamaba Evenor y vivía con una mujer, Leucippa. Tuvieron una hija única, *Clito*. La muchacha tenía ya la edad núbil cuando murieron su padre y su madre. Poseidón la deseó y se unió a ella. Entonces el dios fortificó y aisló circularmente la altura en que ella vivía. Con este fin hizo recintos de mar y de tierra, grandes y pequeños, unos en torno a los otros. Hizo dos de tierra, tres de mar y por así decir los redondeó comenzando por el *centro de la isla*, del que esos recintos distaban en todas partes una distancia igual. De esta manera resultaban infranqueables para los hombres, pues en aquel entonces no había aún navíos ni se conocía la navegación. El mismo Poseidón embelleció la *isla central*, cosa que no le costó nada, siendo como era dios. Hizo brotar de bajo tierra dos fuentes de agua, una caliente, otra fría e hizo nacer sobre la tierra plantas nutritivas de toda clase en cantidad suficiente" (*Critias*, 103c, d y e).

Esta primera parte de la descripción del "génesis" o nacimiento de La Atlántida, a manera de la que realiza en pasajes anteriores con respecto a Atenas, es una imagen consecuente y claramente documentada de la topografía de Saltés y de la ría de Huelva.

Se advierte, sin embargo, en el relato platónico una trasposición de accidentes que idealiza y geometriza la naturaleza como una obra humana, pese a ser esta parte puramente naturalista.

Evenor, al igual que Erecteo, es un dios ctónico, procreador, con Leucippa, de la isla de Saltés. Ambos personajes míticos están reflejados en la montaña en que se dice que vivía, las cumbres que dominan Huelva, como gigantesco betil y el otro en el mito femenino de las marismas, o Palus Erebea, que esconden La Rábida. Así, el mito ctónico cobra humanización y explica el nacimiento de Clito, la isla de Saltés, como engendrada por esta unión, conformada de un modo perfecto y acorde con la *physis* platónica. De este modo, antes de que se conociera la navegación por parte de los hombres, Poseidón modeló la isla a su manera rodeándola de recintos y dotándola de bellezas una vez que la consiguiera para sí, al estrecharla como verdadero mar entre sus brazos, las dos bocas en que desagua el Odiel. Clito es al modo de Leucippa, una marisma interna y circular que la isla de Saltés posee hacia la altura del centro. La interpretación naturalista de este hecho es plenamente justificable y viene a apoyarlo el que la marisma central se configura junto a la costa protegida por unas sedimentaciones naturales de dos playas conchíferas que, en torno a su centro, se formaron en época diluvial y que han participado de los cambios ligeros de nivel por fenómenos isostáticos. Así adquieren cierto aspecto aún hoy en día de círculos que rodean a igual distancia la parte central de la isla. La reconstrucción de unos recintos creados por agentes naturales, como es la misma marea, frente a los aportes fluviales del Tinto y del Odiel en esta zona que corresponde a las almadrabas de la isla de Saltés, viene a dotar de una veracidad a la leyenda o mito atlántico que realmente sorprende y que servirá para abundar en unas informaciones ya griegas o egipcias, para nosotros desconocidas. Lo que sí es cierto nuevamente es que la descripción del nacimiento de la Atlántida en la cosmogonía y teogonía platónicas, adquiere una

perfecta adecuación, lo que equivale a decir que Platón utilizó referencias muy detalladas y fidedignas sobre Tartessos.

Las dos fuentes que se mencionan en el pasaje están tratadas en la *Odisea* y en esta obra pudiera buscarse una relación parcial de hechos para la reconstrucción ideal que Platón hace de La Atlántida (*Critias*, 117; *Odisea*, Canto VII, 129).

"Allí engendró y educó él cinco generaciones de hijos varones y mellizos. Dividió toda la isla Atlántida en diez partes. Al primogénito de los dos más viejos le asignó *la morada de su madre y la parcela de tierra de su contorno*, que era la más extensa y la mejor. Lo estableció en calidad de rey sobre todos los demás. A éstos los hizo príncipes vasallos de aquél y a cada uno de ellos le dio autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un extenso territorio. Les impuso nombres a todos: el más viejo, el rey, recibió el nombre que sirvió para designar la isla entera y el mar llamado Atlántico, ya que el nombre del primer rey que reinó entonces fue *Atlas*. Su hermano mellizo, nacido de él, obtuvo en heredad la parte extrema de la isla, por la parte de las Columnas de Hércules, frente a la región llamada hoy *Gadirica*, según este lugar: se llamaba, en griego, Eumelos y, en la lengua del país, Gadiros. Y el nombre que se le dio se convirtió en el nombre del país" (*Critias*, 113e; 114a, b).

Tras el génesis de La Atlántida y en la imagen doble de Saltés en su configuración auténtica y en su trasposición a isla gigantesca hundida, que, como nos explican estos párrafos, llegaba a Cádiz, tratará Platón de la historia remota de las dinastías atlantes, cuyo primer rey fue el propio Atlas, que ya se citó por Homero como padre de Calypso, la ninfa o diosa que representa las Madera.

El rey Atlas recibió la morada de su madre, la isla de Clito o Saltés, con la parte de tierras que rodeaban a la isla, el territorio tartésico, cuya extensión y caracteres vendrá a tratar más adelante y que no es otro que la parcela de tierra comprendida entre el Guadiana y el Odiel, que adquiere una forma rectangular. A su hermano mellizo le deja Cádiz, el extremo de la isla. A los demás les lega un extenso territorio, que no está en la isla, aunque indique que dividió la isla en diez partes, partes que, exceptuando la de Atlas y la de Gadiros, se hundieron en el mar. La imagen de la existencia de una continuidad territorial desde Saltés hasta Cádiz, junto a los bajos costeros de Arenas Gordas, se perfila de un modo absolutamente cabal. Hemos de ver, no obstante, en los reinos de las generaciones gemelas atlántidas, una cierta afinidad con los reinos que Avieno cita situados junto a los tartessios, entre ellos los de los cilbicenos, como muy concretamente los diferencia. Así Platón va realizando una perfecta reconstrucción del plan y de las dimensiones ideales de la isla por él concebida como Atlántida, siguiendo acaso las tradiciones orales que entre los navegantes se narraban. La identidad con Tartessos y con la poética Scheria que describiera Homero, están en el mismo ambiente literario y tradicional que sin duda utilizó. Es interesante observar también la dualidad que se trasluce, por otra parte, en las fuentes antecitadas, entre Saltés y Cádiz. Con respecto a las generaciones que se suceden, su mención resulta confusa, no aclarándose contemporaneidad alguna de los nombres de los sucesores, aunque Platón les haga a todos coetáneos del reinado de Atlas y Gadiros, respon-

diendo al prejuicio o concepto previo del hundimiento de la isla por un gran cataclismo.

Adolfo Schulten vio claramente el problema de la situación general geográfica de La Atlántida (Tartessos, p. 166), y aun recopilando todos los datos que coinciden con Saltés, nunca se inclinó por reconocer esa identificación. Uno de los hechos que nublaron a su entendimiento esta localización fue el de los círculos de aguas y de tierra de La Atlántida, que él veía reflejados tímidamente en los bajos del Guadalquivir, y de sus murallas, poético reflejo de la imagen de las murallas de Ecbatana, descritas por Herodoto (Tartessos, 164-177, nota 2, p. 177).

"Luego, de los que nacieron en la segunda generación, llamó a uno Amferes y al otro Evaimón. En la tercera generación el nombre del primogénito fue Mneseas y el del segundo fue Autóctono. De los de la cuarta generación llamó Elasippo al primero y Mestor al segundo. Y en la quinta, el que nació primero, recibió el nombre de Azaes, y el que nació luego el de Diaprepés. Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron el país durante numerosas generaciones. Eran también señores en una gran multitud de otras islas en el mar y, además, como ya se ha dicho, reinaban también en las regiones interiores de la parte de acá de las Columnas de Hércules, hasta Egipto y Tirrenia" (*Critias*, 114b, c, d).

Platón utiliza nombres que figuran en la *Iliada* o en la *Odisea* para denominar a estos reyes atlánticos, exceptuando los de Azaes y Diaprepés, si bien este último está relacionado por Hesíodo con la leyenda de las Hespérides. Azaes parece nombre asiático. La amplitud de la denominación en el Mediterráneo occidental ya se ha comentado como reflejo de una etapa pretartésica que aboca a la lucha contra Egipto, de acuerdo con los documentos ya mencionados. Sin embargo, *Critias* dice al comienzo su discurso que Solón había transcrito del egipcio al griego las denominaciones bárbaras con el mismo significado, hecho que está falseado.

Toda la interpretación de La Atlántida en cuanto a correspondencia con Tartessos o afinidades que las unen, de carácter descriptivo, ha sido vistas de modo plenamente acertado en su casi totalidad por Schulten y no hemos de comentarlas aquí nuevamente. Los adornos poéticos o literarios que Platón hace en relación a la descripción de la isla o del territorio inmediato, poseen un valor relativo (*Critias*, 114d, e; 115a). Más interés tienen los datos que nos ofrece de las fabulosas construcciones que en la isla se encuentran.

"Sobre los brazos circulares de mar, que rodeaban *la antigua ciudad materna, construyeron al comienzo puentes* y abrieron así *un camino* hacia el exterior y *hacia la morada real*" (*Critias*, 115c).

Este es uno de los pasajes más interesantes de toda la obra por situarnos la ciudad madre o primitiva del centro de la isla rodeada por los círculos de tierra y de mar, comunicada por medio de unos puentes que salvarían los canales que cruzan las marismas abriendo el camino hacia el exterior y hacia la morada real, que se sitúa al norte de la isla, en la zona denominada hoy El Almendral, lugar al que puede arribarse por el canal de Saltés y por el canal del Odiel igualmente, y que es el punto en el que antiguamente se establecía el puerto.

"Este palacio de los reyes lo habían levantado desde el comienzo en la misma morada del dios y sus antepasados" (*Critias*, 115c).

El palacio de Atlas y de sus sucesores, según estas indicaciones, se había levantado en el templo mismo de Poseidón, lugar que más tarde correspondería, en la etapa tartésica, a la fortaleza de Geronte, dentro del recinto que Avieno denominaría Gadir (*Ora Marítima*, v. 267). También se corresponde con el emplazamiento del palacio de Alcinoos, que se encontraba en el templo de Neptuno o junto a él, frente al ágora. Coincide igualmente la descripción de este camino que une el centro de la isla con la ciudad real, con el camino que recorre Ulises en pos de Nausicaa, desde los lavaderos, en el sur de la isla. Hoy el emplazamiento de la antigua ciudad corresponde a las ruínas que esconde El Almendral y donde se encuentran los restos de fortaleza árabe que ocultan edificaciones anteriores. Este lugar está excavado en parte, si bien los resultados de este trabajo no se han dado a conocer.

"Comenzando por el mar hicieron un canal de tres plethros de ancho, cien pies de profundidad y  *cincuenta estadios de longitud*, y lo hicieron llegar hasta el brazo de mar circular más exterior de todos. De esta manera dispusieron una entrada a los navíos venidos de alta mar, como si fuera un puerto. Practicaron en ella una bocana suficiente para que los mayores navíos pudieran también entrar en el canal. Luego, también en los recintos de tierra que separaban los círculos de agua, abrieron pasadizos a la altura de los puentes, de tal tipo que sólo pudiera pasar de un círculo a otro una sola trirreme, y techaron estos pasadizos, de manera que la navegación era subterránea, pues los parapetos de los círculos de tierra se elevaban suficientemente por encima del mar" (*Critias*, 115e, d) (fig. 4).

El canal que describe Platón es el canal de Saltés, situado al occidente de la isla, que posee desde la embocadura hasta la localización de la antigua ciudad una longitud de cincuenta estadios.

La idea de que llegara este canal hasta el brazo de mar circular más exterior es una imagen no identificada con claridad por Platón, al que falta la percepción directa del hecho geográfico, aunque sea totalmente correcta su referencia, puesto que el canal de Saltés llega a unirse por el norte de la isla con el brazo de mar más exterior, que es el canal del Odiel. La apertura de una entrada en los bajos, para dar acceso a las trirremes, es indudablemente una referencia griega y aún en día se sigue dragando esta entrada cenagosa. Los pasadizos que se abren a la altura de los puentes son los canales o pequeños esteros que se abren en las marismas que rodean toda la isla y que aquéllos debían de salvar para permitir el paso de un extremo a otro de Saltés. Que estos canales estuviesen defendidos por unas empalizadas es muy posible y que sirvieran para resguardar las embarcaciones es lógico, teniendo en cuenta que el tipo de embarcación indígena tenía el mástil abatible, como muchas de las embarcaciones pesqueras de nuestros tiempos. Todas estas noticias llegan a fundirse en la pintura que realiza Platón de La Atlántida, confundiendo los círculos de agua y de tierra del génesis mítico, con los círculos de agua que rodean toda la isla de Saltés, que se resumen en los

tramos respectivos del curso del Odiel, del canal del Burrillo y del canal de Saltés. Por otra parte en *Critias* diría, parafraseando la relación de los sacerdotes egipcios, que en su tiempo era visitada la región por las naves que desde Atenas hacían sus singladuras hasta nuestro mar (*Tímeo*, 25d; *Critias*, 109a).

El pasaje siguiente volverá a procurarnos de un modo más concreto esta imagen imitativa que Tartessos le ofrece.

"El mayor de los recintos de agua, aquél en que penetraba el mar, tenía *tres estadios de ancho*, y el recinto de tierra que le seguía tenía una anchura igual. En el segundo círculo, la cinta de agua tenía *dos estadios de ancho* y la de tierra tenía aún una anchura igual a ésta. Pero la cinta de agua que rodeaba inmediatamente a la isla central, no tenía más que un estadio de anchura. La isla, en la que se hallaba el palacio de los reyes, tenía un diámetro de *cinco estadios*. Ahora bien, la isla, los recintos y el puente —que tenía una anchura de un plethro— los rodearon totalmente con un muro circular de piedra. Pusieron torres y puertas sobre los puentes, en todos los lugares por donde pasaba el mar. Sacaron la piedra necesaria de debajo la periferia de la isla central y de debajo de los recintos, tanto al exterior como al interior. Había piedra negra, blanca y roja. Y, al mismo tiempo que extraían la piedra, vaciaron dentro de la isla dos dársenas para navíos, con la misma roca como techumbre. Entre las construcciones unas eran enteramente simples; en otras entremezclaron las diversas clases de piedras y variaron los colores para agradar a la vista y les dieron así una apariencia naturalmente agradable" (*Critias*, 115e; 116a, b).

Que la anchura del canal mayor, de acuerdo con la descripción de Platón, fuera de tres estadios (532,80 m.) es totalmente cierto, puesto que se refiere al río Odiel, como recinto de agua que rodea la isla y cuyo brazo mayor es, precisamente, en el que penetra el mar de un modo más amplio. Igualmente, el recinto de tierra hasta la marisma central en la zona de las almadrabas o lugar denominado la casajera, pese a su irregularidad, conviene con la descripción. La del segundo círculo con dos estadios de ancho (355,20 m.), conviene a la anchura del canal de Saltés, pero no a un círculo de agua imaginado o, mejor dicho, trastocado. Parece como si Platón hubiera concebido estas medidas o informes originales con un sentido estético y matemático de absoluta simetría que, como hemos dicho, constituye el fundamento de su personal creación. En esa pintura narrativa que, volvemos a insistir, nos hace a imitación de Tartessos, no yerra por deseo propio, sino por falta de poder ajustar su descripción a un hecho natural cuyas características desconoce, por lo que siempre él mismo se considera errado de antemano, rogando que se le disculpe el que de alguna manera lo que dice sea una imitación de la naturaleza.

Con respecto a la anchura de dos estadios de la cinta de tierra correspondiente al segundo círculo, nos planteamos la solución de si se refiere en concreto a la forma circular más estrecha y alargada que adquiere el lugar denominado El Acebuchal.

Con respecto a la cinta de agua que rodeaba inmediatamente a la isla central y que no tenía más que un estadio de anchura (177,60 m), comprendemos que se

refiere al canal del Burrillo y su continuidad hasta el Odiel, como cauce mayor, bordeando el emplazamiento de lo que se denomina hoy El Almendral.

Platón funde en una misma imagen los círculos que primitivamente trazara Poseidón, según la leyenda, con los tres canales mayores que rodean la isla, de acuerdo con las informaciones que de Tartessos tuviese. Así es como no queda claro este pasaje en el que se ha perdido siempre el investigador al tratar de configurar hipotéticamente la isla. Por eso diferencia en el pasaje dos islas, la isla central o antigua ciudad materna, donde naciera Clito, rodeada por círculos de tierra y agua por Poseidón, y la isla en la que se hallaba el "palacio de los reyes", que, como nos indica en pasaje anterior (115c), enlazaba la antigua ciudad materna con la morada real situada en la morada del dios Neptuno, no en la de Clito. Esta isla de los reyes, diferenciada de la isla de Clito, es perceptible en la topografía de la isla de Saltés, siendo el solar no bañado ni afectado por las marismas y que tiene su unión muy estrangulada junto al estero de los Difuntos. Los esteros penetran profundamente a modo de canales en la isla de Saltés, como en el resto de las marismas de Huelva, no siendo improbable que hayan podido unirse sus brazos opuestos para permitir el enlace del canal ancho del Odiel con el canal de Saltés, explicándonos la acomodación que Platón hace acerca de los canales que hacen comunicar unos círculos con otros. Uno de estos esteros es el denominado El Ancho, que viene a unir el desembarcadero del Almendral o antiguo emplazamiento de la ciudad real con el curso del Odiel.

La isla de los reyes tenía un diámetro de cinco estadios (888 m.) que es la longitud máxima que presenta la alargada forma de El Almendral, incluido un pequeño pinar que se le enfrenta, donde vuelve a estrangularse el terreno por las marismas circundantes. En este punto donde se acercan las marismas habría que situar el puente con la anchura de un plethro. Esta isla es la que rodearon con un muro circular de piedra, disponiendo torres y puertas sobre los puentes en todos los lugares por donde pasaba el mar, es decir, en los accesos a los embarcaderos. También extraen la piedra de las inmediaciones o periferia de Saltés y también de debajo de los recintos de la isla de Clito, conformados con caliza conchífera de la que hay restos en la actual edificación árabe que se conserva en El Almendral. La presencia de piedra negra, blanca y roja alude precisamente a los distintos lugares de donde se extraía: la blanca de la isla; la roja, abundante en los cerros de Huelva, y la negra, de las rocas de La Rábida. Las dos dársenas del interior de la isla pueden ser sin duda las más próximas a los depósitos de la casajera o isla central, de Clito.

En la *Odisea* se anota que junto al templo de Neptuno se halla el ágora, labrada con piedras de acarreo profundamente hundidas (Canto VI, 268), indicando que la ciudad tiene a uno y otro lado un hermoso puerto de boca estrecha, volviéndose a mencionar las ágoras, los puertos y muros altos provistos de empalizadas, en pasajes posteriores (Canto VII, 43). De este modo el recinto de la isla real o Basileia, emplazada en El Almendral de Saltés, presentaba un efecto radiante al exterior. Con respecto a las construcciones simples que menciona el pasaje, viene a coincidir con la rusticidad de la ciudad que visitara Ulises, es decir,

casas de carácter indígena. El revestimiento de cobre, de estaño y de oricalco, parece aludir a la misma coloración de las piedras que se utilizan en las construcciones, como un ornato literario asociado a la riqueza metalúrgica de la región.

"El palacio real, situado dentro de la acrópolis, tenía la disposición siguiente: En medio de la *acrópolis* se levantaba *el templo* consagrado en este mismo sitio a Clito y Poseidón. Estaba prohibido el acceso a él y estaba rodeado de una cerca de oro. Allí era donde Poseidón y Clito, al comienzo, habían concebido y dado a luz la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí se acudía, cada año, desde las diez provincias del país, a ofrecer a cada uno de los dioses los sacrificios propios de la estación" (*Critias*, 116c).

Nuevamente aquí Platón nos procura una doble imagen que, sin duda alguna, está en razón a una duplicidad de fuentes. La isla de Clito era la central o madre, rodeada de anillos calcáreos naturales, en la parte central de la isla topográficamente considerada. Después, cuando tiene que localizar la ciudad real, la parte central ya no es el centro topográfico, sino el centro activo humano, en suma, el lugar de emplazamiento de la acrópolis y, como es natural, coloca aquí o traslada la fijación de los mitos de Clito y Poseidón. Esto da lugar a pensar en dos fases o épocas distintas, como una doble tradición; en una especie de "apócrifos" surgidos en dualidad de leyendas o acaso multiplicidad, en torno al mito de la localización de los hechos.

Esta trasposición puede comprobarse en próximos pasajes cuando nos hable del picadero que existía para las carreras de caballos, que se emplazaba hacia el centro de la isla mayor, como si, efectivamente, hubiese dos islas contenidas en la isla rodeada por los brazos del río (*Critias*, 117c).

"El santuario mismo de Poseidón tenía un estadio de longitud, tres plethros de ancho y una altura proporcionada. Su apariencia tenía algo de bárbaro" (*Critias*, 116d).

Ya nos ha indicado Platón en cierta contradicción con lo que aquí se expone, que la morada de los reyes se había levantado en la morada del dios y sus antepasados (*Critias*, 115c), si es que no quiere significar, con un término más amplio, la acrópolis. Las medidas que nos proporciona son aún mayores que las de los templos de Hera, en Samos (111,50 × 54,58 m.), y de Zeus Olímpico, en Agrigento (110 × 52,85 m.), fechados en el 525 a. C. y 480 a. C., respectivamente<sup>85</sup>, pero conformado a semejanza de los templos griegos, aunque con carácter totalmente rústico o bárbaro, lo cual parece presentar visos bastante realistas.

"Sobre la ciudad y sobre la antigua morada de los reyes, lo que acabamos de contar es prácticamente todo lo que la tradición nos conserva" (*Critias*, 117e).

La alusión a una tradición sobre la ciudad de la isla atlántica es un hecho digno de destacarse y que responde, sin duda, a fuentes griegas.

Es preciso adelantarnos al pasaje que acabamos de comentar donde se pone punto final a la descripción de la isla, para comprender cómo la conformación de

<sup>85</sup> D. S. ROBERTSON, *A. hand book of greek and roman architecture*, Cambridge, 1954,

la ciudad había adquirido un tono legendario en la mente griega. Indudablemente que esta visión de la "polis" atlántida está trazada sobre los datos del conocimiento de Tartessos y no en referencias anteriores a la colonización griega, aunque puedan haberse transmitido vagos informes egipcios sobre hechos históricos y se haya tenido a la vista algún mapa como el papiro del Museo Egipcio de Turín.

De toda la descripción de la isla, —las dos fuentes, una fría y otra caliente, aprovechada esta última con derivaciones al mar, a piscinas cubiertas para baños invernales, con diferenciación de edificaciones para mujeres separadamente de los hombres e, incluso para caballos, baños particulares y baños reales—, destaca principalmente el *bosque de Poseidón*, que se calca del bosque de Minerva, en el cual manaba una fuente (*Odisea*, Canto VI, 285). Se nos muestran como interesantes también una serie de canalizaciones que transportaban el agua cálida hacia los recintos de mar exteriores, es decir, hacia el exterior de la isla, los tres canales que la rodean y que Platón denomina "recintos de mar exteriores" (*Critias*, 117b). Junto al bosque de Poseidón se habían levantado numerosos templos dedicados a muchos dioses, gran número de jardines y gran número de gimnasios para los hombres y de picaderos para los caballos (*Critias*, 117c). Estas construcciones estaban junto a la ciudad real (*Critias*, 117c). El que estas construcciones estuviesen cerca o dependiendo de esta ciudad real, nos lo confirma nuevamente cuando dice: "Además, hacia el centro de la isla mayor habían reservado un picadero para las carreras de caballos; tenía un estadio de ancho y suficiente longitud para permitir a los caballos que en la carrera recorrieran el circuito completo del recinto" (*Critias*, 117c). En efecto, la casajera con su forma circular presenta del lado que mira al canal del Odiel una anchura de un estadio y evidencia por el texto anterior que es la isla mayor, diferenciada de la isla real dentro de la gran isla de Saltés. Todo lo demás referente a los cuarteles, arsenales, plantaciones, riqueza y ornato del templo, etc., constituye un arreglo o composición accesoria al hecho primordial.

También interesante es la imitativa imagen que nos traza de lo que existía en torno a la morada de los reyes.

"Al atravesar los *puertos exteriores* en número de tres, había una *muralla circular* que comenzaba en el mar y *distaba constantemente cincuenta estadios* del recinto más extenso. Esta muralla acababa por cerrarse sobre sí misma en la garganta del canal que se abría por el lado del mar. Estaba totalmente cubierta de casas en gran número y apretadas unas contra otras. El canal y el puerto principal rebosaban de barcos y mercaderes venidos de todas partes. La muchedumbre producía allí, de día y de noche, un continuo alboroto de voces, un tumulto incesante y diverso" (*Critias*, 117e).

Tres son los canales que rodean la isla, como ya hemos aclarado, y el más favorable para el arribo es el canal de Saltés, que aquí recibe el nombre de *puerto principal*. Pero también se alude a una muralla que abarcaba toda la ría de Huelva, al distar del centro de la isla cincuenta estadios, la misma medida de longitud de la boca del puerto o canal de entrada hasta la ciudad real, la misma también desde el centro de la isla a la altura de Evenor o monte de Huelva, donde

se asienta la ciudad actual y donde habría, más o menos desperdigada, una población en un conjunto de aldeas que constituirían la antigua Onuba, y también la misma distancia aplicada aquí como perímetro circundante de alturas que rodean la isla y sobre las cuales se dispondrían numerosas viviendas que cerraban este amplio recinto al confluír en la desembocadura del Odiel. En suma, los altos de las Arenillas, La Rábida, los altos de Huelva, la zona alta de Punta Umbría y las pequeñas elevaciones de las proximidades de Aljaraque, con las edificaciones más o menos dispersas, cobraban la idea de una muralla circular. Comprendamos la descripción como una genuina transmisión diversificada de la realidad. Pero además existían otros dos puertos, aparte del principal: el que venía a morir en la isla de los reyes, con un canal que apenas dejaba paso a una trirreme y que es el denominado el Ancho, que sencillamente es un estero por donde aún cruzan las pequeñas embarcaciones, y el de las almadrabas, junto a la isla de Clito, donde se encuentra hoy en día el muelle de madera. Los tres puertos, junto a los tres canales principales, se situaban junto a la isla en el círculo exterior.

No menos expresiva es la explicación que nos da sobre las características de la región circundante.

"En primer lugar, todo el territorio estaba levantado, según se dice y se erguía junto al mar cortado a pique. Pero en cambio, todo el terreno en torno a la ciudad era llano. *Esta llanura rodeaba la ciudad y ella misma a su vez estaba cercada de montañas que se prolongaban hasta el mar.* Era plana, de nivel uniforme, oblonga en su conjunto; medía, desde el mar que se hallaba abajo, *tres mil estadios en los lados y dos mil en el centro.* Esta región en toda la isla estaba orientada de cara al sur, al abrigo de los vientos del norte. Muy alabadas eran las montañas que la cercaban, las cuales en número, en grandeza y en belleza, aventajaban a todas las que existen actualmente" (*Critias*, 118a, b).

Estos datos que aporta Platón al conocimiento de lo que era el territorio circundante, corresponden realmente a la comarca de Huelva y a la topografía de su ría. El paisaje se modela levantado en los cerros que se aproximan al mar, especialmente en la zona de la Torre de las Arenillas, cortada a pique en prolongado talud costero, así como en los mismos cerros de Huelva y en todo ese conjunto de elevaciones próximas que delimitaban como un muro la "muralla circular" que apuntó antes. Pero la isla estaba en el llano, así como el territorio circundante marismoso y arenoso de Punta Umbría. Ella misma estaba cercada de montañas que se prolongaban hasta el mar, refiriéndose a la región y a las estribaciones de la sierra de Andévalo y del Granado, así como a los montes que alcanzaban el mar junto a Huelva. Es muy interesante destacar esta zona montañosa donde se emplazan las minas de Tarsis, junto a las sierras de las Tres Piedras, cumbre del Bugo, Las Camorras y Las Peladas, al sur de la ribera de La Cubica, que viene a servir de límite al territorio que Platón describe. También aquí utiliza la doble imagen de la gran isla Atlántida y de la isla concreta de Saltés, al dotarla de una longitud comprendida desde la desembocadura del Odiel hasta la isla de Cádiz. Esta imagen doble se comprende muy bien porque identifica a la isla Atlántida en su colosal proporción, con la parte del territorio que correspondió a Atlas,

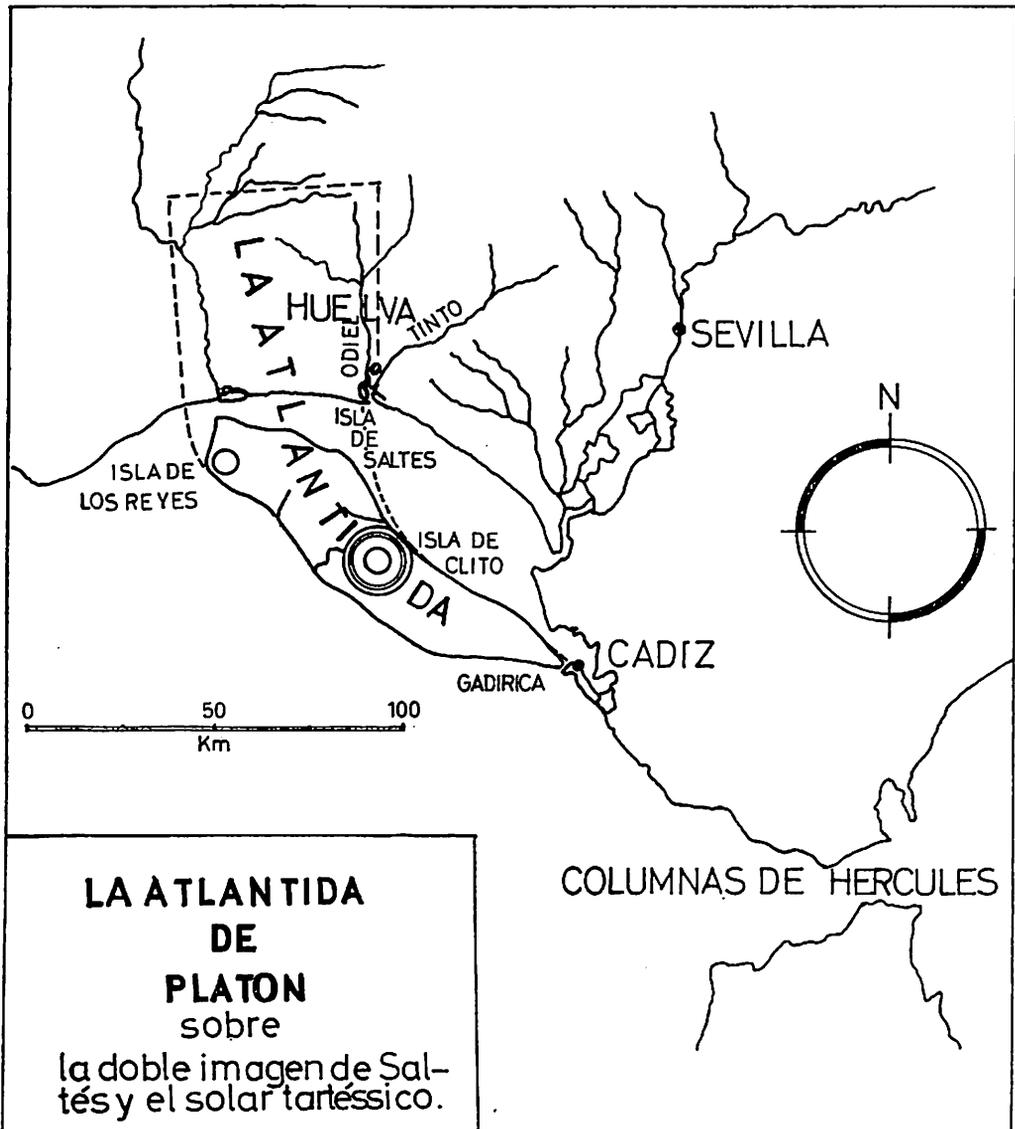


Fig. 5.—Platón jugó en su Atlántida con una doble imagen de la isla de Saltés, haciendo sus dimensiones como comprendidas entre el Odiel y la isla de Cádiz, y configurando la parte central de la isla sobre la imagen del territorio tartésico por excelencia, limitado entre el Guadiana y el Odiel.

que es la isla de Saltés. Del mismo modo, la llanura circundante de marismas que rodean la isla la extiende en una desmesurada medida al territorio propiamente atlántico, dependiente de la isla, que se comprende entre el Guadiana y el Odiel, cerrándose al norte por el Cubica, de forma oblonga o rectangular y no midiendo tres mil estadios de longitud y dos mil de anchura, sino trescientos y doscientos, se nos descubre como un cuadrilátero ideal que va a delimitar en pasajes siguientes.

Pero también esta misma llanura la refiere a la isla, como hemos dicho, con la característica de ser plana, de nivel uniforme y oblonga en su conjunto, como es Saltés. La dualidad de imágenes la conjuga como si dos fuentes fundamentales le hubieran servido para realizar su descripción geográfica, porque de lo que no hay duda, es de que Platón nos procura una silueta auténtica de este territorio occidental (fig. 5).

"Ahora bien, esta llanura, *por acción conjunta y simultánea de la naturaleza y de las obras que realizaran en ella muchos reyes*, durante un período muy largo, había sido dispuesta de la manera siguiente. He dicho ya que tenía la *forma de un cuadrilátero*, de lados casi rectilíneos y alargados. En los puntos en que los lados se apartaban de la línea recta, se había corregido esta irregularidad cavando el foso continuo que rodeaba a la llanura" (*Critias*, 118c).

Después describirá este rectángulo cortado idealmente por canales paralelos y transversales y otros diagonales en una planta reticulada para hacer llevar las aguas y el transporte de materiales desde las montañas hasta la ciudad y salir al mar. La identidad de este territorio con la región que hemos anotado no deja lugar a dudas. La cuadrícula del territorio se dividía en seis mil parcelas de diez estadios de lado (Platón, de acuerdo con las mediciones que asigna a este territorio, lo dividía en sesenta mil distritos), con un jefe de destacamento en cada distrito que representaba la célula militar social, formada por un carro, seis caballos, catorce guerreros de varias clases, dos barcos y cuatro marineros. Los otros nueve territorios provinciales que se dice dependían de La Atlántida, no se comentan, Platón acaso "no tenía informes de cómo era la parte hundida desde Saltés a Cádiz", puesto que el relato lo acomodaba por cuenta propia a Tartessos y también porque era embarazoso aludir a uno de los callejones sin salida que planteaba su relato.

En la organización de las fuerzas atlánticas se ha pretendido ver un sistema bárbaro, que cuadra bien con formas egipcias o persas en cuanto a la utilización de carros de guerra, y que conviene a ese momento de la primera Edad del Hierro que acusan las estelas grabadas extremeñas estudiadas últimamente por Almagro, en relación a una zona que podríamos llamar también tartésica por su vinculación al eje del Guadiana. El carácter de estas estelas diferenciadas en dos grupos, muestran una tipología ciertamente vinculada a lo chipriota por una parte, y por otra, a un comienzo de la segunda Edad del Hierro, que creemos más relacionable con tipos sármatas, hunos o protoávaros <sup>36</sup>.

<sup>36</sup> Sobre la cuestión de las estelas extremeñas existen interesantes paralelos con tipologías sármatas. A. M. KHASANOV, *La genèse des miroirs de bronze des*

Por otra parte Tartessos presentaba varios reinos cilbicenos, situados junto al Tinto hasta el Criso, lo que parece apoyar la idea expuesta por Platón de que el resto de los reyes actuaban sobre muchas islas y otras partes del continente, como un hecho real aunque imposible de unir o enlazar a su hundida Atlántida.

Ciertamente en la *Ora Marítima* parecen recogerse también una serie de reinos como el de los Hiberos, entre el Anas y el Hiberus; el de los Etmanei, entre el Hiberus y el Luxia o Tinto; los cuatro reinos Cilbicenos, que se comprenderían, de acuerdo con los límites naturales, en la siguiente distribución: entre el Luxia y el mar; entre el Besilus o Betis y el Luxia o Tinto; entre el Besilus y el Cilbo o Guadalete, y entre el Besilo y el Criso, finalmente. También el de los Cinetes, del Anas al Sado, el de los Sefes, entre el Sado y el mar Sardo; el de los Cempsos, junto a los anteriores más al interior, y el de los Ileates, junto al Besilus hasta Sierra Morena. Estos diez reinos parecen traspasados a La Atlántida del mundo tartésico. También en la *Odisea* los reyes de las tribus acuden a la isla de los feacios, como en La Atlántida, a celebrar sus asambleas y a realizar sus cultos.

Esta organización de los atlantes se ha explicado como un reflejo del mundo cretense, pero recordemos el maravilloso relieve de Abydos en que Seti I y su hijo Ramsés, luego Ramsés II, enlazan un novillo para el sacrificio de modo semejante a como se describe la captura de los toros en la isla Atlántida. Platón se muestra, sin embargo, en este último pasaje un tanto desorientado, pero deja entrever aún una relación manifiesta con la *Odisea* al destacar la asamblea de los reyes tocada con túnicas azules, de la más delicada producción saltieta. Para Estrabón los saltietas eran magníficos tejedores. Schulten menciona Saltés como un rico foco digno de investigación arqueológica (Tartessos, p. 65) y parece identificarla con Saltigi (Vid. R. E.). Pese a este interés de Schulten, su inclinación hacia la zona de Cádiz, como preferida, le hacen sobrestimar la noticia de Estrabón sobre la fundación de Gades por los tirios (Sardos?) que en principio se tanteó en los intentos de fijación de poblaciones en la colonia de Sexi y en Saltés, y que el investigador alemán consideraba que no se verificó sin duda porque los tartessos necesitarían de la isla para sus depósitos de mineral (Tartessos, p. 66). Sin embargo la hegemonía de la Atlántida la mantenía la raza de Atlas, según Platón. Esta raza hubo de vislumbrarla en el discurso de Nausitoo, cuando habla veladamente en la *Odisea* de la muerte de su abuelo Eurimedonte, padre de Peribea, del mismo nombre que el rey de los cíclopes de Epiro, que había reinado sobre los orgullosos gigantes pereciendo aquéllos y él mismo (*Odisea*, Canto VII, 48 y ss.).

La identidad de contenido de los pasajes del linaje de los feacios y del hundimiento de los atlantes, aporta lógicamente la fuente de inspiración.

---

*Sarmates*, Sovetskaja Archeologija, 4, 1963, p. 58; I BERKHIN-ZASETSKAIA, L. MALOVITSKAIA, *La riche sépulture de la région d'Astrakhan*, Sovetskaja..., 3, 1965; A. Kh. KHALIKOV, *Stèles à image des armes*, Sovetskaja..., 3, 1963; N. P. KIPARISSOVA, K. V. SAINIKOV, *La sépulture sauromate de Troïtsk*, Sovetskaja..., 2, 1959, p. 246.

Si con estas últimas descripciones Platón viene a dejar su Atlántida inacabada, probablemente en la etapa final de su vida, nos legó, sin embargo uno de los más grandes documentos de la antigüedad sobre los orígenes históricos de la Península Ibérica.

La información de que su historia procedía de fuentes egipcias no es tampoco desdeñable, puesto que en nuestra opinión, existe un documento que fija la existencia de Saltés como foco minero en época del rey Seti I (1313-1298 a. C.), que constituye el apoyo más decisivo para admitir un mundo pretartésico que se enlaza a la cultura dolménica, justificando los mitos de Atlas y de los gigantes en el Occidente y, en suma, sobre el objeto remoto histórico que sirviera a Platón para tejer su Atlántida.

Su obra adquiere en este aspecto un valor nuevo para penetrar en los problemas de Tartessos con una mayor precisión. La realidad geográfica e histórica adquirieron en su narración las particularidades estéticas o literarias propias de un formidable artista.

Platón comprende que la ciencia es un aspecto informe de la verdad, que su misma *physis* reside en el intelecto del hombre, que es el que interpreta la naturaleza y la vida y, aún más, la ciencia histórica que se ocupa del hombre mismo, que persigue el engarce de los fenómenos anímicos y de las estructuras espirituales, pretendiendo reproducir de una manera completa todas las semejanzas con el pasado, con los pobres elementos de las ruinas documentales, literarias o arqueológicas.

La Atlántida de Platón se proyecta desde un pasado más remoto que el de Tartessos, como ya hemos indicado, relacionado con el período de grandes migraciones mediterráneas y conmociones que afectaron al mismo imperio egipcio. La relación que pretende establecer de este sugestivo hallazgo sobre el remoto Occidente, con Atenas, poniendo como modelo de estado a La Atlántida, no adquiere un sentido coherente y así lo debió comprender el filósofo e historiador cuando nos legó su narración incompleta. Aquello era suficiente.

La atracción del sinnúmero de riquezas con que se dotaban a las tierras occidentales para la imaginación ordenada de Platón, respondía a su vez a las verídicas noticias sobre la existencia de Tartessos y se conformaban con las tradiciones mismas míticas de Atenas y con las fuentes documentales egipcias, pero no con la historia de su ciudad helena. Por esa razón La Atlántida no podía tener otro final que el de morir también velada en una narración informativa de todos aquellos aspectos históricos, reales, geográficos y económicos, ciertos, unidos a sus propias concepciones cosmológicas y teogónicas.

La prueba de que Platón debió conocer las citadas fuentes egipcias, o, al menos, una acertada descripción de ellas, es la existencia del mapa minero del Museo Egipcio de Turín, dibujado sobre un papiro, que ha sido ya múltiples veces divulgado y en el que se recoge la zona marítima y las vías fluviales más importantes de la cuenca del Odiel como lugar de explotación de las minas de oro del rey Seti I. La parte principal de este mapa recoge la zona marítima correspondiente a la desembocadura de un gran curso fluvial.

Las únicas minas de oro que pueden relacionarse con este mapa, dentro de las formas fisiográficas que en él se dibujan, son las de la zona de Huelva. Por otra parte no extraña que este foco minero haya podido ser conocido desde el auge colonizador de la dinastía XVIII, en época de Tutmosis III (1504-1450 a. C.), manteniendo una continuidad de relación hasta la conmoción migratoria de los "pueblos del mar", iniciada en época de Ramsés II y, al parecer, culminada en el breve período del reinado de Setnekht (1200-1198 a. C.). La dinastía XVIII sería en orden a una colonización pretartésica, el punto de arranque con el que habría de enfrentarse como problema general el arqueólogo, muy especialmente en la época del desarrollo comercial del reinado de Hatchepsut, para culminar en la última época de florecimiento de relaciones que corresponde precisamente a la de Seti I, la del mapa minero de Turín (lám. III).

La interpretación del mapa exige una previa acomodación ideográfica de la topografía tartésica a la disposición geometrizada de su representación. Destacan primordialmente dos grandes canales que en su salida al mar se enlazan por un canal intermedio dejando dos islotes de tierras entre las entradas a lo que constituye puerto realmente. Es muy singular que el acceso a esta zona portuaria se alcance desde el mar por dos bocas, casi paralelas, que comprenden la isla o dos porciones de tierra atravesadas por un canal, de modo semejante a como se conforma el estuario tartésico. Prescindiendo de la orientación de este plano de vías fluviales que se figura en el papiro, el encaje de toda la representación se realiza siguiendo unas coordenadas convencionales, o más bien una sencilla retícula sobre la que los accidentes se localizan. En la parte inferior, el canal que fluye al mar está punteado con pequeños trazos que pueden acomodarse a la idea de un curso mayor o más relacionable con la penetración del mar por representar, indudablemente, peces. En toda la pintura del próximo Oriente y en el arte relivario es común este tipo de figuraciones. No obstante tampoco es muy precisa la forma de este punteado, que está diferenciado por la coloración blanca y oscura de los puntos. A una fácil conexión de hechos podría asociarse esta representación dentro de las líricas descripciones que las fuentes griegas hicieron sobre el río Tartessos, arrastrando partículas de plomo y de pesado estaño hasta la misma isla situada junto al mar. Pese a su trazo rectilíneo, al preciso carácter marítimo de viario en los accidentes fluviales o aquellos cursos transitables, el canal inferior se acomoda al cauce del río Tinto y a la vía que conduce hasta las estaciones mineras de embarque del metal.

El canal superior, paralelo al inferior, se figura, como hemos dicho, prescindiendo de toda objetivación cartográfica que no sea la de los emplazamientos. Este curso parece corresponder, no a una penetración marítima, como la anteriormente anotada, sino, más bien, a un canal portuario donde se acomodan las localizaciones más destacadas del plano. Coincide su dibujo con el canal de Saltés, que penetra hasta enlazarse al canal de las Madres, que también parece representarse en el tramo superior del plano. Este nuevo curso, perpendicular al anterior, se dispone junto a una gran mancha blanca en el papiro sobre la que se dibuja un conjunto de construcciones al pie de una elevación. En todo el mapa

se representan unos accidentes convencionales, montañas o elevaciones del terreno más o menos discretas, que, por su mismo carácter, no cabe ajustar a la realidad. Entre los dos canales se establece una comunicación que bordea la zona próxima de la isla a las tierras del interior, con un trazado curvo que conviene al de los canales de El Burro y Burrillo. Este curso une el río mayor de la parte inferior con una pequeña isla circular que se figura junto a la gran isla vecina al mar, en el mismo emplazamiento o situación que se encuentra El Almendral de Saltés. Casi enfrente del mismo, un conjunto de construcciones, emplazadas a los actuales muelles de Punta Umbría, antes de alcanzar el brazo superior del canal de las Madres o de los Mares. También la pequeña isla circular que se dibuja en el papiro, queda vecinada a un extremo apuntado de las tierras del interior, como queda la punta del Sebo con respecto a esa parte de Saltés. Las dificultades de representación, prescindiendo de accidentes secundarios de esa zona continental de la Punta del Sebo, se comprenden por el acomodo a la forma reticulada del plano, adquiriendo una ideación no conforme a la realidad topográfica, pero sí útil al fin que se destina la carta.

La isla o porciones de tierra que quedan comprendidas entre los tres canales, se adaptan, igualmente, al sistema reticular y es interesante advertir cómo en la porción superior el relieve, convencional como hemos dicho, no dibuja las elevaciones del mismo modo que en la porción inferior, sino que destaca el fondo amarillento del papiro como un accidente topográfico, que se corresponde, como curioso hecho, en la misma disposición y orientación que los bajos del Manto denominados Cabeza Alta, pequeña elevación arenosa de la parte meridional de Saltés. La separación de los dos islotes está dibujada también convencionalmente, en relación a los ejes de la cuadrícula que ha conformado la disposición de la representación en general y que altera su exacta orientación. Un canal demediador de la isla de Saltés, a la altura de los bajos del Manto, es el denominado Caño Rodrigo, utilizado por las embarcaciones pesqueras, que une el Odiel con el canal de Saltés y que es un camino que también conduce al mar.

El curso inferior desde su enlace con el canal curvado que se dispone entre las tierras de interior y la isla, correspondería en la realidad al río Odiel, como tramo último que conforma el llamado río Tartessos, denominación que también puede convenir al mismo Tinto, mientras que el curso superior y el canal que bordea la isla por su parte más cercana al continente, constituiría curso propio del Odiel o Hiberus, del cual también se desprende ese ramal que corta la isla, denominado Caño Rodrigo, si no es uno de los canales de los Bajos del Manto.

El trazado del plano parece haberse realizado sobre los dos ejes principales transversales de la carta, como sucede en la realidad, tal como el canal de Umbría o Saltés se dispone en relación a la desembocadura del curso del Odiel. Sin embargo, la necesidad de acomodar a la longitud total del papiro estas dos vías de tránsito, explica el trazado rectilíneo de ambos, así como que el mismo enlace sinuoso de un curso con otro se dibuje todo lo posible, ciñéndose a la composición rectangular que impone el mapa. Esta forzada acomodación de la topografía de Huelva a una carta que sería probablemente frecuente en el ambiente marineró,

perfila el canal de las dos islas cerrado en relación al canal intermedio que une los cursos superior e inferior, como si el mismo fuera de una utilización restringida o constituyese una representación ideográfica subsanable en la experiencia náutica. Por esto cabe considerar el islote inferior como una posible representación no de una parte de Saltés, sino más bien de los bajos arenosos del Poniente o del Manto, puesto que se dispone próxima a la confluencia del Tinto y del Odiel e inmediata a Saltés.

La figuración ideográfica queda así explicada de un modo racional y nada extraña que hasta el presente no haya sido reconocido el lugar al que hacía referencia, por ser preciso un detallado conocimiento de la topografía menor de esta zona, que constituyó siempre el puerto de exportación de los metales más rico y privilegiado del occidente atlántico. En suma, el más antiguo documento sobre Europa, y fabuloso testimonio es el mapa de Turín.

La disposición parcelada en los dobleces que presenta el papiro y en esa configuración rectilínea que acusa, cabe hacerla afín a ese espacio reticulado del territorio atlántico a que hacía referencia Platón. Las mismas relaciones de la época concreta de esplendor de Amenophis III, el Magnífico, permiten establecer las conexiones lógicas con algunas de las descripciones que se anotan en la obra platónica, como es el reflejo del mundo cretense que en La Atlántida se ha pretendido ver.

Aún en época de Seti I, a la que corresponde el mapa geográfico de La Atlántida, mostraría su cultura un auge de relaciones con el exterior, dominadas por Egipto, pero en época inmediata, en el reinado de Ramsés II, el declive se mostraría rápido hacia la pérdida total de sus antiguos contactos. Hacia el 1200 a. C., las avalanchas que inician la desintegración del Imperio egipcio, nos marcan la cronología de una nueva era. Troya cobraba su fama en la épica europea y Tartessos abría también en el Occidente el período de una colonización más amplia y más conocida gracias al alto espíritu de los griegos. Platón nos proporciona este testimonio.

## EL MAPA DE TURIN

El Papiro de Turín merece un comentario especial<sup>37</sup>. Todos los egiptólogos que se han ocupado de él han localizado en el mismo Egipto las tierras representadas en el mapa. Algunos investigadores consideraron de modo independiente la parte primera de la segunda, como dos cartas no relacionables, hasta que M. A. Gardiner, en 1914, demostró que ambos fragmentos pertenecían a un solo plano. Al establecerse la relación entre uno y otro surgió inmediata-

<sup>37</sup> *El Papiro de Turín*, conocido con el nombre de "Papiro de las minas de oro, ha sido publicado por G. GOYON, que recoge toda la bibliografía anterior y la crítica correspondiente a otros trabajos precedentes, entre ellos los de C. R. LEPSIUS (1842), BIRCH (1852), BRUGSCH (1857), F. CHABAS (1862), E. S. THOMAS (1913), T. H. FERRAR, M. G. W. MURRAY (1941-1942), J. BALL (1942) (Vid.

mente el problema de su orientación, que aún viene a confundir a G. Goyon, principal estudioso de este Papiro, que se considera el mapa más antiguo del mundo. Teniendo en cuenta que los pliegues que presenta el plano son más estrechos en la parte primera que en la segunda y que parece acusarse una gradual amplitud de distancia de unos dobleces a otros, en la medida que permite la reconstrucción que ensayamos en nuestro dibujo, es indudable que el plano se enrollaba empezando por el lado izquierdo del mismo o parte primera. No obstante, Goyon cree que la segunda parte del mapa debe emplazarse a la izquierda del primero, pero dadas las dificultades que parece presentar esta acomodación, opta por no determinarse momentáneamente sobre la cuestión. Apoyándose en la opinión de F. Chabas, ve en lo que es curso inferior de la carta, un camino salpicado de desperdicios de cantera o materiales rocosos y matorrales, donde aquél disponía dibujos de conchas y corales que le habían orientado a intuir la situación general del territorio representado en las proximidades del Mar Rojo; así, hace de este curso fluvial un camino terrestre y la representación de peces y murex, que claramente se figuran de modo esquemático en el mismo, la interpreta como accidentes del terreno. Esta interpretación le lleva a establecer una unión entre Keft y Kosseir a través de esta ruta, sin explicarse por qué el dibujante figura este camino inútilmente, cuando se ha supuesto siempre que el fin de la representación era exclusivamente el de relacionar el transporte de los bloques de piedra desde las canteras de Hammamat, que Goyon sitúa en la ruta superior del Plano, hasta el valle del Nilo, que, en su hipótesis, está emplazado al lado izquierdo de la carta. Por otra parte, tampoco se explica esta proximidad de los yacimientos auríferos al Nilo si no es situando el plano n.º 2 a la izquierda del n.º 1, ya que toda la región del Valle de Rohanou, que conduce al río, acusa la ausencia de yacimientos de oro. De este modo, guiado por ciertas semejanzas topográficas del Valle de Hammamat con las que ofrece el plano n.º 1, trata de ajustar diversos hallazgos arqueológicos de la zona al mismo, forzando en ocasiones los claros conceptos formulados en los epígrafes del mapa, con soluciones eruditas muy bien hilvanadas en su estudio pero de imprecisa base geográfica por la razón misma de la incoherencia en el ajuste

---

G. GOYON, *Le Papyrus de Turin dit Des Mines d'Or et le Wadi Hammamat*, *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 49 (1949), p. 337-392.

El mapa de Turín figura en la Col. de obras del Museo Egipcio de Turín, catalogado con el n.º 1.879, midiendo 0,41 m. de altura, con un desarrollo aproximado a los 2 m. Consta de dos partes, la primera de las cuales ha sido reproducida con frecuencia. La segunda ha sido objeto de reconstrucción por parte del Museo Egipcio de Turín y publicado en su integridad por G. GOYON en el trabajo antecitado. Tanto la primera parte como el desarrollo total se acompañan a nuestro estudio.

Una reproducción de la parte primera del mapa se recoge en la publicación Dr. Ernesto Scamuzzi, Director del Museo Egipcio de Turín (Vid. E. SCAMUZZI, *Museo Egizio di Torino*, Torino, 3.ª Ed., 1965, Tabla LXXXVIII). Agradecemos la atención del Prof. Silvio Curto, Sorpintendente de la Sección de Egiptología de Turín, los precisos y valiosos datos que sobre el Papiro ha tenido la gentileza de ofrecernos, así como la fotografía de la primera parte del Papiro que nos ha permitido utilizar.

de ambas partes del Papiro. El mismo reconoce que la reconstrucción llevada a cabo por la Administración del Museo de Turín viene a conformar el plan general del mapa, disponiendo el n.º 1 a la izquierda y el n.º 2 a la derecha. Los accidentes del terreno de la primera parte se figuran en color rojo sobre el fondo del Papiro. Sin embargo, en el segundo plano se dibujan los accidentes en negro, lo que ha llevado a pensar que figuran montañas negras y no representación de marismas según nuestra opinión, que bordean el curso fluvial. Este hecho parece tener comprobación en la forma redondeada de la parte terminal de la mancha que el cauce sobremonta o traspasa y que, evidentemente, no figura una montaña.

El falso ajuste del mapa de Turín al Valle de Wadi - Hammamat es evidente desde un principio por esta desmembración con que proyecta su estudio G. Goyon. Sin embargo no tenemos inconveniente en adaptarnos al orden impuesto por el mismo, en lo posible, para afirmar la validez de nuestra posición con respecto a su real localización, comentando los epígrafes que se incluyen en el mapa de acuerdo con la traducción de los textos realizada por el distinguido investigador. Los números de los mismos que figuran en el plano que publicó, les mantenemos en el que acompañamos a este estudio como reproducción de aquél, pero al que hemos acomodado una línea punteada de enlaces para idear mejor su trazado original (fig. 6).

Sus comentarios se ordenan del siguiente modo :

N.º 11. *Las montañas donde se elabora el oro; están teñidas de rojo.*

Este epígrafe corresponde al centro o parte principal del plano n.º 1. Está en relación a las alturas de Huelva, cerros de La Horca, Roma y La Jara, teñidas de rojo por su alto contenido de hidróxido de hierro; son arcillas rojas ferruginosas, silicato hidratado de alúmina con las impurezas antedichas. Este carácter de las alturas de Huelva tiene continuidad desde estos cabezos en dirección nordeste, en una formación pliocena que llega hasta el valle de Tejada<sup>38</sup>. El conjunto de alturas pliocenas rojizas se extiende desde La Rábida hasta Niebla por la orilla izquierda del río Tinto, cambiando algo de coloración al gris a partir de Lucena, donde la potencia de las tobas calizas y ferruginosas permiten su explotación en diversas canteras. En la orilla norte o derecha del Tinto se extiende desde Niebla otra formación pliocena en una longitud de 3 Km. para proseguir nuevamente en una longitud de 18 Km. con cabezos y alturas hasta la ciudad de Huelva. El curso del Tinto es navegable, con barcos de calado medio, hasta San Juan del Puerto, donde se arriba en la bajamar viva con profundidad de 11 m. A partir de este punto el río presenta lodos y arrastra aguas

<sup>38</sup> J. TERRERO, *La "tierra llana" de Huelva*, Estudios Geográficos, n.º 49, 1952, p. 671 y ss.; J. GONZALO TARÍN, *Descripción física, geológica y minera de la provincia de Huelva*, Memorias de la Comisión Geológica de España, vol. III, Madrid, 1886-1887; I. PRIETO, *Estudio hidrográfico de la zona suroeste de la provincia de Huelva*, Notas y comunicaciones, n.º 13, 1944, p. 12. Puede consultarse igualmente el *Mapa Topográfico Nacional* de escala 1:50.000, y el *Mapa Geológico de España*.

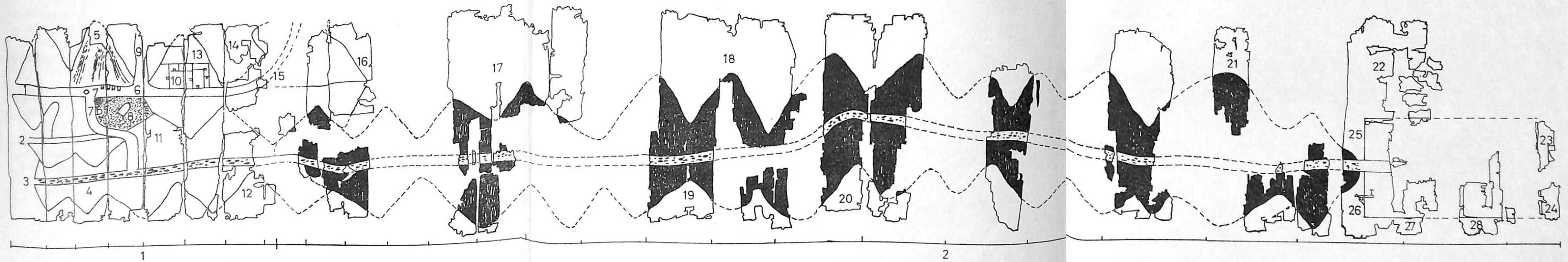


Fig. 6.—Papiro de los minas de oro. Museo Egipcio de Turín. La reconstrucción ha sido llevada a cabo por la Dirección del Museo. El trazado de puntos que unen los accidentes lo hemos realizado para completar el esquema de conjunto y no tiene un carácter totalmente riguroso.

de color rojizo en los bajíos formados por fangos amarillentos debidos a los aportes ferrosos. Otras veces se tiñen de verde por defecto de las sales cúpricas, pero sigue siendo navegable para las pequeñas embarcaciones, que llegan hasta Niebla. En esta localidad el río tiene el aspecto de un caudal perezoso, irisado en tonalidades ocres, azuladas, verdosas, rojas y violáceas, y se encuentran en esta población importantes vetas del jurásico y triásico, las primeras al sur, únicas en la región, que procuran muy buenos materiales para la edificación y la talla escultórica.

La zona sur del río se corresponde con los más sobresalientes cabezos o prominencias de la comarca, cuyas alturas no suelen pasar de los 190 m. y que en su prolongación dan lugar, junto a La Rábida, al ya mencionado *Mons Tartesi-siorum*. El caudal teñido del río corresponde al Piriphlegeton citado en la *Odisea*, que desaguaba en el Tártaros. Las marismas alcanzan todo ese curso del río prácticamente y el valle se abre con amplitud excepto en sus comienzos entre las alturas de Huelva y La Rábida, como se figura en el mapa.

El epígrafe responde por tanto a la identificación de Huelva, con sus cabezos rojos, más que al resto del ambiente de la bahía y no a una denominación general del plano n.º 1, sino a un concreto lugar topográfico de un indudable valor de orientación en la navegación fluvial.

El título del plano n.º 2 (n.º 18) lo considera Goyon como conjunto de anotaciones correspondientes a un proceso administrativo en el que se incluye la confirmación final del transporte del material o piedra para hacer una estatua retrato de un rey.

- N.º 18. ...*pedra de bekheny que se encuentra en la montaña de bekheny. ...el Rey... V. S. F. (despachó) altos funcionarios para traer la estatua retrato en piedra de bekheny ... (hacia) Egipto. Se la debía depositar en la Plaza de Verdad al lado del Castillo de Usirmara —Sotepenrà— el (Dios...).*  
 ...*se la abandonó en la fortaleza de la Necrópolis Thebana. Ella (la estatua) yace, medio acabada.*  
 ...(?) ... *trabajado en el año 6.*

Goyon precisa que la estatua debía ser colocada al lado del templo de Ramsés II (Ramesseum de Gournah), pero que sin embargo se abandonó a medio terminar en la necrópolis de Tebas. No se decide a interpretar la fecha correspondiente al año 6, que para nosotros se cifra en el año sexto de la cronología de Seti I (1307). Goyon explica cómo la piedra de bekhen se obtenía de las canteras de Rohanou, de acuerdo con algunos textos, correspondiéndose con un esquisto granuloso.

En Niebla existen al norte tres islotes triásicos, como hemos dicho y al sur, a la izquierda del Tinto, un jurásico. Las capas triásicas se inician con abigarradas areniscas micáceas de colores vivos, rojizas y grisáceas. En la mancha del sur, como señala I. Prieto, hay bancadas de calizas dolomíticas bastante duras, cuyos

colores varían entre el blanquecino y sonrosado, siendo menos corriente el color pardo. La capa denominada "Hilo de piedras" es más compacta, pudiendo extraerse de ella gruesos sillares. El espesor máximo no pasa de 5 m. Las calizas dolomíticas se emplean en la estatuaria por su calidad.

Lo que Goyon no comenta es que la citada piedra de bekheny, como él mismo transcribe, debía ser llevada a Egipto y que, por tanto, procedía de un país exterior.

Uno de los problemas que ha preocupado a los estudiosos del mapa de Turín ha sido el de su orientación. Chabas, como indica Goyon, basándose en el Papiro de Harris, señala que los egipcios se orientaban mirando al sur, teniendo el occidente a su derecha. Si se tiene en cuenta la disposición de los epígrafes, aunque éstos se acomoden en gran parte al desarrollo longitudinal de la carta, parece que el dibujante orientó el mapa disponiendo el sur en la parte superior o, al menos, hacia esa orientación. En relación a la misma la parte superior del plano n.º 1 queda realmente fijada en dirección al suroeste. La disposición de este eje dentro del convencionalismo del dibujo es válida para nuestra comprensión.

#### N.º 9. *La ruta de Ta-Menti.*

La identificación que Goyon hace de la diosa Ta-Menti como diosa leona, conviene más a la de Mehit y a la de Sekhmet, pero no a la más conocida diosa Amentit o Iment que simboliza el "Occidente". Amentit es portadora de la pluma de avestruz, que representaba su país de origen, Libia u Occidente. En la figuración religiosa el Occidente expresa la región del inframundo por donde el Sol se oculta. Ella recibe, en las creencias funerarias egipcias, al difunto en el más allá y se la representa con un halcón sobre su cabeza y la pluma de avestruz en multitud de obras pictóricas y escultóricas. En época de Seti I, la representación de la diosa está en plena vigencia, siendo destacados los ejemplos figurados en la tumba de Horemheb y en la de la reina Nefertari, de época de Ramsés II, por no citar otros muchos. Otra "Diosa de la muerte" se encuentra en el ambiente occidental dentro de la cultura megalítica<sup>39</sup>, relacionada con la civilización de Los Millares y con algunos restos arqueológicos egipcios de la misma<sup>40</sup>. La evolución de esta cultura alcanza para M. Almagro el primer cuarto del primer milenio antes de C.<sup>41</sup> La cronología inicial de Millares la cifra pocos años antes del 2000 a. C., con la aparición del campaniforme hacia el 1800 a. C., auge de la cultura argárica de 1500 a 1400 a. C. y persistencia del megalitismo y de lo argárico en zonas diferenciadas hasta el 750 a. C. Para Almagro el final de los sepulcros colectivos que caracterizan la cultura de Millares se fija hacia el 1200 a. C. La tipología egipcia se ha concretado en el modelo de unos cuchillos de bronce, en sandalias votivas de marfil, en hachas de segmento de círculo y en

<sup>39</sup> O. G. S. CRAWFORD, *The Eye Goddess*, Londres, 1957, p. 51 y ss.

<sup>40</sup> M. ALMAGRO y A. ARRIBAS, *El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares*, B. P. H., vol. III, Madrid, 1963, p. 196-198.

<sup>41</sup> M. ALMAGRO y A. ARRIBAS, op. cit., p. 238 y ss.

algunas cuentas de collar. G. Nieto también ha establecido alguna conexión tipológica con Egipto al estudiar colgantes y cabezas de alfiler con decoración acanalada en la Península<sup>42</sup>. En el ambiente de Huelva ha sido hallado recientemente un anillo de oro en horizontes tartésicos antiguos, de tipología egipcia<sup>43</sup>. Aunque estas aportaciones pudieran ser indirectas, la existencia de Tartessos no hubo de ser desconocida para Egipto. La ampliación del horizonte geográfico en época de Seti I, de gran expansión, determinaría fijar la morada de la diosa Amentit en el Occidente conocido. El "Occidente" pasó a tener el significado de "lugar de los muertos" y Amentit la significación de "la diosa de Occidente" en el lugar más extremo. El Occidente vino también a tener el valor de necrópolis; así no solamente se viene explicando el término de necrópolis en función de la diosa Amentit, sino que también se nos muestra clara la denominación de Tártaros dada por los griegos al ambiente tartésico sobre precedentes que se nos descubren como egipcios. El monte de Tebas, que adquiere forma piramidal a la entrada de la necrópolis, se menciona en ocasiones como "la cima de la diosa de Occidente", en suma, de Ta-Menti.

La ruta de Ta-Menti es, pues, la ruta de Occidente o de la diosa Amentit, que viene a coincidir con la posición que correspondería al templo de Venus y su Oráculo en época griega (*Ora Marítima*). Esta ruta conduce a las intrincadas marismas del Coto de Punta Umbría, en dirección occidental.

Este Coto, conformado por pequeñas elevaciones de terreno, presenta tres arroyos que descienden al Canal de Saltés y que parecen estar representados en el mapa a la izquierda de la ruta de Ta-Menti. Al otro lado, a la derecha, se emplaza, sobre una elevación del terreno puramente convencional, el dibujo de una edificación sobre un fondo blanco.

#### N.º 10. *El templo de Amón de la Montaña pura.*

El lugar de localización de esta Montaña pura está determinado, en parte, por la curva que desarrolla el cauce superior del plano, que corresponde con bastante fidelidad al sinuoso curso del río Aljaraque. Esta situación general en el plano nos permite localizar el templo de Amón en la zona norte de la isla de Bacuta, donde existen salinas que, probablemente, fueron explotadas de tiempo inmemorial y que convendrían al término de "Montaña pura" o montículo de sal. Desde este punto el cauce del río Odiel se diversifica de tal modo que se hace muy difícil ajustar a un plano puramente ideográfico sus accidentes. Por esa razón el Canal de Aljaraque y el camino hacia el norte no se dibujan en la carta alargada por no poder ser representados en ella y por el cambio de

<sup>42</sup> G. NIETO, *Colgantes y cabezas de alfiler con decoración acanalada: su distribución en la Península Ibérica*, Archivo de Prehistoria Levantina, VIII, 1959, p. 125 y ss.

<sup>43</sup> Aunque desconocemos la cronología de este anillo, agradecemos al Prof. J. P. Garrido, de Huelva, la noticia de su hallazgo. JACQUES PIRENNE, *Historia de la civilización del antiguo Egipto*, vol. II, Barcelona, 1966, p. 122, notas 38, 39 y 43. Khentamenti es el dios de los muertos.

orientación que ello supone. Goyon identifica el templo de Amon con un lugar de culto del valle de Hammamat.

N.º 13. *La cumbre...*

N.º 14. *La cumbre sobre la que Amón reside.*

Dos veces se hace aquí referencia a una cumbre. La del primer epígrafe corresponde, a nuestro modo de ver, a la zona donde se emplaza el templo de Amón, que hemos supuesto junto al montículo de sal. Pero no se especifica en el mismo qué tipo de accidente topográfico representa. Recordemos no obstante que en relación a los mitos atlánticos se hacían referencias a unos montículos de sal con agua, hasta más allá de Libia (Herodoto. *Historias*, IV, 181, 184, 185, 196)<sup>44</sup>.

El epígrafe segundo se refiere en concreto a un lugar habitado por el dios. Este epígrafe se sitúa donde esquemáticamente se representa una curvada forma que se adapta a la curvatura iniciada por el cauce del río, como explicación de una comarca no representada en el mapa e indicada a título de orientación hacia la misma por falta de espacio, por lo que correspondería a la montaña de Tarsis, guardadora de los ricos filones de metal. Así parece estar confirmado por el epígrafe siguiente.

N.º 15. *...kb.*

La interpretación de G. Goyon a este respecto, es de que se trata, por el final del nombre, de una localidad extranjera y supone que ese país extranjero se situaba al este, es decir, hacia el Mar Rojo o más allá de él. Como él orienta, la carta, suponiendo que los canales son caminos terrestres que parten del Nilo, la dirección de esta curva que indica que hubo de seguir hacia el este, se orienta hacia el oeste, como marca su inclinación. El país extranjero para los egipcios es, indudablemente, el interior de esa zona, que ya hemos precisado con indicaciones de Platón, que constituía el territorio rectangular de La Atlántida, apoyándose en fuentes egipcias. Hacia el norte de este país se eleva la cumbre de la montaña metalífera. Junto a esta misma curva se emplaza actualmente, a modo de prolongado espolón, el desembarcadero de mineral de la Compañía de Tarsis.

N.º 16. ...

No transcrito este pasaje, muy mutilado, se interpreta como una serie de normas para el viaje.

<sup>44</sup> HERODOTO, *Historias*, IV, 185. "Siempre se han mantenido que este reborde se extiende hasta las Columnas de Hércules e incluso fuera de ellas y que se encuentra en él de diez en diez días de camino una mina de sal y habitantes". Herodoto menciona las comadreas de Tartessos (192), y cita confusamente a los atlantes, próximos a los atarantes, con sus respectivos montones de sal. Ph. E. LEGRAND - HERODOTE, *Histoires*, París, 1945,

N.º 4-5. *Montañas del oro.*

Tanto en la zona de Punta Umbría como en la del Tinto —que, como ya indicamos, venían a cerrar, en el conjunto de aglomeraciones indígenas dedicadas al comercio del mineral y a su elaboración, las bocas de entrada a la bahía de Huelva, conformando un aparente círculo que se perfilaba en todas las alturas inmediatas—, el oro se debía de refinar. Son éstas las montañas que se dibujan en color rojizo en el mapa. Al pie de la elevación representada en el n.º 5 figuran pequeñas casas o poblado en un lugar que corresponde en la actualidad al puerto del Canal de Saltés, posición explicable por la presencia de pequeños arroyos en su proximidad. El concepto debe hacerse extensivo a todo el ámbito.

N.º 6. *Las casas del poblado donde se elabora el oro.*

Al transcribir las particularidades del texto, Goyon precisa el carácter de barrio o de aldea próxima a una ciudad que encierra este pasaje. Pone el ejemplo de los campamentos o barriadas que en la proximidad a las grandes ciudades se montaban en zonas desérticas. Ello podía hacer suponer la existencia de unos talleres en esta zona, sumamente arenosa, a la que se sumaría un pequeño barrio pesquero, evitando los inconvenientes que toda industria procura a un ámbito residencial como hubo de ser la sede de Tartessos. La elaboración del oro en este lugar concreto, se fijaría de un modo más destacado por estar emplazado en el verdadero puerto de Tartessos y enfrentado a la misma ciudad. Aquí atracarían los barcos y se desarrollaría el intercambio de los productos como verdadera zona portuaria. En Huelva igualmente, como en la zona de La Rábida y Punta de la Arenilla, se trabajaría el oro, pero no hay duda de que el foco comercial más importante estuvo situado precisamente en este punto.

Más adelante se volverá a insistir sobre este emplazamiento y poblado en relación a la distancia existente desde este puerto hasta la cantera de donde se había de extraer la piedra para hacer la estatua del rey (n.º 17).

N.º 12. *La montaña de la plata y del oro.*

Ya el escriba aludió anteriormente a las "montañas del oro". Estos lugares junto a los canales situaban los emplazamientos del comercio y refinado del metal. En este nuevo punto comprendido en el extremo del plano n.º 1, entre las últimas elevaciones rojas que se emplazan por debajo del canal mayor y la zona terminal de las tierras que se le enfrentan, delimitadas por el canal superior y el canal de unión que enlaza con el inferior, se abre el curso del río Tinto; corresponde al tramo comprendido desde la Punta del Sebo y La Rábida en el camino que conduce a las canteras. Se justifica que se haga distinción de este nuevo lugar de elaboración del oro respecto a los anteriores, porque se encuentra en un ambiente distinto, dentro de un espacio de comunicación alejada del foco principal del comercio de dicho metal.

Inmediato a La Rábida se emplaza el Puerto de Palos, población agrupada junto al Cabezo del Mar, a 39 m. de altitud. Más al noroeste se alza el Cabezo Loco de Moguer, lugar que en la tradición se ha fijado como emplazamiento del *Monte Urium* de los romanos, denominado así por la abundancia de residuos de lavado de mineral. Esta fijación conviene a las anotaciones del mapa como centro de elaboración de la plata y del oro, que debía de proceder de las minas de Río Tinto, a través del comercio desarrollado por la comunicación fluvial. Todos estos cabezos que se extienden desde La Rábida hasta Niebla hubieron de estar poblados, pero Moguer presenta dentro de la manga del Tinto, un más cómodo acceso y movimiento de barcos.

La plata egipcia no se sabe de dónde procedía, ni tampoco el hierro. Las minas egipcias que contenían oro y plata, como la de Djebeles-Sidd, al suroeste de Hammamat, en una proporción de 20 por 100 de plata y 80 por 100 de oro, permitían la elaboración del "electrum", oro blanco, pero no plata propiamente dicha. De las piezas de hierro encontradas entre el ajuar de la tumba de Tut-ank-amon, las pequeñas esculturas de carácter egipcio pueden tener un origen más razonable en Tartessos que no proceder del país de los hetittas.

N.º 8. *La estela del Rey Men-Maât-Ré, V. S. F.*

Aunque el dibujante sitúa la estela en la zona central de la mancha cubierta de un tono ocre, que en la topografía onubense corresponde a las marismas que al pie de la ciudad se extienden, es evidente que se indica por acomodo al espacio libre de la carta en este punto y no en el lugar donde hubo de estar emplazada en la misma Punta del Sebo, junto al pequeño accidente que se figura en esta extremidad (7b). Corresponde esta localización a un pozo o cisterna, más bien un oasis. En la actualidad, la Punta del Sebo aún posee el carácter de un pequeño tómbolo y constituiría desde antiguo una posición magnífica de orientación y de dominio de todo el espacio de la bahía. Ahora se alza el monumento dedicado a Colón en su lugar y es, en términos topográficos, el punto central del lago tartésico que Schulten denominaba Lago Ligustino. Aparte de ello Seti I renovó las instalaciones militares a lo largo de las rutas que conducían a Siria y a Nubia, por lo que también cabe aceptar la existencia de una estela de carácter conmemorativo en uno de los *pozos* o *migdol* del rey Seti, con un carácter plenamente militar.

La aparición de varias estelas en el Wadi Hammamat, dedicadas al rey Seti, así como otros muchos testigos votivos de diversas épocas, es natural en el medio ambiente egipcio. Ninguno de los lugares que anota Goyon como correspondientes a la carta posee una identificación topográfica tan expresiva como la de los recogidos en este ambiente tartésico.

N.º 7b. ... (*¿cisterna?*).

Como estanque, lago, cisterna o pozo, se traducen ciertos caracteres que se

han pretendido ver en el dibujo circular, cubierto por ondas sobre un fondo verde. Goyon considera que este pozo que hemos considerado como oasis donde se emplazaba la estela de Seti, se identifica con uno de los que fija en el wadi El-Chagg. También indica que este pozo figurado en el mapa es hermano de uno que aparece frente a las casas o barrio donde se elaboraba el oro y que nosotros hemos diferenciado como dibujo destacado en el Canal de Saltés en relación al lugar habitado de Tartessos o ciudad antigua. Es interesante destacar que los mencionados pozos se dibujan de una manera muy diferente. El círculo enfrenteado al barrio portuario muestra una coloración oscura, como la zona marismesa que rodea al oasis de Seti, como si fuera un lugar, frecuentado y conocido, de abundantes marismas, como es la zona del Almendral de Saltés, que estaría empalizado o amurallado. Esta forma circular parece recordar o relacionar el círculo central de la isla de Clito en la imagen atlántica de Platón. La situación general que guarda esta forma circular con los canales superior e inferior, viene a aclararse en los epígrafes siguientes.

N.º 1. *La ruta que viene del Yam.*

La interpretación de la palabra *Yam* la hace extensiva Goyon a cursos de agua, lagos y partes de un río, incluida la acepción de mar. La traducción más usual reconocida por los egiptólogos, en suma su exacta transcripción, ha sido la de "mar". El intento de unir el valle de Rohanou con el Nilo, cambiando la disposición de la situación del plano n.º 2, y la transformación de las comunicaciones fluviales, representadas en el mapa por unas terrestres, son inaceptables ante la clara alusión del epígrafe a una vía abierta que viene del mar. Si en el canal inferior del plano y a lo largo de la representación del Tinto se figuran peces y murex, es por razón de ser más importante el cauce y penetración marítimas en el curso del río y constituir el camino directo desde el mar a las canteras. El dibujante sitúa el epígrafe que hace referencia al canal superior a la entrada del mismo, correspondiendo la terminación del relieve terrestre figurado a la izquierda del mapa, a la costa atlántica.

N.º 2. *Otro camino que viene del mar.*

La entrada desde el Oriente al río Odiel se realiza por el llamado canal del Padre Santo, pero otras dos bocas importantes presenta el acceso a la isla de Saltés, bien por el canal del Odiel o por el de Umbría, que se abren en los llamados Bajos de Saltés. Esta configuración puede consultarse en el plano general del puerto de Huelva que acompaña a la pequeña publicación del Horario de Mareas que utilizan todos los pescadores de Huelva. Ya hemos indicado que este canal segundo, que en el mapa de Turín se indica como otro camino o vía procedente del mar, pudiera acomodarse también, en parte, a un canal de unión, estrecho, que demedia la isla, conocido con el nombre de Caño Rodrigo. De todos modos, el dibujo del mapa de Turín configura la isla de Saltés dentro de la forma

rectangular que el espacio libre permite trazar entre el canal n.º 1 y el canal n.º 2, pero unido a su vez a la parte baja cuya desproporción es evidente por tenerse que configurar como parte misma de la isla de Saltés o de sus bajos, y vecina del canal del Odiel.

N.º 3. *La ruta de Tent-p',-mr... (?)*.

Apoyándose en A. Gardiner, la traducción del epígrafe vendría a ser concebible como "la ruta del Tesorero", si bien de un modo dubitativo. Goyon no alude a la significación del nombre y se atiene únicamente a la correspondencia que pudiera existir entre este camino y el que paralelamente al wadi Hammamat se establece desde Kosseir a Luxor. El dibujo de peces y murex que presenta esta vía lo interpreta como zarzales o pedregales que vendrían a expresar las dificultades del camino. A nuestro entender es sumamente explícito el epígrafe y aceptable la interpretación de Gardiner, porque este curso fluvial era el camino de la importación de la plata y del oro hacia Egipto. Como hemos dicho, se identifica con el curso del Odiel hasta la unión de este tramo con el canal superior, a partir del cual esta vía representa ya al río Tinto. Caparazones de murex son sumamente abundantes en la isla de Saltés y referencias a la fabricación de finos lienzos o telas ya las hemos expuesto. Estas representaciones permiten suponer la obtención de púrpura y el teñido de las túnicas azules de los reyes de La Atlántida. Más tarde pudieron dar lugar a los historiadores clásicos que se ocuparon de Tartessos, a interpretar planos semejantes, como si el río arrastrase partículas de negro plomo y blanco estaño.

Goyon considera que este embarazoso epígrafe ha sido la causa que ha imposibilitado el exacto emplazamiento del lugar que representaba el mapa de Turín.

N.º 17. *(Distancia) desde el poblado donde el oro se elabora hasta el fin de la montaña de piedra de bekhen, khetn-nw(h)...*

Se expresaba aquí la distancia que existía entre el puerto de Saltés o Tartessos, hasta las canteras de Niebla, de donde se extraía la piedra para realizar la estatua del rey. Esta medición es lógica porque comprende los extremos del espacio representado en la carta.

La interpretación de Goyon es harto confusa, pero es interesante destacar que la última palabra la interpreta, con ciertas reservas, en la medida de 8.000 codos, equivalentes de modo aproximado, a algo más de 4 Km. El codo real se estima en 523 mm. y la distancia existente desde el puerto de Saltés hasta Niebla es de 80.000 codos, que equivalen a 42,5 km. De todos modos la distancia no parece interpretarse de modo claro. Lo que sí especifica el epígrafe es el camino que había de recorrerse desde el puerto de la ciudad o poblado donde se trabaja el oro, hasta el lugar de donde se había de sacar la piedra para la estatua del rey.

N.º 19. Ilegible.

N.º 20. *La cantera en la que se trabaja para la gran misión de bekhen...*

El lugar donde se sitúa el epígrafe corresponde a una alteración del curso fluvial que se conforma de un modo más curvado marcando un posible cambio de orientación. Esta curva corresponde aproximadamente a la parte media del plano 2, una distancia que en el curso del Tinto se localiza en la proximidad de Lucena del Puerto y donde recibe las aguas del Tejada. Esta localidad es importante porque en ella comienzan las marismas nuevamente o los bajos fondos que llegan hasta Niebla. No obstante el río es navegable con pequeñas embarcaciones. En Lucena se alzan las alturas de las Asomaás y Cabezaás, que se enlazan a otras muchas elevaciones pliocenas no alejadas del Tinto. Filones de tobas calizas y ferruginosas, de tono grisáceo, se orientan hacia el noroeste y nada extraña en esta posición existencias de canteras de piedra para la construcción.

Goyon no sabe cómo explicar la presencia de una nueva cantera de piedra de bekhen en el wadi Hammamat, puesto que supone sea sólo la que denomina "Montaña Pura", no existiendo de esa piedra otros filones en la región. Para suplir este error piensa en otra cantera cercana al Nilo, ya que supone colocado el plano 2 a la izquierda del plano 1. En último lugar piensa en una frase subordinada a la cantera única que existe.

N.º 21. *...medida (?) del ...*

¿Se trata de otra nueva cantera? Las indicaciones de medidas que se han de anotar en epígrafes sucesivos se refieren a dimensiones que presentan las vetas explotables en cuanto a espesor o potencia. Ello nos inclina a suponer que existiría en la parte derecha del Tinto una cantera próxima a Niebla, donde también existen filones triásicos de areniscas micáceas de vivos colores, rojizas y grisáceas. Estos vivos colores nos hacen pensar en las construcciones de la ciudad de La Atlántida, de la que hablaba Platón, y de los materiales empleados en las viviendas.

N.º 22 ... (Sin transcripción).

En la terminación del fondo negruzco sobre el que se perfila el curso del río, se cierran las marismas o cauce navegable para las pequeñas embarcaciones. Desde aquí el camino ha de hacerse a pie hasta los yacimientos del norte, o por un medio de transporte no fluvial. La disposición curvada de este tramo final que el río sobremonta, fue interpretada por Goyon como un puerto de montaña. El recuadro que se dibuja en este lugar se consideró como fortaleza, hecho no admitido por Goyon, que ve más en esta figura una ideación del bloque del que ha de hacerse la estatua del rey, que no una fortificación o recinto.

Para nosotros esta zona rectangular está descrita y dibujada como una cantera cuyo espacio abarca diversas zonas de las inmediaciones de Niebla y en cuyo

espacio se anotarán las medidas de los bloques de piedra que pueden extraerse de la misma. Goyon no puede aceptar la idea de que sea una cantera porque ya ha señalado que sólo existe la del valle de Hammamat explotando la piedra de bekhen. Pero es desde esta cantera de Niebla de donde se ha de llevar la piedra para hacer la estatua de Seti I, probablemente una caliza fina, de un blanco lechoso o alabastrino o de calidades marmóreas.

Las dimensiones que figuran en el plano se refieren, no al rectángulo dibujado, ni a una piedra en concreto, sino a los filones explotables. Por esa razón no se hace referencia a la longitud de los mismos, sino a la anchura y a la profundidad de los bloques que han de ser extraídos.

- N.º 23. ... en (piedra) que se trata de sacar desde el ... 3 codos de anchura ...
- N.º 24. ... *bekheny*.
- N.º 25. *Anchura: 2 codos, 2 palmos; espesor: 2 codos, 3 palmos, ... dedos.*
- N.º 26. *anchura: 2 codos; espesor: 2 codos.*
- N.º 27. ... *palmos, ... dedos.*
- N.º 28. ... *palmos; espesor: 2 codos, ... palmos.*

\* \* \*

El admirable esfuerzo de G. Goyon por penetrarse de los valores relativos del mapa de Turín, fructificó en un valioso trabajo científico que nos ha permitido, sobre sus bases, llegar definitivamente a resolver no solamente la identificación, del lugar representado en el mapa, sino también procurar luz a esos otros aspectos vinculados a la existencia de Tartessos, de los que hemos tratado. Si Copros y Tebas y, en suma, la comarca de los grandes templos y ruinas próximos al valle de Hammamat, han dejado multitud de referencias de su vida en fragmentos o textos literarios egipcios, como los contenidos en los papiros de Anastasio VI, nada tiene de extraño que existan alusiones a distancias, fortificaciones y minas de oro, o lugares funerarios protegidos o representados por el espíritu de la diosa Menti-tiw. Pero esta diosa se nos descubre a través del papiro de Turín como expresión de un confín del mundo no solamente localizable en la cordillera occidental de Tebas, en el Valle de los Reyes, o en el desierto líbico, sino más allá, ampliando con ello también las fronteras de la historia de Egipto.

Al menos nosotros por ahora, lo pensamos así.

La Geografía Histórica era la única ciencia que, de modo general, podía abordar el problema de la localización de Tartessos. Las circunstancias geográficas y culturales o históricas han definido, en el juego del posibilismo geográfico,

unas respuestas concretas. Este método determina la exacta localización de la Isla Atlántida o de Tartessos en la Isla de Saltés.

\* \* \*

El contenido de este trabajo fue expuesto en una conferencia, *Tartessos. Sus problemas y cultura*, celebrada en el Curso de Arqueología organizado por el Seminario de Prehistoria "Sautuola", de Santander, en el verano de 1966.

Agradecemos a nuestro buen amigo D. R. J. Thiebaut todas las facilidades, atenciones y amable acogida que nos dispensó para poder realizar nuestras prospecciones en la isla de Saltés, de su propiedad. En su compañía y en la de su hijo R. Thiebaut, visitamos por vez primera la isla el 25 de julio de 1966, identificándola con Tartessos.

Nuestro agradecimiento, igualmente, al Director general de las minas de Tarsis por su favorable acogida; al Profesor Silvio Curto, Soplrintendente de la Sección de Egiptología, de Turín, por las precisas indicaciones sobre las fuentes primordiales relativas al Papiro de las minas de oro. A la Directora del Museo Arqueológico de Sevilla, Srta. C. F. Chicarro; al Profesor Sancho Corbacho; al Director del Museo Arqueológico de Huelva, D. Carlos Cerdán; al Profesor J. P. Garrido y al Dr. Hussain Monés, Director del Instituto de Estudios Islámicos por sus atenciones y orientaciones, así como a los Departamentos de Lengua y de Geografía de la Universidad de Valladolid por las facilidades concedidas en la consulta de sus fondos.



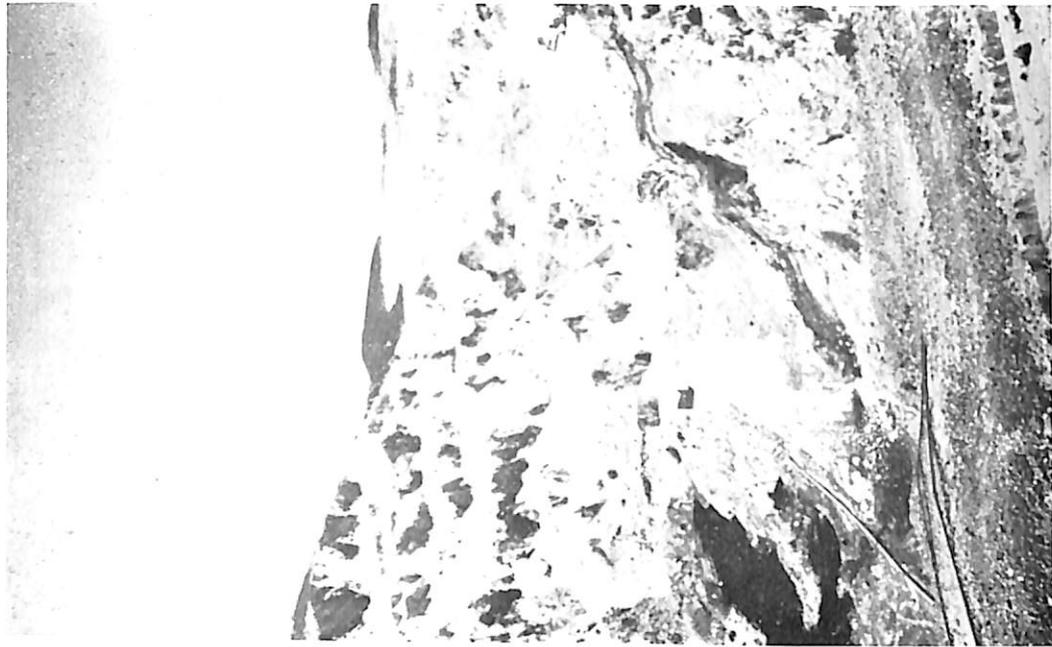
Isla de Saltés. Zona del emplazamiento de la antigua ciudad de Tartessos. El Almendral.



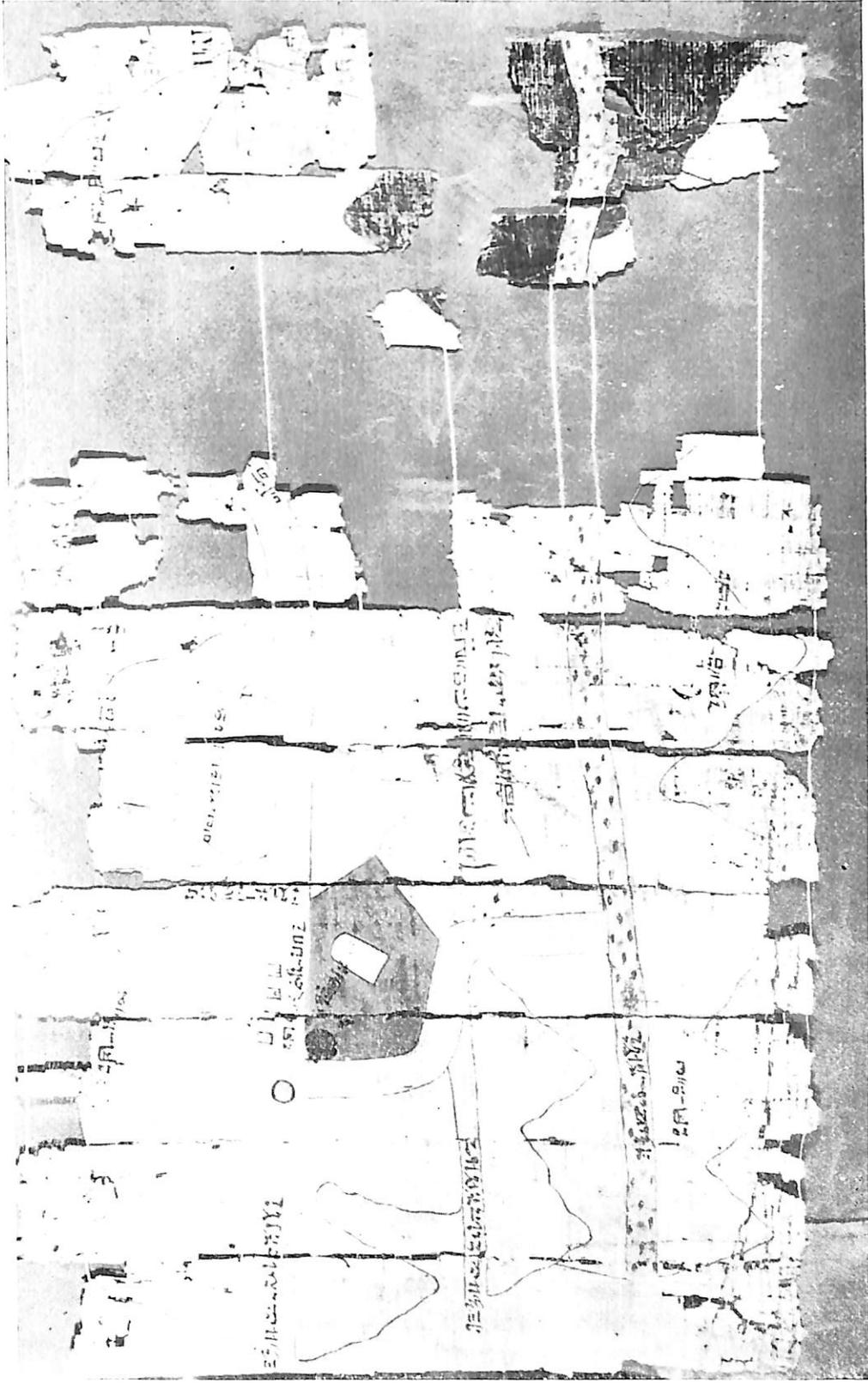
Los círculos de tierra conformados por Poseidón, según los pasajes de La Atlántida, en la Isla de Clito. Al fondo, la «Nave de los feacios» o «Monte de Poseidón», mencionada por Homero.



Restos de la fortaleza árabe en el emplazamiento de la «Fortaleza de Gerón», citada por R. F. Avieno, y del templo de Poseidón, de la Odisea.



Minas de Tarsis.



Tartessos. Mapa de las minas de oro del Museo Egipcio de Turin.